



Centro Bíblico
Verbo Divino

ESTUDIO ORANTE DEL EVANGELIO DE JUAN

“El ladrón viene a robar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y vida en abundancia” (Jn 10,10)

*Mes de la
Biblia 12*

FOLLETO DEL ASESOR

Contenido

Introducción 2

ESTUDIO DEL EVANGELIO DE JUAN

Tema 1: Ambiente donde surge la Obra de Juan 7

1. La motivación para escribir este evangelio 7

2. Contexto sociopolítico, económico y religioso del evangelio de Juan 10

3. Juan y las fuentes judías 11

4. Juan y el antijudaísmo 12

5. El patrón de narrativa 14

Actividades para la evaluación 16

Tema 2: Datos generales y estructura de la obra 18

1. ¿Quién es el Discípulo Amado? 18

2. ¿Para qué se escribió el Evangelio? 19

3. La comunidad joánica 20

4. El plan del Evangelio 21

5. El propósito del evangelio de Juan 23

Actividades para la evaluación 25

Tema 3: Lectura continuada de la Obra de Juan 29

1. Panorama general 29

Actividades para la evaluación 72

Tema 4: Temas centrales del Evangelio de Juan 75

1. Conflicto con el judaísmo fariseo 75

2. Temas claves del Evangelio de Juan 77

Actividades para la evaluación 86

Respuestas a las actividades de evaluación 89

ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

Plan de lectura diaria del Evangelio de Juan 103

Comentarios al Evangelio de Juan 105



Mes de la Biblia 12

ESTUDIO ORANTE DEL EVANGELIO DE JUAN

*“El ladrón viene a robar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida,
y vida en abundancia” (Jn 10,10)*

FOLLETO DEL ASESOR



Introducción

1. Un poco de historia

La expresión griega τὰ βιβλία τὰ ἅγια (ta biblía ta haguía = los libros sagrados), aparece por primera vez en 1Macabeos 12,9. βιβλία es el plural de βιβλίον (biblión = papiro, rollo). Este término fue usado por los judíos de la diáspora para referirse al Antiguo Testamento. Tiempo después empezó a ser usado por los cristianos para referirse al conjunto de libros del Antiguo y Nuevo Testamento. Pero ya entonces se usaba sólo la frase τὰ βιβλία = "la Biblia).

En latín se empezó a utilizar la expresión *Biblia Sacra*, sin artículo, pues éste no existía en latín. Así se volvió común hablar de "Sagrada Biblia", como nombre propio del conjunto de libros escritos en hebreo, arameo y griego durante un largo periodo de tiempo, aproximadamente 1000 años (900 a.C. al 100 d.C.). Los relatos más antiguos están en el libro de los Jueces (Canto de Débora) y el Pentateuco, fechados entre los dos reinos (siglos X-VIII a.C.). El libro antiguo más completo es Oseas, de la misma época.

El canon católico de la Biblia fue reconocido en el concilio de Hipona (393 d.C.). Dicho canon estaba formado de 73 libros (46 del AT y 27 al NT). Este canon fue confirmado en el concilio de Cartago (397 d.C.) y el concilio de Trento (1546 d.C.).

Las versiones en español de la Biblia son traducciones de la Biblia *Vulgata*, hecha por san Jerónimo (342-420 d.C.), que fue la traducción hecha del griego al latín, y que fue versión oficial de la Iglesia por 15 siglos. El primer intento de una traducción al español fue del rey Alfonso X el Sabio, en 1280 (la Biblia Alfonsina). En 1430 Mosé Arragel realiza otra traducción, la "Biblia de Alba". En 1944 se publica la Biblia Nácar-Colunga, publicada por la Biblioteca de Autores Cristianos, pero ésta no usa la Biblia Vulgata como fuente si no que se remite a los originales. La Biblia de Jerusalén aparece en 1967, también basada en los textos originales. La Biblia latinoamericana empezó a ser hecha en 1960 por Bernardo Hurault, en Chile y se publicó en 1972. El 2005 surgió la Biblia de Navarra, a partir de los originales en hebreo, arameo y griego.

2. El mes de la Biblia

Hay dos eventos especiales que han marcado la experiencia pastoral del "Mes de la Biblia" para los cristianos. La Iglesia Evangélica recuerdan que un 26 de septiembre de 1569, en Suiza, se terminaron de imprimir 260 ejemplares de la "Biblia del Oso" (llamada así porque en su portada había un oso bebiendo miel). Esta traducción fue hecha por Casiodoro de Reina, y revisada por Cipriano de Valera: De allí su nombre Biblia Reina-Valera. Coincidentemente, en el mismo mes

de septiembre, el día 30, la Iglesia Católica recuerda a san Jerónimo, traductor de la Biblia, del griego y hebreo al latín. La llamada Biblia "Vulgata".

Celebrar un mes de la Biblia tiene por objetivo el encuentro con la Palabra de Dios, personal y comunitariamente. Palabra de Dios que penetra nuestro interior trayendo luz y vida; Palabra de Dios que nos desafía al diálogo y a la predicación; Palabra de Dios que es mensaje de salvación, camino que nos lleva al encuentro con el Señor Jesucristo.

3. Nuestra propuesta para el Mes de la Biblia

El Centro Bíblico Verbo Divino desea hacer su aporte a la formación y oración bíblica con una propuesta de MES DE LA BIBLIA, que sirva para que creyentes y comunidades se acerquen a los diversos libros de la Biblia para conocerlos, orarlos y comprometerse. Proponemos, en esta entrega, el estudio de evangelio de Juan, el último evangelio en ser escrito.

La metodología propuesta implica dos momentos: Estudio del evangelio y Oración del Evangelio.

Primera Parte

En el primer momento queremos abarcar cuatro temas para conocer la obra de Juan:

1. Datos Generales;
2. Contexto Histórico;
3. Estructura de Juan;
4. Claves de lectura.

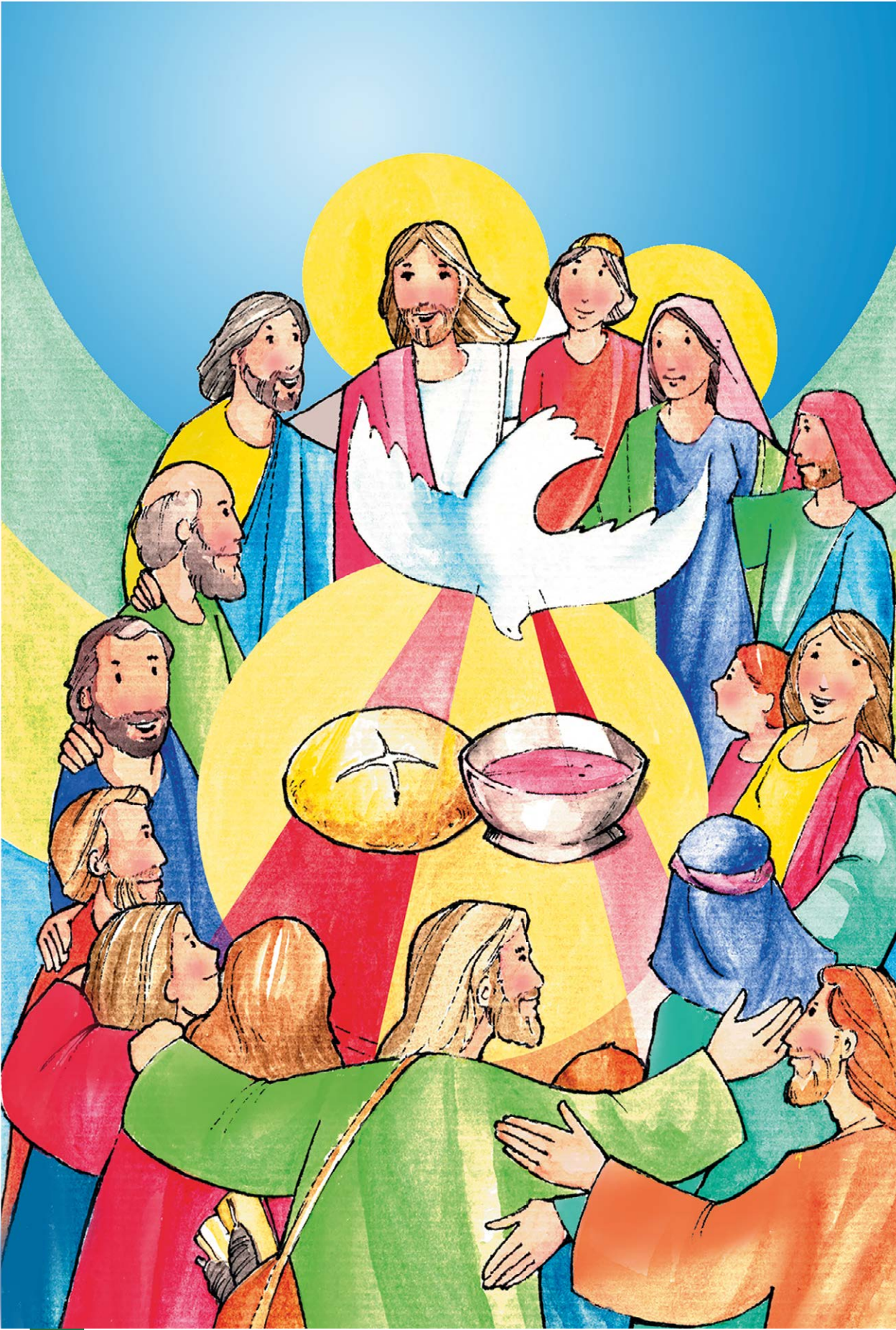
Segunda Parte

Ofrecemos otras dos actividades para desarrollar durante el Mes de la Biblia:

- ♦ **Lecturas para cada día.** Nos ayudará a hacer una lectura continuada del evangelio de Marcos.
- ♦ **Comentarios sobre el evangelio de Juan.** Nos ayudan a ahondar en el sentido y significado del Cuarto Evangelio, descubriendo detalles nuevos.

Esperamos que este material sea de provecho para cada uno de ustedes y para sus comunidades o movimientos laicales. Que resuene en nuestro corazón la Buena Noticia que anuncia Jesús: "Este es mi mandamiento: Ámense unos a otros, como yo los he amado. No hay amor más grande que dar la vida por los amigos. Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando (Jn 15,12-14)".

Centro Bíblico Verbo Divino



ESTUDIO DEL EVANGELIO DE JUAN

El Evangelio de Juan, en el orden de los evangelios dentro de la Biblia, ocupa el cuarto lugar. Destaca porque es diferente de los tres primeros, que son muy semejantes entre sí y se los conoce como “Evangelios sinópticos”, y son Mateo, Marcos y Lucas.

Durante mucho tiempo al evangelio de Juan no se le prestó mucha atención, por ser considerado una obra muy espiritualista y desligada de la realidad y de la historia. En las últimas décadas se ha ido redescubriendo su valor y su fuerza transformadora, sobre todo pensando en los actuales momentos. Y es que este evangelio nos presenta a Jesús en una comunión íntima con su Padre, invitándonos a acoger la propuesta salvífica del Padre y volvernos con ello “hijos e hijas de la luz”.

En una palabra, el evangelio de Juan nos presenta una experiencia de Dios a través de las acciones y discursos que hace Jesús.



Metodología de estudio:

Para aprovechar mejor el texto de estudio recomendamos:

- Tener a mano la Biblia para leer los textos propuestos y comparar la información dada en este libro.
- Aplicar con honestidad los cuestionarios que se ofrecen, pues ello nos dará una idea de en qué temas aún estamos flojos.
- Escribir las dudas que tengamos para ser resueltas en los espacios pertinentes.
- Hacer breves resúmenes de cada tema para fijar el conocimiento.

Tema 1

AMBIENTE DONDE SURGE LA OBRA DE JUAN

Introducción

Las tradiciones antiguas y la opinión subsiguiente han reconocido a Juan como autor del Cuarto Evangelio. Pero luego surgió la crítica bíblica moderna que cuestionó esta hipótesis. El autor debió ser un cristiano de segunda o tercera generación, de raíces judías, pero que probablemente había crecido en la diáspora, según lo muestran algunos conceptos filosóficos, sobre todo gnósticos, que se encuentran en la obra.

El Cuarto Evangelio se escribió en la ciudad de Éfeso, hacia el año 90 y 95 d.C. Para entonces habían surgido ya dos características que afectaban a las comunidades cristianas del Asia Menor. La primera, que el cristianismo se había desplazado hacia el mundo gentil, haciendo que los miembros de origen judío se vuelva minoría con relación a los cristianos de origen gentil. La mayoría de los miembros de la comunidad joánica procedían ya no de un contexto cultural y religioso judío, sino de ambientes helenistas. Segundo, había que plantear una nueva perspectiva de la enseñanza de Jesús, de acuerdo con las nuevas circunstancias. No es que hubiera cambiado la verdad del Evangelio, pero había que cambiar las categorías con las que antes se había evangelizado, buscando un nuevo discurso, abierto al mundo gentil.

1. La motivación para escribir este evangelio

Sin duda, hay diferencias innegables entre el Cuarto Evangelio y los Evangelios Sinópticos. Y no es que el autor joánico no haya tenido sólidos conocimientos sobre Jesús y el caminar de los primeros cristianos, sino que su nueva situación demandaba reflexionar las verdades de la fe con nuevas categorías y entradas. Por eso nos preguntamos: ¿qué propósito tenía Juan al escribir su obra? Si logramos responder a esta inquietud, podremos descubrir la razón por la cual seleccionó unos materiales en concreto y los elaboró de una forma en particular.

Si a un lector griego se le ponía en las manos un ejemplar del evangelio de Mateo, seguramente en cuanto empezara a leerlo se sentiría confundido con la larga genealogía de Jesús que allí se presenta. Esto, porque sólo los judíos estaban familiarizados con las genealogías, mientras que para los griegos ese recurso les parecía algo sumamente extraño. Si ese lector griego seguía leyendo a Mateo, se encontraría con la confesión de que Jesús era “hijo de David”, un rey del que los griegos ni siquiera habían oído hablar, pero que era el símbolo de una nación con claras ambiciones raciales y nacionalistas. Obviamente, esto a los griegos poco o

nada les decían. Más adelante se encontraría con la descripción de Jesús como el Mesías esperado. Ese término les era extraño, y jamás lo habrían oído.

Seguramente Juan, frente a estas declaraciones de fe desconocidas para los cristianos de origen gentil, se habrá cuestionado: ¿es que los griegos que quisieran hacerse cristianos estaban obligados a reorganizar las categorías culturales y religiosas de su pensamiento para que se ajusten a las convicciones judías? ¿Era necesario que los cristianos-helénicos aprendan la historia de los judíos y conozcan su literatura, sobre todo la apocalíptica (que hablaba de la venida del Mesías) antes de ser cristiano? ¿No había manera para que estos cristianos entren directamente en la realidad salvífica sin tener que ser “reciclados” por el judaísmo?

Los griegos, sin duda, eran los mejores pensadores del mundo de aquel entonces. ¿Por qué tenían que abandonar su gran herencia intelectual, y empezar a pensar en los términos y categorías del pensamiento judío?

Había un segundo hecho importante que debía afrontar la comunidad joánica, destinataria del Cuarto Evangelio: el surgimiento de las herejías. Habían pasado unos 60 años desde que Jesús había sido crucificado. Las comunidades estaban ya bastante bien organizadas, llegando casi al nivel de una institución eclesial. Fruto de ese proceso se habían ido formulando teologías y credos variados. Esto, inevitablemente, llevó a que varios de esos pensamientos tomen caminos equivocados, haciendo así surgir varias herejías.

- ♦ Había ciertos cristianos, especialmente de origen judío, que asignaban un lugar demasiado alto a Juan Bautista. Había algo en él que era natural que produjera una gran impresión entre los judíos. Por ejemplo, pertenecía a la estirpe de los profetas, y hablaba con voz profética. Incluso llegó a formarse una secta de seguidores del Bautista que desdeñaba de Jesús como Mesías.
- ♦ Cierta tipo de herejía que se había extendido ampliamente en el tiempo en que se escribió el Cuarto Evangelio era el gnosticismo. Si no lo tenemos en cuenta o no somos capaces de entender sus directrices, nos vamos a perder mucho del propósito del evangelio de Juan. La doctrina básica del gnosticismo sostenía que la materia era esencialmente mala, y que el espíritu era esencialmente bueno. De ahí los gnósticos pasaban a afirmar que Dios no podía tocar la materia y, por lo tanto, Él no había creado ningún mundo; lo que había hecho era producir una serie de emanaciones, pero éstas se fueron alejando cada vez más de su Creador, hasta que, por fin, hubo una que pudo tocar la materia, y fue esa emanación la que creó el mundo.
- ♦ Muchas de las creencias de los gnósticos llegaron a influir en la fe que muchos creyentes tenían en Jesús. Por ejemplo, algunos gnósticos afirmaban que Jesús era una emanación que procedía de Dios; por lo tanto, su esencia era divina, y en ningún sentido lo era real o corpóreo; más bien era una especie de semidiós, más o menos distante de Dios; sólo el primero de una cadena de seres inferiores que había entre Dios y el mundo. Es decir, para los gnósticos, Jesús no tenía un cuerpo real, puesto que el cuerpo era materia, y Dios no podía tocar la materia; por lo tanto,

Jesús vendría siendo una especie de ser, sin carne ni hueso, que “cuando andaba por la tierra no dejaba huellas, porque su cuerpo no tenía peso ni sustancia”.

El evangelio de Juan es una obra llena de paradojas y de contradicciones, tanto en su contenido como en las reacciones que evoca en sus lectores. Juan relata la historia del Hijo de Dios que se hace carne, habita entre nosotros y tiene una muerte ignominiosa. Pero allí no termina todo, pues a continuación viene su exaltación y su ascensión hacia el Padre. Esto significa que se sella el triunfo divino sobre las fuerzas del mal.

El evangelio de Juan presenta una visión sublime de la salvación futura, que de forma misteriosa es ya una realidad presente. Muchos lectores aprecian en este evangelio el uso de un lenguaje y una imaginación sublimes. Juan tiene la habilidad de llevar a sus lectores de los momentos históricos de la vida de Jesús a unas nobles alturas del cosmos.

Quizá por eso mismo, a otros lectores no les despierta entusiasmo esta obra, debido a su recurrente insistencia en la verdad absoluta de su mensaje, y a la ausencia de un espacio para otra manera de ver el mundo. Sin duda, Juan es un evangelio radical, crítico.

La paradoja que presenta este evangelio se extiende a su relación con el judaísmo. Juan utiliza en manera permanente la Biblia Hebrea, haciendo citas y alusiones directas, así como, de una forma sutil, se apropia de algunos de sus caracteres, motivos e historias, pero interpretadas desde los lentes de la fe en Jesús, el Cristo e Hijo de Dios. En ese mismo sentido, este evangelio tiene también numerosos paralelos con otras fuentes judías, sobre todo del periodo del Segundo Templo (tiempo rabínico), así como unas referencias directas a algunas de las prácticas propias de los judíos.

Al mismo tiempo, este evangelio es altamente perturbador por su dura e intolerante forma de presentar a los “judíos”; ellos son mostrados como los enemigos de Jesús y de sus seguidores; están ciegos ante la verdad y eso los vuelve implacables con Jesús y con su mensaje, al punto de llegar a planear su muerte. Su conducta hacia Jesús y su negativa a



creer en Él demuestran que ellos habían abandonado ya su Alianza con el Dios de Israel, y que ahora son “hijos del diablo”, “hijos de las tinieblas”. Es por esta razón que el evangelio de Juan ha sido llamado el más judío y el más antijudío de los cuatro evangelios.

2. Contexto sociopolítico, económico y religioso del evangelio de Juan

Palestina, en el siglo I, estaba dividida en tres regiones: Judea, Galilea y Samaria. Al Este del río Jordán estaba las regiones de Perea y la Decápolis. Además, había asentamientos judíos en la mayoría de las ciudades del Imperio Romano. Cada una de estas comunidades de la diáspora tenía su propia sinagoga.

a. Situación política. El mundo del Nuevo Testamento es muy diferente del mundo del Antiguo Testamento. Los cambios que tuvieron lugar durante los cuatro siglos precedentes afectaron a todas las áreas de la vida del pueblo judío. Pasaron del dominio de los persas al dominio de los griegos, en primer momento, y de los romanos, en un segundo momento.

Fue, pues, el pensamiento, la cultura y las costumbres grecorromanas, el llamado helenismo el que afectó la vida e historia de la Palestina del siglo I. Esto implicaba pérdida de autonomía, cobro excesivo de impuestos, imposición de costumbres y prácticas religiosas a todos los pueblos sometidos.

En el caso de los cristianos, especialmente la comunidad joánica, como estaban diseminados por todo el imperio, debían someterse a las autoridades locales e imperiales. Pero ellos, pusieron abiertamente su fe en el Señor Jesucristo por encima del cumplimiento de leyes. Esto les significó muchos conflictos y martirios.

b. Situación social. La diáspora judía se refiere a aquellos judíos que vivían fuera de la región de Palestina. Aunque habían asumido costumbres y lenguas extranjeras, de fondo ellos seguían manteniendo su fe judía.

Israel había vivido dos deportaciones. La primera la sufrió el Reino del norte o Israel, de parte de los asirios, en el año 721 a.C.; la segunda afectó al Reino del Sur o Judá, hacia el año 586 a.C. Posteriormente, Alejandro Magno animó a muchos de estos judíos deportados, que no habían retornado a Israel, para que se trasladen a la recién fundada ciudad de Alejandría, en Egipto, y que hagan vida allí. Desde entonces, miles de judíos emigraron hacia los países circundantes, sea por razones de trabajo, sea por razones de comercio. Para el tiempo en que se redacta el Nuevo Testamento, de manera concreta el evangelio de Juan había probablemente más judíos viviendo fuera de Palestina que dentro de esta región. Ellos, y gentiles convertidos, serán los destinatarios de la obra joánica,

c. Situación económica. Los judíos, a lo largo de la historia, desde el siglo VI a.C., se trasladaron hacia diferentes ciudades romanas, con el deseo de realizar diferentes actividades económicas: comercio, artesanía, ventas. Dentro de Palestina, la pesca era una de las actividades económicas a la que dedicaba una buena parte de la población judía. Por ejemplo, Pedro, Andrés, Santiago y Juan eran pescadores.

d. Situación religiosa

- ♦ **Partidos religiosos:** los partidos de los saduceos y los fariseos, lo mismo que los partidos políticos de los zelotes y los herodianos, son propios del Nuevo Testamento. Es decir, no existen en el Antiguo Testamento.
- ♦ **Funcionarios religiosos:** Los escribas y los rabinos eran maestros de la Ley que jugaban un papel importante en la vida religiosa del pueblo. Los sacerdotes formaban un grupo con identidad propia; había nacido hacia el siglo V a.C., después del retorno del destierro babilónico.
- ♦ **Instituciones religiosas:** el templo y sus diferentes patios, se habían transformado en un magnífico complejo donde se desarrollaban todo tipo de sacrificios: de expiación, de agradecimiento, de purificación, etc. Por otro lado, estaba la sinagoga, espacio para la lectura y explicación de las Sagradas Escrituras. Había una en cada ciudad y pueblo importantes.
- ♦ Los judíos creían que sólo ellos eran el pueblo de Dios, y que sólo ellos eran merecedores de las bendiciones divinas. Por lo tanto, los gentiles, si querían ser parte del pueblo de Dios debían primero “judaizarse”, es decir practicar las costumbres judías, como la circuncisión, el guardar la Ley, el observar el día sábado como un día de reposo, etc.
- ♦ Esto iba en contra de las convicciones de los griegos, quienes tenían dos grandes nociones: (a) El concepto del Logos, término griego que significaba al mismo tiempo palabra y razón; (b) El concepto de razón. Por su parte, los judíos estaban familiarizados con la idea de la Palabra poderosa de Dios: “Dios dijo: ¡Qué haya luz! Y hubo luz” (Gen 1,3). Cuando ellos observaban el universo veían un orden magnífico e infalible. El día y la noche se sucedían con regularidad; las estaciones del año seguían su turno indefectiblemente; las estrellas y planetas recorrían sus rutas invariablemente; la naturaleza tenía unas leyes inalterables. ¿Qué producía todo ese orden? Los griegos contestaban que el Logos, la Razón de Dios, era el responsable del orden del universo. Lo que daba a los hombres la capacidad para pensar, razonar y saber era, sin duda, el Logos, la Razón de Dios que mora dentro del hombre y lo hace un ser pensante y racional.
- ♦ Los griegos siempre pensaban en dos mundos: uno era el mundo en que vivimos, un mundo maravilloso a su modo. Pero, en último término, un mundo de sombras e irrealidades. El otro era el mundo de las grandes realidades, de las que nuestras cosas terrenas eran apenas copias, pobres y pálidas. Para los griegos, el mundo invisible era el mundo real; el mundo visible era sólo una sombría irrealidad.

3. Juan y las fuentes judías

A pesar de los muchos paralelos existentes entre Juan y las fuentes judías y helenistas, así como con obras apócrifos y pseudo epígrafes, y con la obra de Filón, no hay evidencia contundente de que Juan haya tenido un conocimiento directo y haya usado esas fuentes en la composición de su evangelio. Más bien, las simili-

tudes existentes reflejarían unas ideas que estaban ya “en el aire” y que circulaban por toda el Asia Menor, donde la versión final de este evangelio fue, posiblemente, escrita.

Los paralelos con la literatura rabínica no revelan, pues, ninguna dependencia o conocimiento directo de los textos rabínicos, los cuales son fechados en un periodo anterior, por lo menos dos siglos antes de la composición final del Evangelio. Por esta razón, las similitudes de Juan con respecto a algunas de las tradiciones rabínicas y al uso de unos métodos exegéticos similares, no demuestran dependencia alguna. Por el contrario, esto sólo nos ayuda a establecer la existencia en el siglo I de unas creencias, prácticas, o métodos que pudieron ser conocidos y que habrían estado a la base de muchos textos tardíos. Dicho de otro modo, el evangelio de Juan sería una fuente para entender la antigüedad de algunas de las tradiciones rabínicas, y no al revés.

Las fuentes textuales más importantes, y las únicas documentables, usadas por el evangelio de Juan, son las Sagradas Escrituras judías, según su traducción griega (Biblia de los Setenta o Septuaginta). Así, pues, este Evangelio incluye numerosas citas y alusiones al Pentateuco (la Torá) y a la literatura profética. Importantes figuras bíblicas como Abraham, Moisés y Jacob son mencionadas por Juan. Más sutilmente, ciertas narrativas bíblicas del Antiguo testamento forman la base de varios discursos importantes que se ponen en labios de Jesús. Por ejemplo, la figura de la Sabiduría y su asociación con Dios y con la creación resulta ser un rasgo mayor en el Prólogo (Cf. Jn 1,1-18 con Prov 8; Sir 24; Sab 10). El ciclo de Abraham (Gen 12-36) subyace en Juan 8,31-59, especialmente el contraste existente entre Ismael e Isaac (Cf. Gen 16 y 21 y Jn 8,34-35); la hospitalidad de Abraham con los tres ángeles visitantes (Gen 18 y Jn 8,39-44), y la tradición según la cual Abraham tuvo una visión del futuro (Gen 15,17-20 y Jn 8,53-58; Cf. Testamento de Abraham); finalmente, la historia del Éxodo es evocada en Juan 6.

Se puede enfatizar que el evangelio de Juan también alude a unas ideas y prácticas no-judías. Por ejemplo, la noción del Logos, en tanto poder creador del mundo es un rasgo no sólo de la literatura sapiencial judía, sino también de la filosofía griega; en ese orden, aparece en las obras de Heráclito, Aristóteles y los Estoicos. El evangelio de Juan, en el capítulo 6 hace referencia no sólo al libro del Éxodo, sino también a los cultos místéricos grecorromanos, y quizá incluso a las acusaciones romanas contra los cristianos, a quienes se señalaba como practicantes de canibalismo y de otras prácticas inmorales. Por su parte, Juan 4 alude a ciertas creencias mesiánicas samaritanas que eran consideradas sincréticas.

4. Juan y el antijudaísmo

Aunque el evangelio de Juan toma muchas tradiciones judías, sus referencias explícitas al mundo de los judíos y al judaísmo son bastante hostiles. El término griego *hoi loudaioi*, y sus alusiones paralelas, aparece más de setenta veces en la obra. La traducción literal sería “los judíos” o “los habitantes de Judea”. Según los estudiosos del evangelio de Juan, este término puede tener una referencia neutral o positiva, como en las alusiones a las fiestas de los judíos (Jn 2,13; 5,1; 6,4) o la muchedumbre que come el “pan de la vida” (Jn 6), o que escucha a Jesús enseñando

en el Templo durante la fiesta de los Tabernáculos (Jn 7); ellos son “judíos”, pero no son descritos como enemigos de Jesús. En adición, Jesús dice en su conversación con la samaritana que “la salvación viene de los judíos” (Jn 4,22). Pero también puede tener una referencia negativa, sobre todo cuando hace relación a los enemigos de Jesús.

Más importante que el referente a cada uso que se hace del término, es el efecto retórico que causa la constante repetición de la expresión *hoi loudaioi*. El uso del término en el evangelio de Juan sirve para dos funciones importantes: hacer borroso los límites entre los varios grupos judíos, y emplear el término para designar las fuerzas hostiles a Jesús. Sobre todo, *hoi loudaioi* nunca es utilizado para describir a los discípulos y a otros seguidores de Jesús que son judíos, respecto a su religión y a su origen étnico, aunque en su mayor parte no sean residentes de Judea. Igualmente, Jesús no es mencionado como “judío” excepto una vez por la mujer samaritana, maravillada de que Jesús, un judío, le pida de beber a ella que es samaritana (Jn 4,9). Eelsn su lugar, el evangelio de Juan suele usar la expresión “israelita”, como término positivo.

Jesús se refiere a Natanael, como “un israelita donde no hay engaño” (Jn 1,47). Natanael a su vez declara que Jesús es el Rey de Israel (Jn 1,49) y la entusiasmada multitud que recibe a Jesús en su entrada triunfal en Jerusalén antes de la Pascua hace lo mismo (Jn 12,13). El objetivo es distanciar a los lectores de cualquier grupo designado como *hoi loudaioi*, sin importar un referente específico. Sobre la base de estos argumentos, la traducción genérica de *hoi loudaioi* como “los judíos” es la más precisa.

Los judíos son retratados desde el comienzo como parte de un pueblo que rechaza a Jesús (Jn 1,11), que lo persiguen (Jn 5,16), que buscan su muerte (Jn 8,40), que expulsa a los creyentes de la sinagoga (Jn 9,22), que tramán la muerte de Jesús (Jn 9,49-52) y que persiguen a sus seguidores (Jn 16,2).

Además, tanto el narrador del evangelio, así como el mismo Jesús de Juan emplean un lenguaje dualista, donde se hacen unos contrastes entre espíritu y carne, luz y oscuridad, vida y muerte, salvación y condena, Dios y Satán, creencia e incredulidad. Los que pensaban que Jesús era el Mesías y el Hijo de Dios están firmemente asociados con los elementos positivos de cada par, mientras que los que le rechazan -tipificados por “los judíos”- son asociados con los elementos negativos. El ejemplo más extremo aparece en Juan 8, donde Jesús declara ante una audiencia judía: “Ustedes tienen por padre al Diablo” (Jn 8,44). Esta acusación contribuyó enormemente a una actitud antijudía y antisemita desde la antigüedad hasta entrada el siglo XX.

Al utilizar el término “los judíos” para condenar a aquellos que no creen en Jesús, el evangelio de Juan anima a sus lectores a separarse de cualquiera que sea identificado con esa designación. Por esta razón, se puede considerar una obra “antijudía”, dado que declara que los judíos no creen en Jesús y con ello renuncian a su Alianza con Dios (Jn 8,47). Se debe enfatizar que, por esta mala lectura, este evangelio ha sido utilizado para promover el antisemitismo. La cita más dañina está en Juan 8,44, donde se asocia a los judíos con Satanás, al que se ha vuelto recurrente en el discurso antisemita, desde grabados en madera como la imagen del

“judío invocando al Diablo desde una vasija de sangre”, un tallado de 1560 que se encuentra en las “Historias Prodigiosas” de Francis Pierre Boaistuau, hasta obras como el “Mercader de Venecia”, de William Shakespeare, donde el mercader judío es mencionado como una “especie de diablo”, “el mismo diablo” y “el diablo encarnado” (Acto 2, escena 2).

Aunque la retórica de Juan no puede ser fácilmente descartada, puede ser entendida como parte del proceso de autodefinición del autor, para distinguir a los seguidores de Jesús de los judíos de la sinagoga. Esta distanciaci3n debe haber sido particularmente importante si la composici3n 3tnica de la comunidad de Juan incluía judíos, samaritanos y gentiles. Obviamente, esto no justifica la ret3rica del evangelio, aunque hace posible para los lectores el comprender la posici3n de la narrativa en el proceso mediante el cual el cristianismo vino a ser una religi3n separada.

5. El patr3n de narrativa

El Evangelio de Juan narra menos eventos que los evangelios sin3pticos, pero las historias est3n m3s desarrolladas, quiz3 con el objetivo de hacerlas m3s f3cil de leer y comprender. Las estructuras narrativas de esas historias son f3cilmente discernibles y tienden a seguir patrones similares. Un ejemplo son las historias de “signos” que relatan los milagros de Jes3s. Estas seales tienden a tener la siguiente estructura: 1. Identificaci3n de un problema; 2. Expectativa de que Jes3s remediar3 el problema; 3. Aparente frustraci3n por el no cumplimiento de la expectativa; 4. Se da el milagro; 5. Resultado final.

Por ejemplo, en Juan 2, en las bodas de Can3, la madre de Jes3s le dice que no hay vino, esperando claramente que Jes3s haga algo al respecto; 3l, aparentemente, la reprende (Jn 2,4), dici3ndole que su hora no ha llegado todavía. Pero luego realiza el milagro, lo que maravilla al mayordomo. Al final, el evangelista explica que “Jes3s hizo la primera de sus seales en Can3 de Galilea; as3 revel3 su gloria, y sus discípulos creyeron en 3l” (Jn 2,11). El prop3sito de este patr3n parece querer transmitir a los lectores que los milagros de Jes3s no buscan mostrar su sobrenatural habilidad, sino dar a conocer su identidad como Hijo de Dios. Las seales en Juan traen a la mente 3xodo 10,2, donde Yahv3 dice a Moisés que las seales que ha realizado ante los egipcios eran para que la gente crea que “Yo soy el Señor”.

Un segundo ejemplo de patr3n narrativo se halla en las historias que narran la llamada de los discípulos. En casi cada caso, se trata de alguien que ya cree, que testifica a los dem3s y los lleva delante de Jes3s, para que ellos mismos creen al conocerlo personalmente. Por ejemplo, Juan Bautista dice a dos de sus discípulos que sigan a Jes3s; uno de ellos, Andr3s, se lo cuenta a su hermano Sim3n, que viene ante Jes3s y se convierte en discípulo (Jn 1,42). Jes3s encuentra a Felipe, y 3ste va y se lo cuenta a Natanael, quien va al encuentro de Jes3s y luego se convierte en su discípulo (Jn 1,49). La mujer samaritana se encuentra con Jes3s en el pozo y luego va a dar testimonio de 3l a sus vecinos samaritanos; 3stos invitan a Jes3s para que se quede con ellos, despu3s de lo cual se convierten en creyentes (Jn 4,41-42).

El prop3sito de este patr3n deviene claramente al final del evangelio, cuando

Tom3s se niega a creer en el testimonio de los discípulos de que Jes3s ha resucitado de entre los muertos. NO quiere creer hasta que lo vea con sus propios ojos y toque sus heridas. Jes3s regresa y lo invita a tocarlo; al mismo tiempo le hace un gentil regaño: “¿Tú has creído porque me has visto? Dichosos los que crean sin haber visto nada” (Jn 20,29).

Aqu3, el Jes3s de Juan se est3 dirigiendo claramente a los lectores posteriores, que no tendr3n la capacidad de ver a Jes3s en persona, y deber3n creer, en cualquier caso; esto se puede ver con toda claridad en la conclusi3n del evangelio (Jn 20,30-31). Para las generaciones futuras, el Evangelio de Juan servir3 como base para apuntalar su fe.

DATOS GENERALES Y ESTRUCTURA DE LA OBRA

Introducción

Los evangelios sinópticos, Marcos, Mateo y Lucas, describen a Jesús con un acento propio, mientras que Juan lo hace de forma diferente. Así, en vez de parábolas, Juan utiliza largos discursos; sólo relata siete milagros, a los que llama “señales”, que a diferencia de los sinópticos que muestran la realidad del Reino de Dios, revelan la gloria de Jesús. Los sinópticos hablan de un solo viaje de Jesús a Jerusalén, centrando su ministerio en Galilea; en tanto que Juan habla de tres fiestas de Pascua de las que participó Jesús, extendiendo su ministerio a Jerusalén.

Por otro lado, el evangelio de Juan repite constantemente la frase “Yo soy”, con la que Jesús se revela su divinidad. En ese sentido, los evangelios sinópticos ponen los discursos de Jesús en clave futura, mientras que en Juan el énfasis está en el aquí y ahora, y todo depende de la opción que cada uno tome con respecto a Jesús.

Podemos suponer que Juan conoció la tradición sinóptica, pero orientó su evangelio en otra perspectiva, según las necesidades de su comunidad, a finales del siglo primero, en una época de fuertes tensiones.

No sabemos con exactitud quién escribió este evangelio, como sucede con la mayoría de los libros de la Biblia. El cuarto evangelio concluye así: “Este es el mismo discípulo que dio aquí testimonio y escribió todo esto, y nosotros sabemos que dijo la verdad” (Jn 21,24). De modo que la autoría del evangelio se atribuye a un discípulo anónimo, conocido como el discípulo que Jesús amaba. Encontramos cuatro referencias al Discípulo Amado en el evangelio:

- ♦ En la última cena (Jn 13,23-26);
- ♦ Al pie de la cruz, junto a la madre de Jesús (Jn 19,26-27);
- ♦ En la narración de la resurrección: avisado por María Magdalena, el Discípulo Amado corre junto con Pedro al sepulcro de Jesús: “vio y creyó” (Jn 20,2-10);
- ♦ En el mar de Galilea, reconoce al Señor Resucitado (Jn 21,7.20-24).

El redactor menciona además dos veces a un discípulo anónimo (Jn 1,35; 18,15).

1. ¿Quién es el Discípulo Amado?

Desde el siglo III la tradición de la Iglesia reconoce a Juan como el autor del cuarto evangelio. San Ireneo de Lyon, discípulo de Policarpo de Esmirna, testifi-

ca: “Juan, el discípulo del Señor, aquel que se reclinó sobre su pecho, escribió también el evangelio, durante su estadía en Éfeso”.

Investigaciones más recientes ponen en duda este dato que nadie cuestionaba. De hecho, sería muy extraño que el dirigente de la comunidad fuera uno de los Doce discípulos, ya que los Doce aparecen rara vez en el evangelio y en situaciones poco decisivas para el desarrollo del mismo (Jn 6,67-71).

Lázaro, Marta y María, representando a la comunidad de Betania, aparecen en el evangelio como amigos que Jesús amaba (Jn 11,5.36). Este dato refuerza la tendencia actual, de no considerar al Discípulo Amado como una persona histórica individual, sino una colectividad. En este caso, en su origen, estaría la comunidad joánica.

Una hipótesis, que hoy se considera muy probable, es que la redacción del evangelio, atribuida al apóstol Juan, tenga su origen en una “escuela” o “comunidad joánica”.

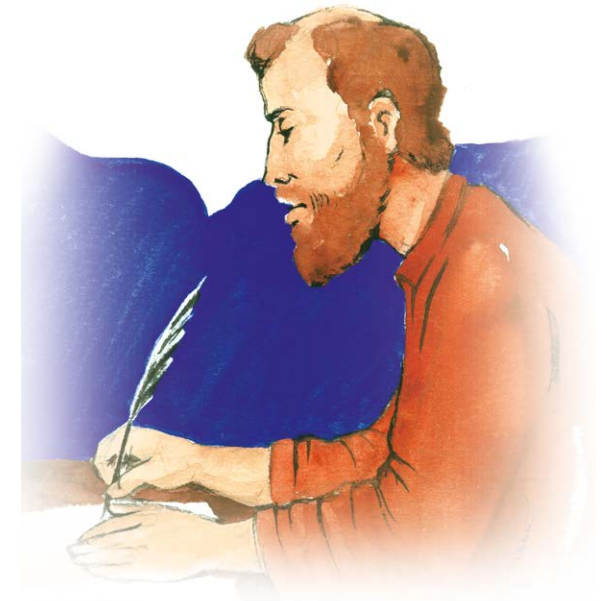
Estas consideraciones nos llevan a la conclusión que el evangelio no fue escrito de una sola vez ni por una sola persona. Es fruto de un largo proceso redaccional, fruto de las relecturas de la comunidad, hechas en contextos nuevos que iban surgiendo. Así se explica por qué se mantuvieron dos conclusiones finales del evangelio: Jn 20,30-31 y 21,24-25.

2. ¿Para qué se escribió el Evangelio?

La finalidad del evangelio está claramente dicha en la primera conclusión: “Otras muchas señales hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están consignadas en este libro. Estas quedan escritas para que crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida por medio de él” (Jn 20,30-31).

El evangelio fue escrito para narrar algunos *signos* realizados por Jesús, que son significativos en la historia de la comunidad, con el fin de conducir a la comunidad y a los lectores a creer en Jesucristo y participar de la *vida* en su Nombre. Intenta integrar *fe* y *vida* a partir de *signos* concretos.

Es importante señalar que el anuncio de la Buena Noticia, narrada en forma de evangelio, nació en el interior de la comunidad joánica, como memoria de Jesús



por obra del Espíritu Santo (Jn 14,26). Fue escrito como forma de resistencia, especialmente, por dos situaciones decisivas para la vida de la comunidad:

- ♦ Contra los ataques externos, sobre todo de la sinagoga judía, del gnosticismo y del imperio romano.
- ♦ Para animar a la comunidad que corre el peligro de desintegrarse y de perder su identidad.

3. La comunidad joánica

La comunidad joánica comienza el seguimiento de Jesús en Palestina. De ahí, por diversas circunstancias, la comunidad tiene que buscar otros sitios. La guerra de Roma contra los judíos, cerca del año 66 d.C., provocó la dispersión de muchas comunidades cristianas. Algunos opinan, sobre este supuesto, que la comunidad joánica emigró a Siria. Después de la destrucción de Jerusalén, en el año 70 d.C., la comunidad partió para Éfeso, según el testimonio de Ireneo y otros Padres de la Iglesia.

Ya en Palestina, algunas personas de la comunidad comienzan a reunir y organizar materiales, en forma de recuerdo oral y fragmentos escritos sobre Jesús de Nazaret. Estas colecciones de las palabras de Jesús, integradas con la experiencia de fe de la comunidad, formarán poco a poco el texto escrito del cuarto evangelio. Este se concluirá recién hacia el final del primer siglo en Éfeso.

Haciendo una radiografía de este evangelio, descubrimos en él rasgos de una comunidad muy semejante a las nuestras. Está constituida por varios grupos culturales. Lo cual nos habla de una mezcla de tradiciones religiosas.

En el primer capítulo del evangelio, Jesús es buscado por dos *discípulos de Juan Bautista*, que son invitados a estar con él (Jn 1,35ss). Siguiendo la lectura en el capítulo cuarto, encontramos otro grupo, *los samaritanos*, considerados impuros y marginados por los judíos, que siguen a Jesús por el testimonio de la mujer samaritana y del encuentro directo con la palabra de Jesús (cf. Jn 4,39-42). Más adelante, nos encontramos con *los helenistas* (Jn 7,35; 12,20) que también integran la comunidad de los seguidores de Jesús.

El núcleo de la comunidad joánica, por lo tanto, está constituido por los *judíos expulsados de la sinagoga* que han aceptado a la persona y propuesta de Jesús y, a partir de esto, tienen una nueva visión de la propia realidad. Confesar que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios o el Profeta que debía venir como Salvador de este mundo es una amenaza para el liderazgo judaico (Jn 9,22.34-35).

Como todas las comunidades cristianas que se formaron en los primeros siglos, la comunidad joánica vive bajo la dominación y persecución del imperio romano (Jn 11,48).

Además, la comunidad enfrenta dos momentos de crisis y de amenaza de dispersión: la expulsión de la sinagoga, entendida como sistema cultural, socio-religioso de aquella época; y la división interna, causada por el escándalo ante la cristología de la encarnación (Jn 6,66). Estos dos hechos dejaron huellas profundas en

la redacción del evangelio. Por una parte, la comunidad se defiende de las amenazas que vienen de fuera; por otra, tiene el desafío de recuperar su identidad en peligro.

La comunidad se enfrenta con algunas corrientes religiosas (el “gnosticismo” y el “docetismo”) que la desviaban de la práctica cristiana, propuesta y vivida por Jesús de Nazaret.

La doctrina gnóstica sostenía que la salvación se logra gracias a un conocimiento religioso especial, secreto e individual. Los gnósticos afirmaban estar iluminados y libres del pecado y las tentaciones del mundo. No le daban ninguna importancia, a la práctica comunitaria del amor al prójimo.

El docetismo negaba la encarnación del Hijo de Dios. Sostenía que la humanidad de Jesús era aparente. Para ellos era un escándalo que Dios hubiera asumido nuestra condición humana.

En resumen, la comunidad joánica se puede caracterizar de esta manera:

- ♦ **Comunidad de periferia, sin poder, marginada y excluida del sistema.** El ciego de nacimiento, como figura de la comunidad, es expulsado de la sinagoga (Jn 9). El evangelio nos muestra que los samaritanos, marginados por el judaísmo oficial, son acogidos cariñosamente por Jesús (Jn 4,1-42).
- ♦ **Comunidad de resistencia, perseguida y minoritaria.** Por esto es significativo el liderazgo de las mujeres, en el evangelio de Juan. De acuerdo a la tradición bíblica, y aún hoy, las mujeres son un símbolo de resistencia en los momentos críticos para la sobrevivencia de la comunidad (Jn 2,1-11; 4,1-42; 11,1-44; 12,1-11; 16,20-22; 19,25-27; 20,11-18).
- ♦ **Comunidad que se organiza bajo el liderazgo del Discípulo Amado.** El Discípulo Amado es una figura histórica anónima, que aparece por lo general al lado de Pedro, el gran líder de la Iglesia Apostólica, con una función complementaria y superior (Jn 13,23-26; 19,26-27; 20,1-10; 21,7.20-24).

4. El plan del Evangelio

Se dan varias propuestas de organización del evangelio de Juan. Podemos leerlo, siguiendo las fiestas que culminan con la Pascua de Jesús, el Cordero de Dios (cf. 1,36; con 19,32). Así el plan global del evangelio es el nuevo éxodo inaugurado por Jesús (Jn 6,1-17); la nueva creación consumada por Jesús en su hora de retorno al Padre (Jn 13,1; 19,30).

Optamos por la opinión más común que divide al evangelio de la forma siguiente:

a. La primera parte (Jn 1,1-11,54). Se la llama el “Libro de los Signos”. “Signos” o “señales” en Juan, significan los milagros que confirman la misión de Jesús, el Enviado de Dios (como sucedía con los profetas en el Antiguo Testamento). Los siete signos narrados en el cuarto evangelio son una manifestación del tiempo mesiánico, que se realizará plenamente en la hora de Jesús que es la hora del Padre:

- ♦ Bodas de Caná (Jn 2,1-11) = falta el vino, abundancia = Nueva Alianza.
- ♦ Curación del hijo de un funcionario real (Jn 4,46-54) = enfermedad por salud/vida.
- ♦ Curación de un enfermo en la piscina de Betsaida (Jn 5,1-18) = parálisis por libertad.
- ♦ Multiplicación de los panes (Jn 6,1-15) = hambre por pan en abundancia.
- ♦ Jesús camina sobre el mar (Jn 6,16-21) = miedo, ausencia por audacia, encuentro.
- ♦ Curación del ciego de nacimiento (Jn 9,1-41) = ceguera, tinieblas por visión, luz.
- ♦ Resurrección de Lázaro (Jn 11,1-44) = muerte por vida, resurrección.

Los signos casi siempre son acompañados por un discurso (Jn 6,22-71), para poner en evidencia la fuerza de la Palabra de Jesús, que es la encarnación de la Palabra del Padre (Jn 1,1-18). El objetivo principal de los signos es dar gloria a Dios y provocar la fe en Jesús, su Hijo, enviado para realizar la obra del Padre.

b. La transición (Jn 11,55-12-50). Después del signo de la resurrección de Lázaro encontramos una transición que concluye la primera parte y nos introduce en la segunda parte del evangelio.

Irónicamente, los signos narrados en Juan para provocar la fe son también la causa del rechazo y condena de Jesús (Jn 11,45-57). Los signos realizados por Jesús no llevaron a los judíos a creer en Jesús, el Hijo enviado por el Padre (Jn 12,37).

c. La segunda parte (Jn 13,1-20,31). Es como la realización y plenificación de la primera parte. ¡Ha llegado la “hora”! Jesús revela el rostro verdadero de Dios, que es amor (1 Jn 4,8.16), en oposición al rostro del Dios legislador que tenían algunos judíos presumidos (Jn 9,24). La obra de Jesús, que es la obra del Padre, es llevada a su término como obra de amor: “... sabiendo Jesús que llegaba la hora de pasar de este mundo al Padre, después de haber amado a los suyos, los amó hasta el extremo” (Jn 13,1).

Esta segunda parte, se subdivide en tres secciones bien caracterizadas:

- ♦ **La primera sección** abarca los capítulos del 13 al 17. También se la conoce como el *Libro de la comunidad*, porque los discursos de despedida son el espacio propio para que la comunidad haga memoria oral y escrita de su líder que partió. Antes de entregar su vida, Jesús reúne a los suyos para una cena de despedida, en la cual realiza un gesto simbólico y profético: les lava los pies (Jn 13,1-30). Después hace un largo discurso de despedida (Jn 13,31-17,26).
 - Les da a los “suyos” el nuevo mandamiento del amor mutuo (Jn 13,34s y 15,12.17).
 - Promete el Paráclito o Espíritu de Verdad (Jn 14,26; 16,12-15).
 - Hace una evaluación de su vida y misión y pide al Padre por la unidad (Jn 17).

- ♦ **La segunda sección** es el relato de la pasión en los capítulos 18 y 19. Esta parte culmina con la última palabra de Jesús: “todo está acabado” (Jn 19,30).
- ♦ **La tercera sección** nos trae las escenas de la resurrección (Jn 20). En esta parte, Juan privilegia el encuentro de Jesús con María Magdalena (Jn 20,11-18). El Resucitado la llama por su nombre (Jn 20,16) y ella lo reconoce como su Maestro. Y recibe el envío: “Ve a decir a mis hermanos: subo donde mi Padre, que es Padre de ustedes, que es Dios de ustedes” (Jn 20,17).

d. El prólogo (Jn 1,1-18) y epílogo (Jn 21,1-25). El prólogo y el epílogo se añadieron después. Constituyen el marco de todo el evangelio.

Primera Parte	Transición	Segunda parte
<i>Libro de los signos</i>	<i>Transición</i>	<i>Libro de la exaltación</i>
1,19-11,54	11,55-12,50	13,1-20,31
Jesús revela a Dios al mundo por medio de signos y palabras: “La hora aún no llega”.	La hora se aproxima.	Jesús revela el amor de Dios a los suyos entregando su vida: “Su hora ha llegado”.

5. El propósito del evangelio de Juan

No es difícil descubrir el propósito del evangelio de Juan: “Estas señales han sido escritas para que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Crean, y tendrán vida en su Nombre” (Jn 20,31). Las palabras “para que crean” pueden ser un llamado a creer en Jesús, dirigido a los no-creyentes, pero también es posible entenderlas como un llamado a no dejar de creer en Él, destinado a los ya creyentes.

Este llamado, seguramente, se debió a que las comunidades, tempranamente, tuvieron que luchar en tres frentes: 1. Contra la acusación de los rabinos que habían añadido en la oración diaria una maldición contra los cristianos (Cf. Jn 9,22; 12,42; 16,3) Para Juan, la expulsión de la sinagoga hacía de “los judíos” los no-creyentes en Jesús; 2. Contra los discípulos de Juan Bautista, que ya entonces formaban una secta (Cf. Hch 19,1-7). Juan muestra que Juan Bautista no era la luz (Jn 1,8) sino sólo testigo y mensajero, y que su alegría era que la gente siguiera a Jesús (Jn 3,26-30); 3. Contra la secta gnóstica, que estaba enquistada tanto en el judaísmo como en el cristianismo; esta secta despreciaba el cuerpo porque era la “cárcel” del alma. Los gnósticos negaban que Jesús haya tomado un cuerpo físico, sino sólo un cuerpo aparente. Juan remarca la Encarnación: “Y el Verbo se hizo carne” (Jn 1,14).

El tema principal del evangelio de Juan es la gloria de Jesús. Esto se ve en las señales, que muestran a Jesús como el Hijo de Dios; también se ve en la frase "Yo soy", que es una forma de auto revelación de Jesús; la frase tiene su trasfondo en el Antiguo Testamento, donde Dios se revela como Dios para su pueblo (Cf. Ex 3,14). ¡Jesús es la luz, la vida, el camino, la verdad, la vida! Quien confía en Él no será defraudado.

En el evento de la Pasión, Muerte y Resurrección, Juan usa preferentemente las frases "ser glorificado" y "levantado de la tierra" (Jn 3,14; 8,28; 12,32-33), para referirse a la muerte de Jesús y a su futura glorificación. Finalmente, el discurso sobre la obra del Espíritu Santo toma un lugar prominente en Juan. El Paráclito será el que tomé el lugar de Jesucristo cuando éste vuelva al Padre, ayudará a los discípulos a testimoniar al Señor y les enseñará acerca de lo que Jesús les ha hablado. El Espíritu Santo guiará a la verdad y glorificará a Cristo.



Actividades para la evaluación 2

1. En el Evangelio de Juan encontramos cuatro referencias del Discípulo Amado. Busca las citas bíblicas y une con el dibujo que se relacione.



Jn. 13, 23-26



Jn. 20, 2-10



Jn. 19, 26-27



Jn. 21, 7. 20-24

2. Completa el texto con las palabras que encuentras dentro de la cajita

El evangelio de ___ fue escrito como forma de _____, especialmente, por dos situaciones decisivas para la _____ de la _____:

*Contra los _____ externos, sobre todo de la _____ judía, del _____ y del _____ romano.

*Para _____ a la comunidad que _____ el peligro de _____ y de perder su _____

corre	resistencia	identidad	Juan
sinagoga	vida	animar	imperio
desintegrarse	ataques	gnosticismo	comunidad

3. Aplica la letra al número correspondiente y descubre lo que confiesa la comunidad joánica

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15
A	E	I	O	U	D	F	H	J	L	M	P	R	S	T

9	2	14	5	14	2	14	2	10	11	2	14	3	1	14

2	10	8	3	9	4	6	2	6	3	4	14

2	10	12	13	4	7	2	15	1

4. Completa los cuadros con las palabras de abajo y conocerás a la comunidad joánica:

Perseguida

Periferia

Marginada

Bajo el liderazgo del discípulo amado

Sin poder

Excluida del sistema

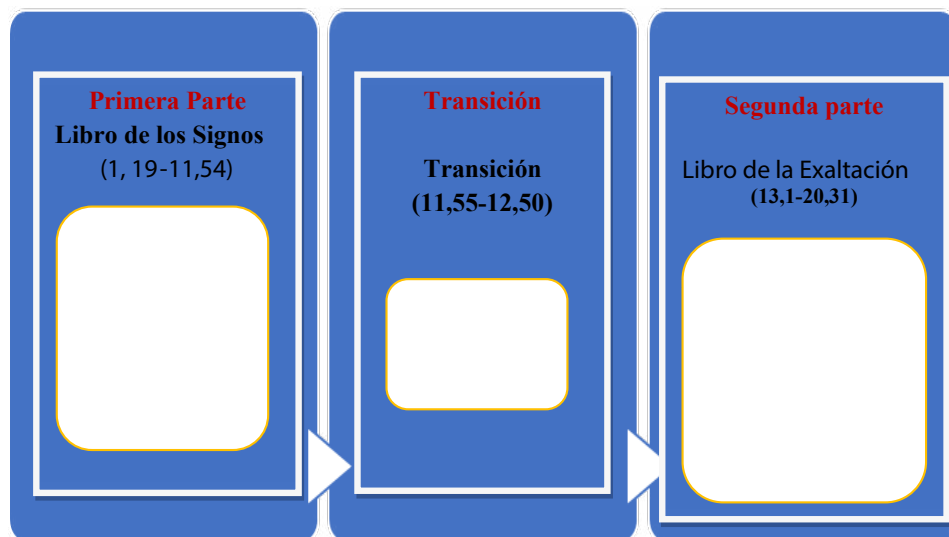
Minoritaria

Organiza

Resistencia

5. El Evangelio de Juan se divide en tres partes. Descubre de qué habla cada parte

El prólogo (1,1-18) y el epílogo (21,1-25) se añadieron después, y constituyen el marco del IV evangelio.



LECTURA CONTINUADA DE LA OBRA DE JUAN

Introducción

Todos los evangelios son textos que tienen un hilo conductor en la narración, con personajes y recursos literarios con los que tratan de presentar la figura de Jesús. Los evangelios son narraciones, no biografías; narraciones teológicas, es decir confesiones de fe de las primeras comunidades cristianas de lo que descubrieron en Jesús como testimonio del amor de Dios y de cumplimiento de las promesas del AT.

Juan 1,1-18. En el Prólogo Juan describe la importancia del tema de su evangelio: la gloria de Jesús y la reacción del mundo (judíos-gentiles y creyentes). En los primeros versículos, aún sin mencionar el nombre de Jesús, se nos brinda una descripción de Él. Así, la expectativa por saber de quién se trata, va en aumento. Al final se pone en evidencia que esa persona divina no es otra que Jesús, el Hijo de Dios eterno (“En el principio”), que convive con el Padre (“estaba con Dios”), goza de su divinidad (“el Verbo era Dios”) y participa de la Creación (“todas las cosas fueron hechas por Él”).

Así, pues, sus atributos son la vida y la luz (“en Él estaba la vida, y la vida era la luz”), lo que le permite triunfar sobre las tinieblas (“la luz resplandece en las tinieblas”). Jesús es el Verbo Divino, aquel en quien el Padre se expresa totalmente: “Él ha dado a conocer al Padre” (Jn 1,18); “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,9),

En los vv. 1-5 Juan anuncia la llegada de Jesús al mundo, como luz y vida. Sólo en Jesús hay vida y comunión con el Padre. En el v. 5 Juan se refiere al triunfo de la luz sobre las tinieblas, algo sobre lo que volverá en la cruz, cuando venza a Satanás. Por eso, Jesús es el Verbo que vive en plena comunión con Dios; el único camino para conocer al Padre.

En el v. 6 se habla de Juan Bautista, para decir que él no es la luz, sino testigo de ella. La misión del Bautista es que sus oyentes crean en Jesús, y no en él. Jesús es la Luz “que alumbr a todo hombre”. En la predicación de Juan Bautista se hace evidente que el mundo estaba pasando por un período histórico crucial. ¡La luz del mundo está por llegar!, y va a alumbrar a aquellos que oigan el Evangelio y conozcan el camino a la salvación. El v. 10 repite en forma enfática lo que está sucediendo: la luz verdadera está en el mundo; aquel mundo que es su propia creación, pero que no lo reconoce, ni lo acoge.

Más aún, Israel, su propio pueblo (“los suyos”) no le recibió. Con todo, Dios mismo suscitó en muchos otros la fe para recibir al Verbo Divino y reconocer el significado de su nombre (“Salvador”). Ellos son los que reciben el privilegio de

ser los hijos de Dios, porque “creen en su nombre”. Ellos “no son engendrados de la sangre, ni de voluntad de varón, sino de Dios”, es decir su nacimiento es obra de Dios y no herencia de Abraham, como creían sus antepasados.

El v. 14 es el clímax del Prólogo. Aunque Juan ya ha mencionado el hecho de que el Verbo está en este mundo, ahora revela la manera como su presencia se hace una realidad visible: ¡El Verbo se hace carne! ¡Dios se revela como carne frágil y mortal!

Juan 3,16 nos muestra el trasfondo de la Encarnación: el amor de Dios por el mundo lo lleva a enviar a su propio Hijo para que habite entre nosotros. Así se empieza a cumplir la promesa que Dios hizo a Israel de que moraría en medio de ellos (Lev 26,11; Is 57,15). El tiempo de salvación divina ha llegado, y los discípulos deberán ser testigos de su gloria, de su majestad, no como un resplandor enneguecedor, sino como luz y verdad. La gloria del Unigénito de Dios, que no brilla para sí mismo, sino para los suyos.

Jesús es superior a Juan Bautista, y aunque actúa después, es antes que el Bautista, pues es el Hijo de Dios, y su gloria es eterna, plenitud de gracia que ampara a los creyentes en todo momento y los lleva a la comunión con Dios. También es superior a Moisés. Éste proveyó a Israel de la Ley, pero Jesús dio al pueblo la gracia y el perdón; a través de Él llega la verdad (Jn 1,14.17), lo que significa que en Jesús se hace visible la fidelidad de Dios que cumple su promesa. Aún más, Jesús revela al Padre, a quién nadie ha podido ver.

Juan 1,19-28. No sabemos exactamente quién envía a los sacerdotes y levitas a hablar con Juan. Tal vez era el Sanedrín. El v. 19 sólo dice “los judíos”. Estos enviados tienen por tarea averiguar qué sucede con Juan y su movimiento bautista. El temor es infundado, puesto que Juan Bautista ha declarado que él es sólo una voz. Pese a la admiración de la gente, Juan deja claro que él no es el Cristo, ni siquiera Elías. Sin embargo, más tarde Jesús dirá que sí lo es (Mt 17,12).

Juan Bautista no se proclama a sí mismo, como el profeta de Deuteronomio 18,15, sino que dice que sólo es una “voz que clama en el desierto”, al estilo de Isaías 40, cuya tarea es preparar el camino al Mesías. La humildad de Juan invita a glorificar a Jesús y a humillar al hombre.

Luego vienen otros delegados; esta vez fariseos que objetan que, si Juan no es el Mesías, ¿por qué bautiza? Para Juan, el bautismo es una preparación para que la gente acepte sus pecados y declare públicamente su necesidad del Mesías. Todo estorbo, sea montaña o cerro, será destruido para preparar el camino a aquel que bautizará con el Espíritu Santo. Juan pronuncia una frase llena de reverencia: “El que viene después de mí, es antes de mí... y no soy digno de desatarle la correa del calzado” (Jn 1,15). Aunque el Mesías es aún desconocido para la gente y para él mismo, Juan sabe que se revelará pronto.

Cuando se redacta el evangelio de Juan, había personas que reverenciaban a Juan Bautista, y el evangelista quiere ponerle un límite, pues el Bautista era sólo el enviado del Rey. El mismo Juan Bautista sentía reverencia por Jesús, que en medio de ellos hacia cercana la salvación. Juan, como todo discípulo, tiene una tarea: preparar el camino a Jesús.

Juan 1,29-34. El “día siguiente” hace relación al interrogatorio hecho por los judíos enviados desde Jerusalén. Es el momento culmen en la actuación de Juan Bautista y su anuncio de la llegada del Mesías. Juan presenta a Jesús como Cordero de Dios, cuya tarea no será establecer inmediatamente el Reino, sino asumir la culpa del mundo, dando acceso a su Reino a todos los que buscan perdón. De esta manera, Jesús toma el papel del cordero pascual, cuya sangre cubrirá los pecados de aquellos que crean en Él.

A través de Él todas las naciones heredarán el Reino. La palabra “quitar” se traduce por levantar, remover o eliminar. Jesús quita la culpa de los suyos, asumiendo los pecados de la humanidad. Juan usa el singular “pecado” para decir que todos los pecados tienen un mismo punto de partida: el rechazo de la autoridad de Dios. “Cordero de Dios” hace alusión al cordero pascual, por cuya sangre Israel era librado de la muerte, cuando era presentado en el templo (Is 53; Cf. Gen 22,7-8).

Juan está seguro de que ahora ha llegado el Hijo de Dios (v. 30; Cf. vv. 15 y 27): “Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él”. Él testifica que Jesús es el Hijo de Dios. Los vv. 32 y 34 emplean la frase “dar testimonio”, expresión propia del ámbito de la justicia, para aseverar que Jesús es el Hijo de Dios, pues Dios mismo así lo ha revelado. Juan conoce a Jesús y sabe que Él bautizará con el Espíritu, dando vida nueva y nuevo corazón. La tarea de Juan es testificar que Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. ¿Hacemos nosotros lo mismo?



Juan 1,35-42. Esta es una semana llena de encuentros: vv.29, 35, 43 y 2,1). “Al día siguiente” Juan, acompañado por dos de sus discípulos, nuevamente señala a Jesús como el Cordero de Dios y reafirma que él es sólo su precursor. Los discípulos son Andrés y otro sin nombre; ellos, oyendo hablar al Bautista, lo abandonan y siguen a Jesús para conocerlo. Jesús, viendo que le siguen, les formula una pregunta-invitación: “¿Qué buscan?”. Ellos responden: “Rabí, ¿dónde vives?”. Con esta pregunta buscan una oportunidad para hablar con Jesús. La respuesta es tan amable como la pregunta: “Vengan y vean”. En la pregunta hay un deseo de estar con Él; en la respuesta hay un deseo de aceptarlos como discípulos.

Para todos fue un día importante; el evangelista recuerda que fue a la hora décima. La preposición “porque” del v. 39 indica que es probable que este encuentro haya tenido lugar hacia las diez de la mañana. Entonces tuvieron todo el día para

estar con Jesús. El resultado de ese encuentro desencadenó una misión: Andrés buscó a su hermano Simón para decirle que habían encontrado al Mesías; y ambos fueron a buscar a otros para que también lo conozcan. Jesús encuentra a Simón y le promete que será “piedra” (Pedro), pilar de la Iglesia. Para conocer a Jesucristo se necesita de un encuentro personal con Él.

Juan 1,43-51. Seguir a Jesús produce una reacción en cadena: Jesús llama a Felipe, que venía de Betsaida, el mismo pueblo de Andrés y Pedro. Felipe busca a su amigo Natanael y le informa: “Hemos hallado a aquel de quién escribió Moisés en la ley, así como los profetas: es Jesús, el hijo de José, de Nazaret”. Natanael, sabiendo que el Mesías debía nacer en Belén, responde dudoso: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?”. Para un judío era insoportable que el Mesías naciera en el insignificante pueblo de Nazaret. ¿Sería eso acorde a la voluntad de Dios?

Felipe, pese a que no tiene los detalles del nacimiento, sabe que Jesús es el Mesías; por eso invita a Natanael a que conozca a Jesús. El encuentro con Jesús acabó de convencerlo. Jesús al verle, dice a los que rodean a Natanael: “He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño”. Esto significa que Natanael no es hipócrita; al contrario, es un hombre de actitud abierta, algo que no siempre encontró en su pueblo (Jn 2,24; 6,26). Natanael, deseoso de conocer al Mesías, se asombra y pregunta a Jesús: “¿De dónde me conoces?”. Jesús muestra su conocimiento concerniente a Natanael: “Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, yo te vi”. Natanael lo reconoció de inmediato como el Hijo de Dios; entonces Jesús le promete que verá cosas mayores: el cielo abierto y a los ángeles subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre (Cf. Gen 28). A lo largo del evangelio, cada señal de Jesús revela un aspecto de su divinidad.

Juan 2,1-11. Al tercer día del encuentro de Jesús con Natanael se celebró una boda en Caná de Galilea, en la región alta del Mar de Galilea. Allí fue Jesús, con su madre y sus seguidores. Mientras Juan predicaba la penitencia, Jesús da un paso adelante y restaura el gozo perdido por el pecado. Jesús es mayor que Juan.

Probablemente, la llegada de más personas de las que los novios habían invitado fue la razón por la que se acabó pronto el vino. Esta era una situación bochornosa. María insiste a su Hijo que intervenga. Jesús, entonces, la reprende, diciéndole que nada tiene que ver con ella en lo que respecta a su ministerio, y que sólo recibe las órdenes del Padre. Su misión tiene un propósito mayor que solucionar problemas. El v. 11 lo aclara: revelar su gloria y la gracia de Dios. Para revelar su plenitud, Jesús espera una señal del Padre. Por tanto, aún no es la hora. Con todo, María no recibe sus palabras como un rechazo, por eso les dice a los siervos: “Hagan lo que Él les diga”. Sus palabras manifiestan fe en el poder de su Hijo.

Juan relata que había allí seis tinajas de piedra, que se usaban para almacenar agua, destinada al rito de purificación. En cada una cabían unos 100 litros de agua. Este detalle nos prepara para comprender cuán grande es la abundancia de la señal de Jesús. A su vez nos da otro detalle: en la dispensación, era necesaria la constante purificación, a causa del pecado. La gracia que dispensa Jesús es tan grande que hace innecesaria más purificaciones. Lo que Jesús trae es vida en abundancia, un reino de perdón y gozo. Juan muestra esa plenitud con varios detalles: Jesús dice: “Llenen las tinajas de agua”, y las llenaron hasta el borde. ¡Y el agua la convirtió en

vino! El mayordomo, al probar el vino, alabó su calidad y llamó al novio para contarle lo que está sucediendo. La costumbre era servir el vino bueno en primer lugar y después el de inferior calidad. Pero en esta ocasión, pareciera que se ha reservado lo mejor para el final. Esta es una característica del Reino de Dios.

Esta señal fue la primera con la que Jesús manifiesta su gloria. Y los discípulos creyeron en Él. “Creer” significa que su fe empieza a crecer, porque ven algo más grande de lo que Jesús había hablado (Jn 1,51): la abundancia que Dios ofrece por medio del Hijo.

Acerca del significado de esta señal podemos decir que la abundancia aparece en la Biblia como una señal de la gracia y perdón de Dios, de un nuevo comienzo con el pueblo (Cf. Is 25,6; Am 9,11-15). En analogía a lo que Jesús dice en Juan 6, después de la multiplicación de los panes (“Yo soy el pan de vida”), podemos concluir que Él mismo es el vino, símbolo de la gracia de Dios, su sangre que reconcilia con Dios.

Juan 2,13-22. Esta perícopa contrasta con el pasaje anterior. Después del gozo de las bodas de Caná nos encontramos con un conflicto. En vez de fe, descubrimos enemistad en Jerusalén, sobre todo en el templo, lugar del que se debía esperarse reverencia, pero en donde sólo se encuentran personas que desean sacar provecho de los peregrinos. No sólo era costumbre de Jesús visitar las sinagogas los sábados (Lc 4,16), sino que, según Juan, también visitaba el templo durante las grandes fiestas. En esta historia, Juan insinúa que Jesús es el verdadero Cordero Pascual que morirá y resucitará.

El atrio del templo estaba lleno de vendedores de animales, usados para el sacrificio, y de cambistas de monedas romanas a monedas judías (la moneda romana se rechazaba por las imágenes que tenían talladas, algo prohibido por la Ley judía). El atrio se había convertido en un centro de comercio, en lugar de un lugar para preparar a los peregrinos. Jesús encontró tanto desorden en el templo, que hizo un látigo con cuerdas de las que se usaban para atar a los animales, y echó a los comerciantes de animales y desparramó las monedas de los cambistas. Cuando la reverencia es reemplazada por cultos mundanos, se ofende al santuario de Dios.

Jesús entra al templo, y al ver la irreverencia, actúa sin contemplaciones, pues tal actitud no es digna de la casa de Dios: “No hagan de la casa de mi Padre un mercado”. Esto nada tiene que ver con servir a Dios, sino con servirse a sí mismo. Los discípulos se acordaron de que estaba escrito: “El celo por tu casa me consume” (Sal 69,9). Esta escena anticipa la muerte de Jesús: al no conocerlo, los judíos le piden que dé cuentas de su actitud: “¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto?”. Jesús responde enigmáticamente: “Destruyan este templo, y en tres días lo levantaré”. Los judíos no entienden y piensan que Jesús se refiere al templo de piedras. Pero Jesús se está refiriendo a su cuerpo. Tampoco los discípulos entendieron sus palabras. Sólo se acordaron de ellas una vez que resucitó. Así creyeron en las Escrituras, por ejemplo, el Salmo 16,10.

Que los judíos hayan creído que Jesús se refería al templo de piedras se puede entender, pues Él emplea deliberadamente la palabra “templo”, pero para dar una pista de que Él era el Templo verdadero; su sacrificio pondría fin a los sacrificios.

Juan 2,23-25. Estos versículos sirven de enlace con el capítulo siguiente. Pese al rechazo de algunos, no todos responden igual, pues otros sí creen en las señales de Jesús. Sin embargo, Jesús no confía en ellos, pues los conoce y sabe lo que hay en sus corazones; sabe que su “fe” pronto será incredulidad y rechazo, pues no están dispuestos a confiar y depender sólo de Él. Eso le dirá a continuación a Nicodemo: si no tiene una férrea fe, no tendrá nada que ver con Jesucristo. Nuestra fe, ¿es vaga o firme?

Juan 3,1-15. Jesús recibe la visita de Nicodemo (nombre griego que significa “vencedor del pueblo”), fariseo y miembro del Sanedrín. Nicodemo va de noche a ver a Jesús, quizá por miedo a perder su reputación o quizá para conversar tranquilamente con Él (la noche empezaba temprano en Israel). Nicodemo reconoce a Jesús como maestro, ya que sus señales así lo demuestran; incluso es posible que acepte cierta autoridad divina en Jesús.

¿Qué persigue Nicodemo con su visita? ¿el deseo de aprender acerca de la Ley? Parece que sí, porque Jesús comienza a enseñarle, pero de una forma diferente a la que Nicodemo esperaba. Quizá él esperaba que Jesús agregue algo novedoso a su idea respecto a la Ley. Pero Jesús le dice que la entrada al Reino de Dios no se alcanza con una vida algo mejor, sino a través de un nuevo nacimiento, algo que viene del Espíritu Santo: Jesús habla con autoridad divina (“En verdad te digo”), para decirle que no basta aplicar reglas éticas para mejorar la vida, sino que hay que nacer de nuevo.

¿En qué consiste el nuevo nacimiento? Nicodemo piensa en un renacer biológico, pero Jesús está pensando en algo distinto. Por eso debe explicarle pacientemente lo que significa nacer del agua y el espíritu. sus palabras recuerdan al profeta Ezequiel (36,25-27): “Esparciré sobre ustedes agua limpia, y serán limpiados de todas sus inmundicias; y de sus ídolos los limpiaré. Les daré un corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo en ustedes, y quitaré de su carne el corazón de piedra, y les daré un corazón de carne. Y pondré dentro de ustedes mi Espíritu, y haré que anden en mis normas, guarden mis preceptos y los pongan por obra”.

En esta profecía Dios promete un nuevo corazón donde morará su Espíritu, para que Israel ande en sus caminos. Esta profecía deja en evidencia que andar en el camino de Dios no es producto de nuestras fuerzas, sino obra del Espíritu Santo. Debemos tomar en cuenta la tarea de Juan Bautista: él bautizó en agua para perdón de los pecados; Jesús cumple la promesa de Dios de renovarnos por medio del Espíritu Santo (Cf. Mt 3,11; Jn 1,33).

Entonces, lo que Nicodemo necesita es el perdón y la renovación de su vida a través del Espíritu Santo. Sin esto nadie puede ver (v. 3) o entrar (v. 5) al Reino de Dios. La carne engendra carne, y aunque hagamos todo por agradar a Dios, sólo a través del Espíritu Santo podemos ser nueva creación. Jesús responde al asombro de Nicodemo y le pide que no rechace lo que Él le dice. Nicodemo debe aceptar el juicio de Jesús, porque lo mismo ya habían dicho antes los profetas: no basta tratar de vivir mejor, sino que debe haber una renovación, como obra de Dios. Para Jesús, el “viento” (en hebreo y en griego “viento y espíritu” son la misma palabra) sopla donde quiere, y se deja escuchar en todas partes, aunque no se sepa de dónde viene, ni a dónde va. Así es todo aquel que nace del Espíritu.

Es claro el reparo de Nicodemo a la enseñanza de Jesús, cuando pregunta: “¿Cómo puede ser esto?”. Él cree firmemente en el concepto fariseo de salvación: ¡cumplir rigurosamente la Ley! Por eso le cuesta mucho aceptar la enseñanza de Jesús. Con asombro, Jesús le pregunta: “¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?”. Como maestro reconocido por el pueblo, Nicodemo debía conocer la enseñanza de los profetas. Entonces, Jesús usa la misma expresión de Nicodemo: “Sabemos” (v. 2). Nicodemo y sus colegas piensan que conocen el camino de Dios y que están en condiciones de opinar respecto a Jesús; ahora Jesús usa la misma expresión, pero para resaltar su soberanía y afirmar que lo que dice es absolutamente verdadero (“En verdad, en verdad te digo”). El problema es que los fariseos (“ustedes”) no aceptan su enseñanza, como resultado de su incredulidad. Si Él enseña sobre un nuevo nacimiento, usando un lenguaje terrenal, y aun así no lo entienden, entonces ¿cómo creerán si Jesús les habla de cosas celestiales, como la Encarnación del Hijo de Dios (v. 16)? Nicodemo acepta a Jesús como maestro, y nada más.

Sólo Jesús sabe de las cosas celestiales. Él habla con autoridad divina, pues está en íntima comunión con su Padre. Y ahora Jesús expone algo de esas cosas: la salvación a través de su humillación y exaltación. Nicodemo no sabe que, por ejemplo, para ser salvado no basta una vida estricta, de acuerdo con la Ley; hace falta la fe en el sacrificio del Hijo. Igual que en el desierto Dios ofreció al pueblo enfermo una serpiente levantada, ahora ofrece a su Hijo para que sea levantado en una cruz; la diferencia es que Jesús supera no sólo la muerte física, sino también la muerte eterna, “para que todos aquellos que creen en Él, no se pierdan, sino que tengan vida eterna”. Jesús, más que un maestro que enseña la verdad es el Hijo de Dios que viene del cielo como solución para nuestras enfermedades.

Juan 3,16-21. En el v. 16 Jesús, expone a Nicodemo de forma breve, pero profunda, el plan de la salvación: “Porque de tal manera amó Dios al mundo...”. Así expresa el Padre su amor por un mundo pecador. Su amor es tan grande, que “ha dado a su Hijo unigénito”. Aquí hay un eco de Génesis 22,1s. Sin embargo, la diferencia es que Dios realmente entrega a su Hijo y lo hace por un mundo lleno de delitos (Rom 8,32). El propósito del envío del Hijo es la vida eterna para los que confían en Jesús. Se trata de vida, no de condena.

Lo que más importa en la vida es la fe en el Hijo. Tal fe es don de Dios (Ef 2,8). En cambio, la incredulidad condena, y esa es una realidad terrible que es escogida libremente por muchos: “Esta es la condenación”, es una frase que continuamente hallamos en el evangelio de Juan (Cf. Jn 17,3): “La luz vino al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas” (v. 19). El que no reconoce a Jesús comete un pecado grave (Jn 16,9) y sigue un camino de rebeldía, odiando a Jesús. Jesús es una luz que descubre cada parte oculta de la vida. Pero quien practica la Verdad viene de la luz y puede estar en la presencia de Jesucristo y disfrutar de la vida nueva. Tanto la condenación como la salvación son realidades ya presentes, y dependen de la fe o incredulidad personal.

Juan 3,22-36. Después de su conversación con Nicodemo, Jesús salió de Jerusalén en dirección al río Jordán. Allí Juan Bautista seguía bautizando, ya que aún no era encarcelado. Jesús fue a ese lugar; no sabemos si Él bautizó, pero al menos mandó a sus discípulos a hacerlo. Un judío, que tal vez había sido bautizado,

provocó una discusión con los discípulos de Juan respecto a la purificación. Esto hizo que algunos vean una rivalidad entre Juan y Jesús. Se creía que Jesús era discípulo de Juan, pero la experiencia mostraba ahora todo lo contrario. No obstante, para Juan, que Jesús estuviera ejerciendo su ministerio era motivo de alegría: “No puede el hombre recibir nada, si no le fue dado del cielo”.

Tanto Jesús como Juan reciben algo de Dios. Pero Jesús recibe más, porque es más que Juan. El Bautista se sirve del ejemplo del amigo del novio: éste, luego de unir al novio a su esposa, desaparece. Un ejemplo de humildad; Juan Bautista no ambiciona nada para sí, sino para Jesús. ¡Jesús debe crecer y el menguar!

En el v. 31 Juan repite su argumento: Jesús tiene más seguidores, porque es “el que viene de arriba” para revelar cosas celestiales, necesarias para la salvación eterna. Juan habla de lo que se debe hacerse en la tierra para convertirse a Dios; Jesús habla del plan de salvación eterna de Dios. De tal forma que seguir a Cristo es indispensable para la salvación. Juan se queja de la incredulidad, incluso de sus propios discípulos; le entristece que la gente no escuche a Jesús.

Los que aceptan al Dios verdadero se dan cuenta que el testimonio de Jesús es testimonio de Dios. Jesús es enviado por el Padre, y siendo el Hijo, es Palabra de Dios; da testimonio del poder sin medida del Espíritu Santo. El Padre ama al Hijo y le da todas las cosas. Quien desee honrar a Dios, debe honrar a Jesús y confiar en su palabra. Quien rechaza su testimonio, trata a Dios de mentiroso. Quien cree en el Hijo, no es que obtiene la vida eterna, sino que ya la tiene. ¡La vida eterna no es en la otra vida, sino ahora mismo!

Juan 4,1-20. Jesús sale de Judea y va a Galilea con sus seguidores, pues Él “bautiza más que Juan”, y eso irritaba a los fariseos. Su tiempo de morir no llega aún, por eso Él se retira. En su viaje pasa por Samaria. Juan dice que “era necesario pasar” por ese lugar, pese a que había otro camino más largo, al otro lado del río Jordán, que los judíos solían tomar para evitar el contacto con los samaritanos. Pero Jesús quiere compartir el Evangelio con ellos. Aunque judíos y samaritanos se odiaban entre sí, ambos profesaban una religión parecida, pero no igual (los samaritanos eran sincretistas, mezcla de fe judía y pagana: Cf. 2Re 17,1-34). Jesús y sus discípulos llegan a Sicar; quizá era la misma ciudad de Siquém donde vivía Jacob (Cf. Gen 33,18; 35,4; 37,12-14).

Jesús estaba cansado por el viaje; el calor era fuerte, pues era la hora sexta (si Juan piensa en el horario judío, sería el mediodía; pero si piensa en horario romano, sería las seis de la tarde. Cf. Jn 1,39). Jesús siente las necesidades humanas, y por eso se sienta junto al pozo construido por Jacob; un pozo de unos 27 metros de profundidad. Sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar pan. Mientras está sentado, una samaritana se acerca al pozo con su cántaro; Jesús le pide agua para beber; la samaritana se sorprende de que un judío le dirija la palabra. Posiblemente por su ropa y acento la mujer deduce que Jesús es judío, pero no sabe quién es ese hombre que le habla.

Jesús cambia la conversación, dándole otra dirección. Él desea revelarse a ella: “Si conocieras el don de Dios y quien te dice ‘dame de beber’, tú le pedirías y Él te daría agua viva”. Para los judíos, el don de Dios era la Torá; por lo tanto, aquí

“agua viva” y “don de Dios” se refieren al Espíritu Santo (Cf. Jn 7,37-39) que llena a los creyentes de comunión y paz con Dios.

Como en la conversación con Nicodemo, al principio esta mujer no capta que Jesús está tratando de enseñarle. Ella mira las manos vacías de Jesús y no logra entender cómo podía éste ofrecerle agua viva. Desde luego, Jesús le proveerá para una sed más profunda, más vivencial, que sólo puede ser satisfecha por Dios. Jesús restaura la comunión con Dios para siempre. Pero aún la mujer no sabe cómo interpretar las palabras de Jesús. Su oferta es insólita: ¡Agua de vida y nunca más sed! Sin pensarlo dos veces, responde: “Señor, dame esa agua”. Está fascinada por lo que este judío dice, pero aun así no lo toma en serio. Entonces Jesús, para penetrar más en la vida de la mujer, le dice: “Llama a tu marido”. Ahora la mujer se pone a la defensiva: “No tengo marido”. Y Jesús le muestra que Él sabe toda su vida: ella ha tenido seis hombres, sin tener una relación formal con ninguno de ellos. Sin entrar en detalles, ni reprenderla por su pecado, Jesús le indica su debilidad. La mujer entiende que quien le habla es un profeta y tiene autoridad para decirle dónde se debía adorar a Dios. ¿Tienen razón los judíos, al insistir que debe ser en Jerusalén? ¿Los samaritanos se equivocaban al adorar a Dios en el monte Garizín?

Juan 4,21-24. Jesús responde que, de acuerdo con la Alianza, los judíos poseían la revelación de Dios, que la salvación estaba en medio de ellos; aun así, la adoración judía era limitada. La “hora” estaba llegando. Esta expresión se utiliza repetidas veces con referencia a la muerte de Jesús. Cuando la hora llegue, Jerusalén dejará de ser el único lugar de adoración, ya que por su sacrificio Cristo abrirá la puerta del Reino de Dios. Por tanto, el lugar no será lo más importante, sino la forma cómo se adora a Dios. Viene la hora en que los verdaderos creyentes adorarán al Padre en Espíritu y Verdad, es decir será el Espíritu Santo quien nos guiará a Cristo, para juntos adorar al Padre (Ef 2,18). Entonces, el lugar de adoración no es un templo, sino Jesucristo.

La samaritana responde que ella espera la enseñanza del Mesías, “cuando Él venga”. Entonces Jesús se revela: “Yo soy, el que habla contigo”. No hay que esperar a nadie más; no hay otra enseñanza.

Juan 4,25-38. Inmediatamente después de que Jesús se auto revela a la samaritana, llegan sus discípulos. Ella no tuvo tiempo para reflexionar; será el Espíritu Santo quien la ilumine. Entonces creyó. El primer fruto de su fe es que se vuelve misionera en su propia ciudad; empezó a predicar que había un hombre que le había mostrado la verdad de su vida, sin omitir detalles. Lo dice sin avergonzarse, pues ha encontrado al Mesías que perdona los pecados. La gente estaba atónita: ¡Qué cambió tan repentino había vivido esa mujer! Al momento la gente fue a conocer a Jesús.

A todo esto, los discípulos habían regresado y, para sorpresa, encontraron al Maestro hablando con una mujer. Pero nadie se atrevió a preguntarle lo que hablaban. Ellos le ofrecen pan, pero Jesús está tan comprometido con la obra de su Padre que no siente hambre, ni sed. Su alimento es hacer la voluntad de su Padre, es decir predicar el Evangelio y alcanzar la salvación de la humanidad. Jesús está comprometido con esta misión; lo más importante es trabajar, pues la cosecha está madura. Mirando al campo, observa que faltan cuatro meses para la cosecha; por

eso anima a sus discípulos a mirar con fe aquellos campos listos para la cosecha. Los samaritanos están por llegar y hay que evangelizarlos... Uno siembra (Jesús) y otros cosechan (Iglesia)... trabajo en equipo.

Juan 4,39-42. El relato termina con el testimonio de los samaritanos que vienen a conocer a Jesús. Ellos dicen que la razón de su fe no es el testimonio de la mujer, sino el encuentro personal con Jesús. Al pedido de que se quede con ellos, Jesús accede, aunque sólo se quedó dos días, pero eso fue suficiente para que conozcan la salvación. Es a través del encuentro personal con Jesús que nace la fe. ¿Hemos tenido tal encuentro?

Juan 4,43-54. Pasados los dos días, Jesús y sus discípulos avanzan a Galilea. La razón la dice Jesús con un proverbio popular: “Un profeta no es bien recibido en su tierra”. Aunque los otros evangelios se refieren a Nazaret, parece que aquí Juan se refiere a Judea, el centro principal del país, ya que allí está Jerusalén, la capital. Así, se puede apreciar que la recepción cordial dada por Galilea contrasta con la frialdad de Judea.

El único incidente que Juan nos relata en Galilea se refiere a un oficial del rey que se dirige a Jesús pidiéndole que sane a su hijo moribundo. Esta historia tiene rasgos parecidos al relato de Mateo 8 y Lucas 8. Juan destaca la necesidad de la fe. Es posible que el padre acudiera a Jesús debido a los comentarios que había oído sobre Jesús. Habiendo tenido en Jerusalén la experiencia de muchos que creyeron en sus señales, aun sin tener fe, debió pensar que podía hacer algo por su hijo. Se creía sin fe, sin embargo, el oficial mostró tal disposición para creer en el poder y la autoridad de Jesús. Por la necesidad de ver curado a su hijo, el oficial se somete a Jesús y cree que su petición será concedida al instante; por eso Jesús no debe acompañarle a su casa. Luego recibe la confirmación del milagro. Los siervos le cuentan que la fiebre dejó a su hijo en la misma hora en que Jesús lo había dicho. Entonces, todos los de la casa del oficial creyeron en Jesús. Este fue la segunda señal, y fue en Galilea (Cf. Jn 2,11). ¿Creemos en la promesa de Dios, incluso sin ver su cumplimiento?

Juan 5,1-18. Jesús va a Jerusalén para participar de una fiesta judía; probablemente no era la Pascua, ya que en otras ocasiones ésta es nombrada en forma explícita (Cf. Jn 2,23; 6,4; 13,1). Quizá era la fiesta de los Tabernáculos. Para tales ocasiones Jerusalén se llenaba de peregrinos. En Jerusalén, Jesús se dirige a Bethesda (“Casa de misericordia”), y allí se encuentra con muchos enfermos. Había una creencia allí: de manera periódica un ángel agitaba el agua del estanque y la primera persona que entraba en él quedaba sanada.

Aunque en los mejores manuscritos, los vv. 3 y 4 no aparecen, son muy importantes porque nos dan un resumen de esta idea popular. Si no fuera por el v. 7 sería imposible comprender la idea de los vv. 3 y 4. En Bethesda Jesús muestra su misericordia. Su señal, como todas las suyas, es un signo del sentido del Reino de Dios (Cf. Is 33,22-24; 35,5-6; Apoc 21,3-4).

Un hombre, que lleva paralítico 38 años, recibe una atención especial de Jesús. El Señor le pregunta si quiere ser sanado. ¿Por qué Jesús formula esa pregunta, si la respuesta es obvia? Hay una intencionalidad en ello. En primer lugar, para que el hombre recupere su esperanza perdida, pues es un paralítico que “no tiene a nadie”. En segundo lugar, para que fije su atención en Jesús y crea que Él puede ha-

cerlo. Si a Jesús no le hubiera sido posible sanarlo, habría sido una pregunta cruel. El hombre sabe bien que para sanarse debe bajar al estanque, pero es consciente de que por sus propios medios eso es imposible. Estaba solo.

¿Acaso no tenía familia? A lo mejor sus familiares y amigos no estaban cerca o ya no le quedaba ninguno. Pero pronto descubrirá que tiene un amigo de gran misericordia. Jesús, con una sola palabra, sana al hombre. Cuando el Señor da una orden provee también de los medios para que se cumpla la orden. Sin perder un momento, el hombre toma su camilla y se va. Juan agrega que esta señal fue hecha un día sábado.

Cuando los judíos ven que el hombre se va con su camilla, se enojan y tratan de prohibírselo. Tan pronto se aclaró que la responsabilidad es de Jesús, el enojo de ellos se dirige a Él. Jesús no elude su responsabilidad, ya que deliberadamente ha hecho esa señal, para darse a conocer. Cuando lo vuelve a encontrar, Jesús aprovecha el momento para ordenarle que no peque más, no sea que suceda algo peor. No siempre existe una relación entre enfermedad y pecado (Cf. Jn 9,2-3), pero en este caso parece que si lo hay quizá para remarcar que la sanación es signo del Reino de Dios.

En su inconsciencia, el paralítico pregona a todo pulmón que Jesús es quien lo ha sanado. Este hecho en sí era peligroso, pues tal aviso daba a los judíos el ansiado motivo para acusar a Jesús de trabajar en día sábado. Jesús, al escuchar la acusación, responde: “Mi Padre hasta ahora trabaja”. Con esto, Jesús quiere decir que, aunque los hombres descansan para honrar a Dios, Él no descansa y sigue trabajando y dando vida a los hombres. Jesús, por ser el Hijo de Dios debe imitar al Padre y dar vida. Los judíos no entienden bien lo que Jesús dice y lo acusan otra vez, esta ocasión de “igualarse a Dios”, y sienten que ese es motivo suficiente para matarlo.

Juan 5,19-30. A partir del v. 19 en adelante Jesús expone lo que ya había dicho en el v. 17 sobre el Padre y el Hijo que trabajan por igual. No hay razón para acusar a Jesús, ya que como Hijo de Dios imita lo que hace su Padre. Jesús no actúa independientemente, sino guiado por la voluntad de su Padre. Los judíos han visto uno de estos trabajos (la curación del paralítico), pero verán obras mayores, como la resurrección de los muertos (por ejemplo, Lázaro). En estos versículos Jesús destaca la unidad de Él con el Padre.

En el v. 22 Jesús repite que el Padre le ha dado todo el poder para juzgar al mundo. De manera que el Hijo merece la misma honra que el Padre que lo envió. Aún más, se puede afirmar que quien no honra al Hijo, no honra al Padre. Esta es una seria advertencia para los judíos que sólo pensaban en honrar al Padre. Por tal motivo, a modo de juramento, Jesús anuncia que ahora es el momento decisivo del juicio de Dios; y ese juicio depende de si hemos puesto nuestra fe en Él o no (Jn 3,36). Ahora es el momento decisivo de ser confrontados por Jesús; es el momento en que aquellos que no tienen una relación personal con Jesús, oigan la voz del Hijo de Dios, lo reconozcan y obedezcan. Ellos recibirán la vida de comunión con Dios y vivirán eternamente en su Reino, sin condena.

El Hijo tiene ese poder, porque al igual que el Padre tiene vida en sí mismo, y puede dar vida a quien Él desee. Él no sólo recibe ese poder, sino también la autoridad para juzgar, ya que Él es el Hijo del Hombre (Dn 7,13-14: al Hijo del Hombre

le es dado el dominio, la gloria y el reino). La totalidad de hombres y mujeres que estén en los sepulcros oírán la voz del Hijo de Dios, y los que hicieron lo bueno resucitarán para la vida eterna. Pero los que hicieron el mal, irán a la condena eterna. Por tanto, seremos juzgados según las obras. El juicio de Jesús será justo y estará basado en la voluntad del Padre: que todos crean en Jesús (Jn 6,40). Será decisivo en el juicio nuestra actitud frente al Hijo de Dios.

Juan 5,31-47. Según la Ley (Cf. Deut 19,15), en un juicio era necesario que haya dos o tres testigos. Jesús, en el v. 17, ha declarado ser el Hijo de Dios; su declaración no es sólo una opinión personal, pues hay tres testigos que afirman que eso es verdad. El primer testigo es Juan Bautista. Los judíos envían emisarios para investigar su actuar, pero Juan dio testimonio de Jesús (Jn 1,26-27.30-34). Al testimonio de Juan, Jesús antepone a otros testigos más fuertes. Jesús no depende de la autoridad de Juan; al contrario, son los judíos los que necesitan de su testimonio para salvarse. No obstante, para la mayoría el testimonio de Juan fue inútil, pues no llegaron a la fe en Jesús, aquella que Juan anunciaba.

El segundo testigo que declara a Jesús como Hijo de Dios, son sus obras. Las señales realizadas por Jesús son un testimonio de que Él fue enviado por el Padre. ¡De suyo, el testigo es el Padre! Así, el tercer testigo, o mejor dicho el primero es Dios que aparece luego del bautismo de Jesús, haciendo que sobre Él descienda el Espíritu Santo sobre Jesús. Israel no había oído la voz de Dios plenamente (Deut 4,12), sino sólo de forma superficial, por medio de las Escrituras. Pero la Palabra de Dios no moraba en ellos, porque no creen en Jesús, de quien las Escrituras dan testimonio. Por eso, a ellos se los invita: “Escudriñen las Escrituras”; no basta leerla para asegurar la vida eterna, hay que asegurarse de tener una relación personal con Jesús, de quien la Escritura da testimonio.

La gente no cree en Jesús porque no tiene el amor de Dios. Si alguien ama a Dios, debe amar al Hijo. Los judíos reciben a falsos mesías, que no son enviados del Padre, pero no aceptan al verdadero Enviado de Dios. En el fondo, la razón de esta incredulidad es el deseo de recibir la fama humana. Cuando uno se deleita con ese tipo de gloria, no se da cuenta de que necesita la gracia de Dios por medio de su Hijo. Las Escrituras dan testimonio de Jesús, pero si los judíos no las aceptan, tampoco aceptarán la Palabra de Jesús. ¿Acepto el testimonio de Dios acerca de su Hijo?

Juan 6,1-15. La multiplicación de los panes es la única señal que está en los cuatro evangelios. Habiendo vuelto Jesús a Galilea, pasa al otro lado del mar de Tiberiades (así llama Juan al mar de Galilea. Tiberiades fue construida por Herodes Antipas el 26-27 d.C., para que sea la nueva capital provincial, en honor al emperador Tiberio). A Jesús lo sigue una multitud, con poca o ninguna fe en Él, sólo atraída por las señales del poder de Dios. Jesús sube a un monte y se sienta allí con sus discípulos. Juan comenta que estaban cerca la fiesta de Pascua. Esa referencia implica que había mucho pasto, por ser primavera. Además, explica que la multitud deseaba declarar a Jesús como rey, en el marco del recuerdo de la liberación de la esclavitud.

La presencia de la multitud crea un problema: ¿Cómo alimentar a tantos? Entonces Jesús le pregunta a Felipe: “¿Dónde compraremos pan para que éstos co-

man?”. Aunque Felipe ha presenciado otras señales de Jesús, aún no confía plenamente en Él; debe aprender que Jesús tiene poder para hacer cualquier señal, incluso dar pan a los necesitados. Felipe razona lógicamente: ¡200 denarios (cada denario era al sueldo de un día) no alcanza para alimentar a todos! Andrés le dice a Jesús que un muchacho tiene cinco panes y dos peces, pero eso parece insuficiente para Andrés. Pero para Jesús es suficiente. Su señal será mayor a la de Eliseo, que alimentó a cien hombres con veinte panes (2Re 4,42). Jesús quiere demostrar su poder a través de una nueva señal; hace sentar a la multitud, toma los panes, da gracias a Dios que nos alimenta y reparte panes y peces que empiezan a multiplicarse, de modo que en la distribución todos quedan satisfechos, y sobran tantos pedazos que cada discípulo devuelve un canasto lleno a Jesús.

Esta señal hace pensar al pueblo que Jesús es el profeta prometido (Deut 18,15-18), y eso despierta un entusiasmo tan grande que quieren hacerlo su rey, para que, como Moisés, los libere del yugo. Pero Jesús se retira. Aunque es el verdadero rey, su reino es de gracia, y su libertad es, primeramente, del pecado y la muerte.

Juan 6,16-21. Hacía poco los discípulos habían sido testigos de la multiplicación de los panes y peces. Pero ahora están solos, sin el Maestro, y se sienten abandonados, impotentes. Este texto muestra que debemos vivir por la fe y no siempre por lo que vemos. Ahora que están sin Jesús, se levanta una tempestad. El mar de Galilea era famoso por unos vientos peligrosos que levantaban grandes olas. Después de remar cinco kilómetros (un estadio son 190 metros), cuando los discípulos están angustiados, Jesús se aparece y pone fin a sus temores. Pero ellos, cegados por la superstición, creen que se trata de un fantasma (Mc 6,49), y se angustian más. Jesús se les acerca y les dice “Yo soy”. En Jesús se revela el Dios de Israel (Ex 3,14; Cf. Jn 4,26; 6,51; 8,12; 10,11; 18,5-6). Inmediatamente, el temor se convierte en paz. Juan da por sentado, sin mencionarlo, que Jesús calmó la tempestad y reveló su presencia divina.

Juan 6,22-40. La gente pensaba ver a Jesús al día siguiente, pero no lo encuentran. Él no está por ninguna parte. Pero saben que no se ha embarcado mar adentro. Por fin, vuelven a Cafarnaúm, y allí lo encontraron en la sinagoga (v. 59). La gente le pregunta cuándo ha llegado; Jesús no responde directamente, sino que se refiere al motivo por el cual ellos lo buscan: su afán es recibir milagros, más que escuchar el mensaje que Jesús trae. Por eso, Jesús los exhorta a trabajar por otra comida, no la que perece, sino la que permanece. De ninguna manera este es un consejo para dejar de trabajar, sino para optar por una actitud nueva, lejos del sensacionalismo y con un deseo profundo de conocer lo que Jesús ofrece. Él, como Hijo del Hombre, ofrece una comida que permanece, recibida del Padre y con el sello del Espíritu Santo.

La gente hace dos preguntas: 1. “¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?” La respuesta es creer en Jesús, a quien el Padre ha enviado. 2. ¿Puede Jesús acreditar su identidad, para animar la fe de la gente? Si Jesús es más que Moisés debe hacer cosas mayores; para corregir la idea que tiene la gente acerca de Moisés, Jesús les recuerda que éste no les pudo dar pan del cielo, mientras que Él es el verdadero maná que desciende del cielo para dar vida. La gente no entiende

la comparación, no capta que Jesús está ofreciendo un pan bueno que quita, de una vez y para siempre, el hambre. Para recibir el pan celestial lo que ellos requieren es fe. Pero es lo que les falta. A causa de su incredulidad no reciben la vida eterna que trae el Pan de Vida. Jesús no es culpable de la carencia de fe; por el contrario, su deseo es salvar a todos los que se acerquen a Él; esa es sólo la voluntad de su Padre: que todos tengan vida eterna.

Juan 6,41-59. La multitud se opone a las palabras de Jesús, porque las consideran una “declaración pretenciosa”: ¿Cómo puede decir que es del cielo si sus padres son galileos? Jesús responde que es imposible conocerle si el Padre no obra en sus corazones un poder para atraerlos a Él. Necesitamos, como dicen los profetas, de la enseñanza del Padre. En el v. 46 Jesús destaca la diferencia entre su conocimiento del Padre (Él viene del cielo) y el conocimiento de la gente (lo conoce a través de la obra de Jesús).

En los vv. 47-51 Jesús repite que Él es el único dador de vida, y es superior a Moisés. En el desierto los israelitas comieron maná, pero murieron; mientras que los que creen en Jesús recibirán vida eterna. Jesús dice, con palabras firmes, lo que significa que Él es el Pan de vida y lo que implica creer en Él. La gente no entiende el mensaje y eso les produce más asombro: ¿Qué significa que tengamos que comer su cuerpo? Como si fuera poco, Jesús usa expresiones aún más conflictivas: ¡es necesario beber su sangre! Si eso se toma literalmente, viola la Ley (Cf. Lev 17,10-14). Lo que Jesús quiere destacar es que deben crear una unidad con Él, a través de su muerte en cruz. Como Jesús le debe la vida a su Padre, así los creyentes le deben la vida a Él; sin fe en su sacrificio, acarrearán la muerte eterna. Nuevamente Jesús enfatiza el valor que tiene su sacrificio, que va más allá de lo que Israel recibió en el desierto. Aunque el texto no habla de la Eucaristía, tiene claras alusiones a ésta.

Juan 6,60-71. Ahora se desencadena la reacción. Gran parte de su enseñanza acerca de su cuerpo y sangre fue considerada dura, difícil de entender. Jesús da una respuesta doble a su divinidad: si la gente le viera ascender al cielo, ¿no deberían admitir que Él es el Hijo de Dios? La otra respuesta tiene por fin aclarar el malentendido de que comer su cuerpo y su sangre es una acción literal. Su sentido es espiritual: aceptar la unidad con Jesucristo, para alcanzar la nueva vida. Para aceptar esta afirmación es necesaria la obra del Padre en el corazón humano. Jesús sabe que muchos dudan, por eso les ofrece a sus discípulos la oportunidad de irse. “¿Quieren ustedes también irse?”. La pregunta tiene por intención arrancar una confesión de fe de ellos. Lo que para muchos es motivo para alejarse de Jesús, para sus discípulos es incentivo para seguir adelante.

Aquí aparece la famosa confesión de fe: “Señor, ¿a dónde iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Con esta confesión de fe, Simón muestra que él es de aquellos que han sido formados por el Padre mismo. Notemos que Judas Iscariote también se une a esta confesión, pues de otra manera se hubiera alejado. Pero, en la práctica, Judas no tenía fe bien acentuada.

La palabra “escogido”, del v. 70, apunta a la elección de los discípulos, y no a la elección para la gloria eterna. Jesús sabe exactamente lo que sucederá y cómo la gente mostrará incredulidad y rechazo. Pero Él no vino para condenar al mundo,

sino a salvarlo. Jesús busca formar un pueblo que confíe en Él, motivado por una fe genuina.

Juan 7,1-9. Jesús se queda en Galilea. Él no busca la muerte, ni se adelanta a la hora propuesta por el Padre. Sus hermanos lo desafían que vaya a Jerusalén a celebrar la fiesta de los Tabernáculos. La fiesta recordaba el paso de Israel por el desierto, viviendo en carpas. Durante esta fiesta la gente vivía en cabañas formadas con ramas, durante siete días, para agradecer a Dios por su protección. Aunque los hermanos de Jesús aún no creen en Él, desean que sea famoso, y Jerusalén es la ciudad adecuada para mostrar sus obras al mundo. Jesús responde que aún no llega su hora, y que debe esperar, porque sería peligroso para su integridad, ya que sus enemigos están planificando su muerte. Su sacrificio es voluntario (Cf. Jn 10,17-18), y por ello no quiere morir durante una insurgencia popular. Ellos pueden asistir a la fiesta, pues para ellos no hay peligro.

Jesús, además, les explica que, gracias a que Él no va, estarán más seguros, sin temer a la gente. Jesús evita morir antes de tiempo, pero lo hará durante la fiesta de Pascua, cuando se ofrezca como el verdadero Cordero de Dios.

Juan 7,10-24. Por un tiempo Jesús se mantiene oculto, pero luego acude a Jerusalén. De esa manera evita la compañía de los peregrinos. En Jerusalén lo buscan los judíos, sobre todo sus líderes que esperan la oportunidad para saldar cuentas con Él. No todos tenían la misma opinión sobre Jesús; unos lo consideran un buen hombre que hacía milagros y otros creían que era un falso profeta. De pronto, a mitad de la fiesta de los Tabernáculos (hacia el cuarto día), Jesús aparece enseñando en el templo; los judíos se sorprenden de cómo enseña, pues no ha ido a ninguna escuela rabínica. Pero, Jesús se muestra a sí mismo como el que recibe otra enseñanza, que viene directamente del Padre. Sólo aquel que quiere hacer la voluntad de Dios es capaz de discernir si la enseñanza de Jesús viene de Dios o no.

Si Jesús se hubiera atribuido la sabiduría como propia, hubiera apuntado a su gloria. Sin embargo, Él está preocupado por la gloria de Dios. En Él no hay injusticia porque es el Hijo de Dios, preocupado por hacer la voluntad del Padre.

Los judíos se jactaban de cumplir la Ley al pie de la letra. Sin embargo, al querer asesinar a Jesús evidencian que no cumplen la Ley, porque están quebrantando el sexto mandamiento. Recordemos que ya Moisés se había referido veladamente a Jesús (Deut 18; Cf. Jn 5,45-46). Entonces, los judíos, al no creer en Jesús, no creen en lo dicho por Moisés y, por tanto, no cumplen la Ley. Para mostrar que Él no había infringido la Ley, Jesús les recuerda la curación del paralítico (Jn 5). Es cierto que Moisés había dispuesto observar el sábado, pero también había legislado sobre la circuncisión, ordenando que si la circuncisión caía en sábado (se hacía ocho días después del nacimiento), ésta tenía prioridad sobre el deber de no trabajar ese día. ¿Curar a un hombre no es más importante que circuncidar a un niño? Aparentemente los judíos no tenían buen criterio para juzgar lo justo e injusto.

Juan 7,25-36. Los habitantes de Jerusalén se asombran de la “forma osada” como habla Jesús, y de la poca reacción de sus líderes. ¿Acaso creen en Jesús como Mesías? El texto sugiere que algunos judíos veían posible que Jesús sea el Mesías, aunque luego desechan la idea, pues Jesús es galileo. Los judíos pensaban que el

Mesías se ocultaría hasta el momento de su aparición, de manera que sólo Dios conocía el tiempo.

Jesús comienza a enseñar acerca de su origen. Los judíos piensan que conocen a Jesús y su lugar de su procedencia, pero en realidad no saben nada; aunque apelan a las Escrituras, no conocen a Dios, y por eso no aceptan que Jesús es el enviado del Padre, y que por su origen divino tiene autoridad. Lo único que desean los líderes es apresar y matarlo, pues ni siquiera los milagros son, para ellos, prueba suficiente de su mesianismo. Tanto fariseos como sacerdotes consideran que la situación es peligrosa, y envían a la guardia del templo para arrestar a Jesús. Hasta tanto, Jesús sigue enseñando, diciendo que dentro de poco volverá donde el que lo envió; entonces la gente lo buscará, pero no lo encontrará. Con esas palabras, Jesús habla de su regreso al Padre, donde sus enemigos no podrán alcanzarlo. “buscar y no encontrar” suenan a una amenaza de juicio (Am 8,12; Os 5,6): ya será tarde.

¿Es que Jesús quiere ir a los judíos de la diáspora? Aunque no lo saben, dicen una gran verdad: después de la resurrección, el Evangelio será llevado a todo el mundo.

Juan 7,37-39. La perícopa nos traslada al último día de la fiesta de los Tabernáculos. Ese día, un sacerdote sacaba agua del estanque de Siloé y vino del sacrificio, y lo derramaba sobre el altar como recuerdo del Éxodo 17,6. El ritual escondía una petición por la lluvia; por eso se recitaba Isaías 12,3: “Sacarán con gozo aguas de las fuentes de la salvación”. Pero esa petición denotaba una necesidad que nunca se satisfacía del todo: la sed (Jn 4,14; 6,35). Generalmente los rabinos enseñaron sentados, pero Jesús se pone de pie, lo que significa que va a decir algo de gran importancia: “Si alguno tiene sed (vacío espiritual) venga a mí y beba”. Sólo Jesús sacia nuestra sed, dándonos el Espíritu que nos hace partícipes de la gracia de Dios y nos llena del gozo de la salvación.

“El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”. No es necesario pensar en un versículo en especial, porque toda la Escritura nos habla de la plenitud del Espíritu Santo que recibiremos (Is 44,3; Ez 36,25-26; Joel 2,28; 3,3,18) una vez que Jesús sea glorificado, cuando el Padre derrame su Espíritu en todos los creyentes, para que ellos corran ríos de agua, como lluvia de bendiciones para otros. Desde luego, para recibir esto es necesario recurrir a Cristo, porque sólo por la fe en Él se puede calmar la sed.

Juan 7,40-52. Con relación a Jesús existen varias opiniones. Unos lo ven como un profeta de la línea de Moisés; otros lo ven como el Mesías; otros dudan de tal posibilidad, ya que el Cristo debía venir de Belén, según las Escrituras; pero Jesús era de Galilea. Al parecer, se produjo un desacuerdo, ya que en el v. 44 habla de un cisma o división.

La guardia del templo (v. 32) retorna donde los sacerdotes y fariseos (quizá reunidos en el Sanedrín) sin haber conseguido su objetivo; pues la hora de Jesús aún no llega. Su respuesta a la causa por la que no han arrestado a Jesús molesta a los miembros del Sanedrín: “Jamás hombre alguno ha hablado como ese hombre”. ¡Están impresionados de la enseñanza de Jesús! Enojados porque su plan no ha tenido éxito, los fariseos les preguntan si ellos, igual que la multitud, han sido engañados. Una opinión adecuada sobre Jesús se espera, según ellos, de quien conoce

la Ley, pero no de gente ignorante. Por eso ellos, los fariseos, no creen en Jesús. Luego Nicodemo los corrige diciendo que no es correcto juzgar a Jesús sin un proceso. ¿Acaso no conocen la ley que prohíbe juzgar a una persona sin previa investigación? (Cf. Deut 1,16s; 17,4ss, 19,15ss). Pero el Sanedrín no oye razones; alegan que nunca un profeta ha venido de Galilea. Lo que contradice lo que se lee en 2Reyes 14,25.

Juan 8,1-11. Aun cuando este relato no aparece en los primeros manuscritos, no hay razón para dudar de su veracidad. Es extraño que Juan nunca usa la palabra “escribas”, pero aquí sí lo hace. Es posible que este relato haya pertenecido originalmente al evangelio de Juan, pero luego fue omitido porque en él se habla de cómo Jesús es indulgente con el pecado de adulterio, una actitud que podía ser malinterpretada.

Mientras está en Jerusalén, muchas veces Jesús pasa la noche en el monte de los Olivos, y vuelve a la ciudad al día siguiente. Los escribas y fariseos y Jesús tratan de tenderle a Jesús una trampa, en su afán de deshacerse de Él. Traen a una mujer que ha sido hallada en adulterio. Los casos de adulterio eran comunes en la fiesta de los Tabernáculos, pues la gente se daba a excesos. Es evidente que a ellos no les interesa el caso en sí, ya que sólo traen a la mujer y no al varón; lo que buscan es presionar a Jesús a tomar una decisión, sea en favor o en contra de la mujer. Justicia o Misericordia. La Ley mandaba apedrear a ambos (Deut 22,22-24; Lev 20,10); sin embargo, la misericordia pone a la persona en primer lugar.

Lo que los judíos olvidan es que Jesús usa medios diferentes para llevar al pecador al arrepentimiento. En primera instancia, Jesús no responde, y así demuestra que sabe sus intenciones. En tanto escribe sobre la tierra. ¿Sería que Jesús ganaba tiempo para meditar lo que ellos hacían? También es posible que Jesús se esté refiriendo a Jeremías 17,13: “Los que se aparten de mí serán escritos en polvo”; así que esos hombres, habiéndose apartado de Dios, estaban frente a un hecho cuya situación no era menos grave que el de la mujer.

Pero como sus adversarios insisten en preguntarle, Jesús responde que Él está de acuerdo con la Ley y que los testigos deben tirar la primera piedra (Cf. Deut 17,7). Así les muestra su hipocresía y culpa frente a Dios. Luego, Jesús sigue escribiendo, como si nada hubiese acontecido. Todos se escabullen de a poco, hasta que sólo quedan Jesús y la mujer. Como si Jesús volviera en sí, le pregunta: “Mujer, ¿cuántos te han condenado?”. Tampoco Él lo hará, porque no vino al mundo para condenar, sino para salvar. Ahora bien, su perdón nada tiene que ver con el relajamiento espiritual: “No te condeno, pero no vuelvas a pecar”.

Juan 8,12-20. En este pasaje Jesús se presenta como luz del mundo. Aquí tenemos otra alusión a la fiesta de los Tabernáculos: la iluminación del templo con grandes candelabros. Para los judíos, la Torá era la luz de sus vidas. Sin embargo, Jesús es más que la Torá, Él la cumple y se entrega como sacrificio por aquellos que confiesan sus pecados. Además, la Torá sólo muestra el camino de Dios, pero no salva como Jesús. Él cumple en otro sentido la Torá: es realización del fuego que iluminaba a Israel cuando andaba por el desierto. Por eso, ¡Jesús es la luz del mundo! que da a conocer al Padre, libera y asegura la vida eterna; sólo Él nos guía

en todo aspecto de la vida, porque es el Hijo de Dios. Por eso llama a servirle, y nos promete que nadie que lo siga vivirá en sombras (Cf. Jn 1,5; 3,19).

El resto del capítulo 8 contiene una discusión de los fariseos con Jesús; ellos se niegan a aceptar la declaración absoluta de Jesús. Entonces lo acusan de dar testimonio de sí mismo, como si el orgullo fuera el móvil de su actuación. La respuesta de Jesús es que Él puede dar testimonio de sí mismo porque es el Hijo de Dios, y el Padre da testimonio de su origen, pero sus adversarios no, porque su criterio es terrenal. Él no juzga a nadie, pues no vino a juzgar, sino a salvar (Jn 3,17). Pero, en el juicio final su testimonio será verdadero, no de acuerdo con criterios falsos, como el fariseo, sino con el criterio justo de la fe.

El Padre es quien, conforme a la Ley, respalda al Hijo. Ambos testimonios son suficientes (v. 17). Es evidente que los fariseos no conocen a Dios, ni a Jesús, puesto que preguntan: “¿Dónde está tu Padre?”. A esto Jesús responde que el conocimiento del Padre se canaliza por medio del conocimiento del Hijo de Dios. Jesús imparte esta enseñanza en público, en el lugar de las ofrendas, lugar ubicado en el atrio de las mujeres.

Juan 8,21-59. Aquí continúa la discusión sobre la autoridad de Jesús y sobre su origen. Jesús ha dicho que un día se irá a un lugar donde sus adversarios no podrán llegar. Ellos irán a buscarlo, pero será muy tarde, y morirán en su pecado: no creer en Jesús como Hijo de Dios.

Los judíos malinterpretan estas palabras pensando que Jesús va a matarse. Él les dice que es del cielo, de Dios, y no de este mundo. Por tal motivo, no deben pensar así. En el v. 24 Jesús aborda el problema principal: ellos morirán en el pecado por no aceptar al Hijo. El “Yo soy” recuerda la expresión de Yahvé a Moisés (Ex 3,14). Los judíos, al no entender la declaración de Jesús, le preguntan quién es. Jesús no responde en forma directa, ya que les ha hablado de su origen divino, pero los judíos no comprenden por culpa de su incredulidad.

Sin embargo, luego que los judíos hayan levantado a Jesús en la cruz y se haya realizado su resurrección y derramamiento del Espíritu Santo, conocerán a Jesús tal como es: el Hijo del Hombre que vino de la gloria celestial (Dn 7). Después de Pentecostés, gran parte de los judíos creerán en Él.

A pesar de tanta incredulidad, Jesús sabe que no está solo, sino que el Padre está con Él, porque hace su voluntad. Mucha gente cree en Él, pero ¿qué tan profunda es su fe? (Jn 2,23-24). Su cruz, ¿será motivo de tropiezo? Por eso Jesús insta a los judíos a permanecer en sus palabras, es decir a creer que Él es el Hijo de Dios. De esta manera podrán ser sus discípulos y llegarán a conocerlo de verdad; entonces serán libres del pecado.

Los judíos se enojan porque, como hijos de Abraham, se sienten libres, ya que guardan la Ley de Dios. Pero, para Jesús sí son esclavos del pecado, porque rechazan al Hijo de Dios. Ser esclavo significa que no habitan en la casa de Dios. Sólo Jesús libera de la esclavitud. A decir verdad, los judíos descienden de Abraham, pero deben portarse como verdaderos hijos, aceptando a Jesús, en vez de rechazarlo. Lamentablemente no dan cabida a las palabras de Jesús. Todo hombre es esclavo del pecado y necesita que Jesús lo libere.

En los vv. 39-47 Jesús ahonda en el origen de los judíos que afirman ser hijos de Abraham e hijos de Dios, pero que no tienen el mismo espíritu que Abraham, pues quieren matarlo a Él. Así, ellos revelan su verdadero origen: son hijos del diablo. El diablo es mentiroso y se opone a Dios, a la verdad y a Jesús; además es homicida y le gusta destruir. Los judíos, por querer matar a Jesús, siguen el camino del diablo y no reconocen el origen divino de Jesús. Los judíos, al escuchar hablar a Jesús sobre su origen, reaccionan con agresividad, llamándolo “samaritano”, un insulto que equivalía a hereje o idólatra.

Además, agregan que Él es quien tiene un demonio. Jesús rechaza esto, pues Él honra al Padre, mientras que ellos lo deshonran. Ellos deben saber que el Padre honra a Jesús. Un día, como Juez, Él los juzgará.

Reconocer a Jesús es importante. Quien guarda su Palabra recibirá la vida eterna que no es dañada por la muerte. Esto es demasiado para los judíos. ¿Acaso Jesús es más que Abraham y los profetas que debieron morir? Jesús responde que lo que Él dice no es para honrarse a sí mismo, sino al Padre que le da autoridad sobre la muerte. Los judíos pueden pensar que conocen a Dios, pero están equivocados, pues rechazan al Hijo. En cambio, Jesús sí conoce al Padre y guarda sus palabras, algo que Abraham ya vio y se gozó de ello. En el nacimiento de Isaac, Abraham vio el cumplimiento de la promesa de Dios que culminaría con el Mesías. Los adversarios ridiculizan sus palabras porque Jesús no existía en la época de Abraham; ¡ni siquiera tenía 50 años! Nuevamente Jesús tropieza con su incredulidad. Ellos no saben o rehúsan saber, que antes de Abraham, Jesús ya existía como Hijo de Dios.

Esta última afirmación es insoportable para sus oponentes. Quieren matarle, pero Jesús se retira, pasando en medio de ellos. Sus palabras han ocasionado división entre los judíos. Pero Jesús está dispuesto a asumir las consecuencias de sus palabras; el Hijo de Dios, que da vida eterna a todos, es más que Abraham, pues era antes de él.

Juan 9,1-7. La historia del encuentro de Jesús con el ciego se relaciona con lo que Él ha dicho en Juan 8,12: “Yo soy la luz del mundo”. Jesús da luz al mundo en dos sentidos: sanando la ceguera física y dando luz para reconocerlo a Él como Cristo. Ambas son milagros. Que los líderes rechacen al ex ciego, mientras que Jesús lo busca, muestra que este texto está relacionado con Juan 10: Jesús es el Buen Pastor y los líderes son asalariados.

En Juan 8,59 leemos que Jesús sale del templo, porque los judíos quieren matarlo. Al pasar por la calle, Jesús divisa a un ciego. Él no se fija sólo en su bienestar, sino en el bienestar de la gente. Mientras Jesús mira al ciego con compasión, sus discípulos lo ven sólo como un caso interesante, que les trae algunas interrogantes: si es ciego de nacimiento, ¿quién tiene la culpa, sus padres o él? ¿Acaso había pecado antes de nacer? En aquella época había una relación entre enfermedad y pecado. Aunque Jesús no niega que pueda existir un nexo entre ambas (Cf. Jn 5,14), no lo existe en este caso concreto. Este hombre revelará el amor de Dios y la salvación humana, dos realidades que no se oponen. Jesús fue enviado para hacer las obras del Padre; de modo que mientras dure el día Él debe actuar. En los mejores manuscritos aparece el v. 4: “Hagamos las obras del que me envió”. Con esa frase, los discípulos se involucran en la obra de Jesús (Cf. Jn 14,12). Ellos también, por el po-

der del Espíritu Santo, deben hacer las obras de Dios. Ahora es tiempo de trabajar, servir y creer en Él; cuando venga la noche será muy tarde. Esta es una exhortación para que sigamos a Jesús y creamos en Él, antes de que sea muy tarde. ¡Hay que aprovechar el tiempo de gracia!

Jesús mezcla tierra y saliva para cubrir los ojos del hombre, no porque necesite de lodo para sanarlo, sino para probar su fe (Cf. Naamán: 2Re 5); luego le manda a lavarse en el estanque de Siloé. El Siloé (= “enviado”) era una piscina que nacía en la fuente Gihón; había sido construido por el rey Ezequías. Obedeciendo a Jesús, el ciego recobra la vista.

Juan 9,8-34. Este pasaje relata las diversas reacciones que produce la señal de Jesús: de los vecinos (vv. 8-12), los fariseos (vv. 13-17.24-34) y de los padres (vv. 18-23). Los vecinos y aquellos que lo vieron como mendigo, se sienten confundidos por el hecho. No distinguen claramente si es o no el ciego. La afirmación que él hace en el v. 9, respecto a esta duda, pone punto final a la discusión. Ahora que se confirma la identidad del hombre, surge la interrogante sobre “cómo fue sanado” y la identidad del sanador. La primera pregunta es fácil de responder; pero la segunda muestra que el hombre conoce a Jesús sólo de nombre, no como Hijo de Dios. Nótese que la pregunta de los vecinos es pura curiosidad. Un detalle contenido en el v.14 es que ese día era de reposo, y ello introduce la reacción crítica de los fariseos. Algo prohibido en sábado era realizar cualquier trabajo, como mezclar tierra con saliva. El encuentro con el ciego tiene un carácter legal que pasa por dos etapas (vv. 13-17 y 24-34), mientras que en los vv. 18-23 los fariseos piden a los padres aportar más información al respecto.

Etapas 1: investigación. Hacer lodo en sábado no sólo estaba prohibido por la Ley, sino también curar a un enfermo. Por tanto, los fariseos quieren saber cómo esta persona ha sanado. Al oír los detalles, de inmediato sacan su conclusión: “Este hombre no viene de Dios”. Tal como en Juan 7,43 surge una disensión: unos creen que Jesús no ha cometido pecado si hace estas señales. Dicho de otra manera: ¿es Jesús un profeta falso o verdadero? Para disimular la desunión, se dirigen al hombre sanado a fin de pedirle información, y éste muestra mayor discernimiento que sus interpelantes: ¡Jesús es un profeta!

Los judíos se ven obligados a recabar más informes, ya que según creen, algo debe estar mal en el relato del ex ciego. Según ellos, Dios no permitiría un milagro en el día de reposo. Los padres responden a la primera pregunta positivamente, diciendo que el hombre era realmente ciego y es su hijo. Pero no toman en cuenta la segunda pregunta (el cómo del milagro) por temor a que les echen de la sinagoga. Su hijo tenía edad suficiente para dar su testimonio (la edad mínima era 13 años). Los padres, ante la amenaza de expulsión, se vuelven neutrales; no tienen valor para pagar el precio de ser rechazados por causa de Jesús.

Etapas 2: Confrontación y expulsión. Obligadamente los judíos se dirigen al ex ciego; debe ser él quien dé gloria a Dios. “Dar gloria a Dios” significaba confesar los pecados (Cf. Jos 7,19). En este caso, es una invitación para que el hombre diga la verdad acerca de su sanador. En esta etapa hay un cambio notorio en el hombre; después de haber sido testigo para que Jesús sea acusado, poco a poco se opone a los fariseos: se resiste a aceptar que Jesús haya pecado. ¿Acaso no es suficiente que

le haya devuelto la vista? ¿Por qué hacían tantas preguntas? ¿Querían ellos también convertirse en discípulos?

Como era de esperarse, los judíos se irritaron con el hombre, porque se sienten sólo discípulos de Moisés, a que Dios le habló. Pero, respecto a Jesús, no saben de donde es. Para el ex ciego es increíble, porque Dios permite que Jesús sea instrumento de sanidad. ¡No se ha visto cosa igual! Entonces, debe venir de Dios, porque Él no responde a pecadores. Este es un sólido argumento, y los judíos se ven atrapados en su propio interrogatorio. Lo único que atinan es aprovechar que el hombre había nacido ciego, en relación directa de pecado y enfermedad, para descalificarlo como testigo, arguyendo que su testimonio era inválido. Cuando lo expulsan de la sinagoga muestran que ellos no son buenos pastores. ¿Qué actitud tenemos frente a Jesús? ¿Una actitud neutral, negativa o grata?

Juan 9,35-41. El buen pastor busca a la oveja expulsada. El ex ciego, al confesar a Jesús como profeta, demuestra que ha recibido algo de su luz. Los mejores manuscritos hablan del “Hijo del hombre” en vez de “Hijo de Dios”. No obstante, la diferencia no es grande, ya que Hijo del hombre significa que Jesús viene de Dios (Cf. Dn 7). El ex ciego habla de Jesús como hombre (v. 11), profeta (v. 17), hombre de Dios (v. 33) y ahora como Hijo del hombre. Cuando el hombre reconoce a Jesús como el Hijo del hombre, en seguida lo adora (Cf. Jn 4,25).

A continuación, Jesús, dirigiéndose a los fariseos, les dice: “He venido para un juicio”. La expresión “he venido”, en la boca de Jesús, significa que es enviado por el Padre con autoridad mesiánica. Su juicio tendrá lugar el último día, pero ya se vislumbra el camino se separa, debido a la incredulidad frente a Jesús. Por esta razón, los ciegos recuperan la vista y los que ven quedan en tinieblas. El ciego recibe la luz por partida doble: vista física y conocimiento de Jesús; en tanto que los fariseos se ennegrecen. Eso muestra que su ceguera es originada por el pecado. Al no reconocer su necesidad de Jesús permanecen en ceguera espiritual, y para ello no hay curación.

Juan 10,1-21. Jesús se dirige al pueblo y sus líderes, refiriéndose a los eventos del capítulo anterior, que terminaron con la expulsión de la sinagoga del ciego sanado. Jesús, con un ejemplo de vida diaria, muestra cuál ha sido el proceder de ellos. La palabra que se traduce en el v. 6 por “alegoría” significa “figura o proverbio” que ilustra una cosa que necesita una explicación. Jesús emplea dos imágenes: “puerta y pastor” para sí mismo y “ladrón y asalariado” para los que no cuidan a las ovejas. Aun cuando Jesús usa diferentes imágenes, éstas tienen el mismo significado. Lo que hacen los fariseos con el ex ciego equivale a robar y maltratar las ovejas, tal como hacen los salteadores; éstos no se preocupan de las ovejas, sino que huyen cuando se acerca un peligro. A muchos líderes espirituales les falta amor por la gente; no tienen buena relación con ellos, actúan sin misericordia. Esa es la diferencia con Jesús: Él tiene amor, misericordia y paciencia por sus ovejas.

Jesús es el Buen Pastor, y a la vez es la puerta. Es *Buen Pastor* porque tiene buena relación con sus ovejas; las conoce y ellas lo conocen a Él (vv. 3 y 14); es una relación de amistad. El pastor cuida tan bien a sus ovejas que busca siempre un buen pasto, les da vida en abundancia y les protege de animales salvajes. Pero, la figura del Buen Pastor no puede explicarlo todo. La vida que Él da la compra con

su propia vida: “El buen pastor su vida da por las ovejas” (vv. 11 y 15). Su amor es tan grande, que Jesús compara su relación con sus ovejas con su íntima relación con su Padre (vv. 14-15). Él y sus ovejas tienen una relación de amor mutuo, como el Padre conoce a Jesús, y Él al Padre. El v. 17 dice que el Padre lo ama porque Él da su vida por sus ovejas. Por tanto, el amor del Padre se dirige a Jesús y a los creyentes.

En el v. 18 Jesús demuestra que su muerte será una entrega voluntaria. Morir no es el final de un destino trágico, sino prueba de su “poder”, que terminará con su resurrección. Él dispone de su vida, de tal forma que la puede darla (morir) como retomarla (resucitar). Detrás de su muerte y resurrección está la voluntad del Padre a quién Él obedece libremente.

Pero Jesús es también *la puerta*. Cada redil tenía una puerta por donde las ovejas entraban y salían; el portero sólo dejaba entrar al redil a los pastores (en un redil podía haber varios rebaños). “Portero” no tiene un significado importante en la alegoría, sólo sirve para complementar la figura que Jesús emplea. “Pastor y puerta” son sinónimas: “Cuando Jesús nos trae al Padre se llama ‘puerta’, si Él nos cuida se llama ‘pastor’” (san Juan Crisóstomo).

Podemos agregar que “puerta” muestra la necesidad de poseer fe; hay que pedir permiso al portero para pasar por la puerta y sacar las ovejas. Son buenos líderes aquellos que aceptan a Jesús como único pastor de las ovejas. Tanto en el v. 1 (no entrar por la puerta, sino subir por otra parte), como en el v. 8 (los que antes vinieron son ladrones), Jesús tiene en mente a los líderes que, como en el capítulo 9, no cuidan bien de las ovejas. Pero en el v. 9 piensa en toda la gente que lo necesitan y tienen que pasar por Él (creer en Él) para ser salvados y no perder su vida cuando haya peligros.

Juan 10,22-42. La gran pregunta de los capítulos 5 al 10 es ¿Quién es Jesús? Los líderes esperan una respuesta a esa interrogante, y aunque la reciben, la rechazan. La discusión ahora tiene lugar unos meses después de lo anterior, durante la fiesta de la Dedicación, que se celebraba en diciembre; Jesús está en la puerta de Salomón, a resguardo del fuerte viento de invierno. Esta fiesta conmemoraba la purificación y re-consagración del templo, por parte de Judas Macabeo, después del sacrilegio de Antíoco Epífanes (165 a.C.).

Los judíos exigen de Jesús poner fin a sus dudas y darles una respuesta clara: es o no el Cristo. Como siempre, Jesús hace referencia a sus obras que muestran con claridad quién es. El problema es que ellos no entienden el lenguaje de la revelación, por no ser de sus ovejas; ellas oyen su voz y lo siguen, pues no tienen problemas con el lenguaje de la revelación (obras y milagros de Jesús) y comprenden su significado: Jesús viene de Dios.

En su ataque contra Jesús incluyen a las ovejas. Jesús, sin embargo, declara que ellas están seguras a su lado y no morirán, pues la vida eterna es un don de Dios que depende de su gracia. Nadie puede hacerles daño, ya que están en manos de Jesús (v. 29). Y no sólo que las ovejas están en las manos de Jesús, sino también en manos del Padre (Cf. Rom 8,38-39). Esto, porque el Padre y Jesús son uno, es decir tienen total unión.

Las últimas palabras de Jesús son para los judíos motivo suficiente para otra vez intentar apedrearlo (Cf. Jn 8,59). Pero Jesús apela a sus obras como prueba de su

divinidad. Los judíos, sin embargo, creen que sus obras son pretensiosas, y no vienen de Dios. No quieren apedrearlo por causa de sus obras, sino por sus palabras, que para ellos equivale a blasfemia. Jesús mantiene con énfasis la relación entre sus obras y su divinidad. ¿No dice el Salmo 82 que los jueces son como “dioses”, porque son representantes de Dios? ¿Cuánta más razón tiene Él de llamarse Hijo de Dios, por ser el enviado del Padre!

Jesús no sólo se defiende, sino que hace un llamado a la fe en su mesianismo, a su unidad con el Padre, con base a sus obras. Los judíos, cegados por su incredulidad, intentan otra vez apresarle, pero Jesús se les escapa. Aún no es el tiempo para morir, sino para hacer otra obra que glorifique a su Padre (la resurrección de Lázaro: Jn 11). Fue luego al otro lado del Jordán, a Betania, que era más segura que Jerusalén. Allí había bautizado Juan, y había predicado que Jesús era mayor que él. Mucha gente recordaba las palabras del Bautista, y se dieron cuenta que los milagros que Jesús probaban eso. ¿Creemos en Jesús o no?

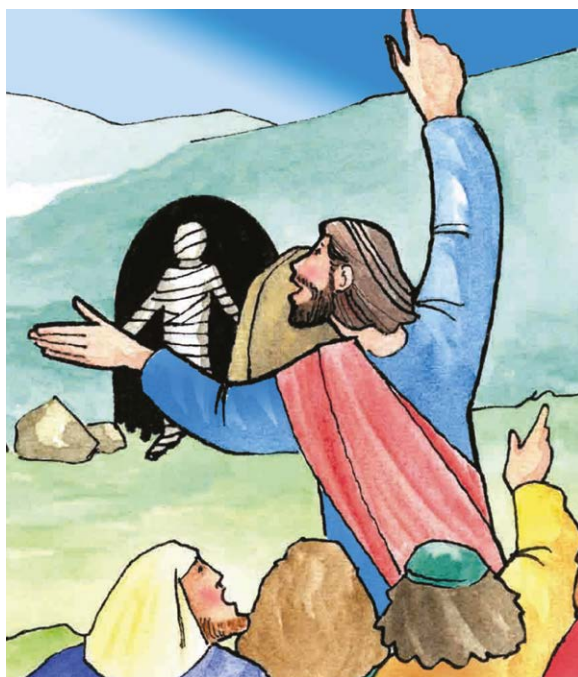
Juan 11,1-16. En este capítulo se registra un nuevo ejemplo de la gloria de Jesús y su poder sobre la muerte. La señal es el punto culminante del ministerio de Jesús. Él no sólo es luz del mundo, sino también vida. El énfasis en este capítulo está en la fe (vv. 15.25-27.40.42.45.48). En contraste con la fe está la incredulidad de los judíos, que se reúnen para decidir la muerte de Jesús.

Los primeros versículos introducen personajes nuevos: Lázaro (en hebreo Eleazar, “Dios ayuda”) y sus hermanas María (Juan adelanta el texto del capítulo 12) y Marta, que viven en Betania, a 3 kilómetros de Jerusalén. Lázaro estaba gravemente enfermo. El aviso de su enfermedad es una petición para que Jesús lo sane: “El que amas está enfermo”. La palabra “amar” indica amistad mutua. En v. 4 hallamos algo parecido a lo que se dice en Juan 9,3. La crítica situación de Lázaro es para Jesús ocasión de manifestar la gloria de Dios y así fortalecer la fe de sus discípulos. Por eso, Jesús dice que la enfermedad de Lázaro no es mortal, y esto, pese a que ya Jesús sabe que Lázaro está muerto (v. 39).

En el v. 5 Juan destaca el amor de Jesús por esa familia. Para ello usa una palabra que subraya el amor incondicional por sus amigos, término que está en contraste con su tardanza de ir donde Lázaro (v. 6). Jesús espera deliberadamente, privándose de la ocasión de hacer una señal: sanar a su amigo enfermo. Después de dos días va a Jerusalén para hacer un gran milagro: resucitar a Lázaro. La frase “otra vez” indica que Jesús es consciente de lo peligroso de ir a Jerusalén, pues allá está amenazado de muerte. Y los que están en Jerusalén le advierten del peligro. Pero Jesús actúa conforme a la voluntad del Padre y no teme (vv. 9 y 10). “Hay 12 horas en el día”, con esto Jesús quiere decir que de día no hay peligro; los accidentes ocurren por la noche. Si Jesús se atiene a la voluntad de Dios (trabajar de día) no pasará nada. Él morirá a la hora destinada. El v. 10 es una advertencia para sus discípulos: si no lo siguen y hacen su voluntad, tropezarán y caerán.

Jesús dice a sus discípulos que Lázaro duerme, no que está muerto. Jesús usa “dormir” para indicar que su poder hace que la muerte sea sólo un sueño, del cual se puede despertar. Sus discípulos creen que el sueño es señal de recuperación; no entienden que “despertar” significa resucitar. Entonces Jesús aclara sus palabras, diciendo que Lázaro ha muerto, pero para Él, eso es motivo de alegría, pues es una

oportunidad para demostrar su poder y fortalecer la fe de sus discípulos. Tomás Dídimo (= gemelo) aún no comprende las palabras de Jesús, y piensa que la consecuencia del retorno a Jerusalén puede desembocar en la muerte de todos. Pero aun así está dispuesto a seguir a Jesús, y exhorta a los otros a hacer lo mismo. Juan describe a Tomás como pesimista, pero que hace una hermosa confesión de fe (Jn 20,24-29).



Juan 11,17-44. Cuando Jesús llegó, Lázaro lleva cuatro días en el sepulcro. Es probable que Lázaro haya muerto poco después de la partida del mensajero (v. 3). El dato del tiempo muestra claramente que la muerte de Lázaro es real. Normalmente, se enterraba al difunto el mismo día de su muerte. La señal de Jesús es, por ende, muy grande. Por la corta distancia que hay entre Jerusalén y Betania, muchos judíos podían acompañar a la familia en luto. Los “judíos” de los que se habla aquí no son necesariamente hostiles, como en otras partes del evangelio, aunque después se dividen entre los que creen en Jesús y los que van con los fariseos (vv. 45-46). Después del funeral, durante siete días se consolaba a la familia del occiso. Era una buena obra que ningún judío dejaba de cumplir.

Como en el evangelio de Lucas, Marta se presenta como la más activa, como una mujer de fe, aunque necesitaba de la enseñanza de Jesús. Ella inicia el diálogo con Jesús, como lo haría cualquier persona en esa circunstancia: “Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”. Pese a que es muy tarde, sabe que lo que Jesús pida de Dios, se le dará. Aunque cree que Jesús puede obtener lo que sea del Padre, no parece tener en mente la resurrección. Por eso, cuando Jesús afirma: “Tu hermano resucitará”, ella piensa en la resurrección al final de los tiempos. Jesús debe corregir su fe, hablándole de su triunfo sobre la muerte. El hecho de que Jesús es la resurrección y la vida implica que tiene poder para hacerlo ahora mismo: “El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá”. Esta es una promesa para todos, y la resurrección de Lázaro será prueba de ello. Pero Jesús va más allá: ya tenemos vida eterna, y aunque haya que morir físicamente, no seremos separados de Dios. “¿Crees esto?” ... Marta responde positivamente, sin darse cuenta de las consecuencias.

Marta se va y llama a María para que hable en secreto con Jesús: “el maestro está aquí y te llama”. Con estas palabras, Marta anima a María para que dialogue con Jesús, porque sólo Él tiene palabras de vida y consuelo. Pero, había tantos judíos, que no es posible conversar a solas con Jesús. Los judíos piensan que María va a la tumba a llorar, pero ella se dirige a Jesús; se postra a sus pies, mostrando gran

respeto, y repite lo mismo que dijo su hermana: “Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto”. Para ella, Jesús ha llegado muy tarde. Al ver Jesús el llanto de María y de otros judíos se conmovió. El término griego, que también está en el v. 38, expresa un sentimiento de enojo. Como Jesús no está enojado con María, ni con nadie, su enojo pudo ser contra el pecado.

Jesús quiere saber dónde ha sido puesto Lázaro; María responde: “ven y ve” (Cf. Jn 1,39.46). Jesús llora ante la tumba; siente tanto dolor como los demás; sus lágrimas prueban su amistad y sincero pésame para la familia. Los judíos, sin embargo, interpretan mal sus lágrimas, como si fueran demostración de impotencia. Aceptan su poder hasta la muerte, pero no sobre la muerte (v. 37). Nuevamente Jesús se conmueve (v. 38), pero esta vez su enojo es contra los judíos incrédulos. Nada restringe su poder, ni la muerte de Lázaro. Por eso, Jesús manda a quitar la piedra, en una orden llena de autoridad. Marta intenta interrumpir la acción, pues Lázaro lleva ya cuatro días en la tumba, lo que hace imposible cualquier intervención de Jesús. Pero Él vino a mostrar el poder de Dios. Mientras quitan la piedra, Jesús ora, no pidiendo la autoridad sobre la muerte, pues ya la tiene, sino para agradecer al Padre que lo escucha siempre (Cf. Jn 8,29). Jesús ora para que la multitud sepa que todo lo que hace es en comunión con el Padre, para que crean que Él es el enviado.

Jesús levanta la voz, demostrando gran poder sobre la muerte: “Lázaro, levántate” (Cf. Jn 5,28). Una vez que Lázaro resucita, Jesús ordena que desaten sus manos, pies y rostro. Los presentes pueden ver cómo Jesús rompe las cadenas de la muerte. Esta es una nueva señal de la gloria de Jesús (Cf. Jn 2,11). Su autoridad nunca halla resistencia.

Juan 11,45-53. La resurrección produce fe e incredulidad. Frente a Jesús se debe tomar una postura. Algunos creyeron y otros fueron a contarle a los fariseos lo que Jesús había hecho. Los fariseos se reúnen para decidir qué hacer con Jesús, ya que agita al pueblo, lo que implica un real riesgo de intervención de Roma ante un movimiento mesiánico-político. Los líderes temen la destrucción del templo y el fin de la nación, algo que ocurrirá el 70 d.C. Sin embargo, pese a las señales que Jesús realiza, ellos insisten en su incredulidad. Caifás, sumo sacerdote del 16 al 36 d.C., se dirige al Sanedrín en “aquel año” (de la muerte de Jesús). Con fuertes palabras le dice al Sanedrín que están en un gran peligro y no hay tiempo para seguir con indecisiones. Para él, sólo hay dos opciones: muere un hombre o muere un pueblo. Caifás, sin saberlo, hace una afirmación profética: para nuestra salvación, conviene la muerte de Jesús, sumo sacerdote y cordero a la vez, para poder reunir “a los hijos de Dios dispersos” que, si bien puede referirse a los judíos de la diáspora, también es posible que representen a los creyentes gentiles. Así se cumplirían las profecías del Antiguo Testamento que hablan de la reunión del pueblo de Dios disperso (Is 11,12; Miq 2,12; Ez 11,17; etc.). ¡La resurrección de Lázaro, significa la muerte de Jesús!

Juan 11, 54-57. La Pascua está cerca; mucha gente viaja para llegar a tiempo a Jerusalén, con el propósito de purificarse. Los hombres tenían que sacrificar los corderos, y eso hacía necesaria la purificación (Cf. Num 9,6-13). Mientras tanto, la tensión aumenta. No sólo el pueblo, sino también los líderes están tensos ante la posibilidad que Jesús llegue a celebrar la Pascua. El Sanedrín ordena que lo delaten

o lo detengan, si llega a hacerlo. Pero, Jesús no es víctima de un plan fatal, sino el Cordero de Dios que se entrega por amor.

Juan 12,1-11. Los otros evangelios también registran la unción con perfume que María dio a Jesús y la traición de Judas Iscariote. Lo hacen para mostrar el contraste entre Sanedrín-Judas, por un lado, y María, por otro. Juan pone este relato en orden cronológico, uniendo la resurrección de Lázaro al ungimiento de María. Según los otros evangelios la cena se hizo en la casa de Simón, el leproso, lo que es lo más probable. El hecho de que Marta esté sirviendo no significa que la cena sea en su casa; más aún, que se mencione a Lázaro como invitado especial hace pensar que no están en su casa.

Juan comenta lo que ya había dicho antes (Jn 11,2): que María había ungido a Jesús, con una libra de un costoso perfume sacado de las raíces de la planta de nardo. Debido a que era importado de la India, su costo era elevado. La abundancia del nardo evidencia su amor y respeto por Él. Sin embargo, no todos estiman ese gesto como acto de amor, por ejemplo, Judas, para quien es un desperdicio, y mejor sería dar el dinero a los pobres. Judas no se preocupa por los pobres, sino por su ambición. Jesús protege a María y corta la crítica; María es la única persona que se da cuenta de que el final de Jesús está cerca. Pobres para preocuparse habrá siempre, pero a Jesús no siempre lo tendrán con ellos. Es justo rendirle un homenaje.

Una “multitud de los judíos supieron entonces que Él estaba allí (en casa de Simón)”. Vinieron dónde Él, sobre todo por la curiosidad de ver a Lázaro. La curiosidad fue más importante que la fe en Jesús. Para los fariseos, esta agitación es motivo suficiente para matar también a Lázaro, porque su resurrección despierta la fe en mucha gente. Amor, odio indiferencia son reacciones frente a Jesús. ¿Cuál es nuestra actitud?

Juan 12,12-19. Una multitud, tomando ramas de palmera, recibe a Jesús como rey. Desde el tiempo de los macabeos las ramas de palmera eran símbolo de triunfo (Apoc 7,9). El interés de la muchedumbre se centra en un Jesús que los libere de la opresión romana; veían a Jesús como liberador de Israel. La multitud grita: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el Rey de Israel!”. Hosanna significa “sálvanos ahora” (Sal 118,25). Jesús corrige esta expectativa nacionalista montando un burrito, símbolo de humildad (Zac 9,9); el caballo era símbolo de poder. Juan aclara que sólo después de la resurrección, “cuando Jesús fue glorificado”, los discípulos se acordaron de las cosas escritas sobre Él.

Juan informa el porqué de la expectativa de la multitud: estaba entusiasmada con la resurrección de Lázaro. Esta es razón para ir al encuentro de Jesús. Los adversarios miran con malos ojos que todos sigan a Jesús. No entienden que su propia molestia expresa una verdad, que se desarrollará en el v. 20: los griegos son indicios de que Jesús va a cosechar en todo el mundo. Jesús no viene a destruir a los incrédulos, sino a dar la paz.

Juan 12,20-36. Están en Jerusalén no sólo judíos, sino también griegos, llamados “prosélitos o temerosos de Dios”, porque han aceptado la fe judía. Algunos de ellos desean hablar con Jesús y buscan su oportunidad por medio de Felipe (¡nombre griego!), que a su vez recurre a Andrés (¡nombre griego!). No sabemos si Jesús les dio audiencia; Juan se centra en la respuesta de Jesús. ¿Qué quiere la

gente? ¿Está entusiasmada por la resurrección de Lázaro? Ha llegado la hora de ser glorificado. Jesús morirá igual que la semilla: morir para dar fruto. Su fruto es el perdón y la vida eterna. Para llegar a esa gloria sus discípulos deben estar dispuestos a sufrir hasta la muerte; deben “aborrecer su vida en este mundo, y guardarla para la vida eterna”. No hay otra forma. Nadie llega a la vida eterna si no está dispuesto a sufrir con Jesús: “El que ama su vida, la perderá”. El único camino es Jesús.

En este momento Jesús emplea palabras parecidas a las del Getsemaní: “¿Qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora?”. Pero no se lo pide, porque sabe que para la cruz ha venido. Por eso reemplaza su petición: “Padre, glorifica tu nombre”. Esta es una petición de ayuda para cumplir su misión expiatoria. Y se oye una voz celestial que responde: “Lo he glorificado”. Jesús cumple su misión y así glorifica al Padre. Ahora las palabras: “Y lo glorificaré otra vez” se vuelven una promesa que asegura que Jesús será fortalecido para cumplir su tarea. Pero la multitud no interpreta bien la voz y piensa que es un trueno o un ángel. Jesús aclara que la voz de Dios no es para Él, sino para la multitud, que debe creer.

Ahora es el momento para que el mundo sea juzgado. Todos deben decidirse frente a Jesús. Las personas que no crean en Él rechazan la salvación y pierden toda posibilidad de vida eterna. Llega el momento de la victoria de Jesús y de la derrota de Satanás. Por la cruz y la resurrección (v. 33) Jesús atraerá a los que creen (Cf. Jn 6,44), para que vivan en comunión con Él. La salvación es por Cristo, para vivir con Cristo. Este v. 33 indica que el único camino a la gloria es la cruz; pero la multitud no está de acuerdo con que el Mesías muera. Eso no concuerda con el concepto judío del Mesías. La pregunta: “¿Quién es el Hijo del Hombre?” es un sarcasmo; es como decir: “no conocemos un Mesías sufriente”. Jesús apela por última vez al pueblo para que crea en Él; la luz estará sólo un breve lapso, antes de que se pierdan en la oscuridad de Satanás. Después Jesús se fue y se escondió de ellos.

Juan 12,37-50. Juan dice que a pesar de las señales hechas por Jesús muchos no creyeron en Él. Esto nos hace pensar en Juan 1,11: “Vino a los suyos, pero no lo recibieron”. Pero la incredulidad no es inesperada, sino el cumplimiento de las Escrituras. Es curioso que Juan cite Isaías 53, capítulo donde la Iglesia encontró un testimonio de la muerte y gloria de Jesús. Los vv. 42-43 muestran que la incredulidad es un juicio contra Israel. ¡La incredulidad conlleva castigo permanente! Por otro lado, muchos judíos creyeron en Jesús (Cf. Jn 1,12), pero no todos fueron capaces de hacer una confesión pública. En el v. 44, Jesús se dirige por última vez al pueblo, haciendo un resumen del mensaje dado en Juan 3,15-18: Creer en Jesús es creer en Dios mismo; su venida es para salvar a los suyos de la oscuridad (= vida sin comunión con Dios). ¡Jesús no vino para condenar, sino a salvar! Todo lo que Jesús dice es orden del Padre; sus palabras reflejan la voluntad del Padre: que la vida eterna sea para todos los que creen en Él. Sólo hay dos posturas: fe o incredulidad.

Juan 13,1-11. Aquí comienza la segunda parte del evangelio. A partir de ahora Jesús no se dirige a la multitud, sino sólo a sus discípulos, en quienes concentra su amor. La Pascua se acerca, y llega la hora de salir de este mundo para ir al Padre. Su muerte es el tránsito de este mundo al Reino del Padre. Y en este momento confiesa su amor por los suyos “hasta el fin” y “hasta el extremo”. Y Jesús no teme enfrentar la consecuencia de su amor: la cruz.

Lo que Jesús va a hacer tiene lugar durante la cena de Pascua. Juan muestra que lo que va a suceder es una tremenda lucha entre Satanás y Dios. Jesús se sabe acompañado del Padre, y sabe que debe regresar al Padre. Por esta razón ama a los suyos, lavando sus pies. Este es el símbolo de su obra: en su servicio brilla su gloria, su obediencia al Padre. Sin embargo, Pedro se opone a su gesto, creando una diferencia entre el Maestro y discípulo. La respuesta correcta sería dejarse servir de Jesús. Pero Pedro, en su orgullo, no comprende el sentido de lo que hace Jesús. No entiende que Él se humilla por él, y lo ha hecho siempre. Jesús debe explicarle que después (de la resurrección) lo comprenderá. Dejarse lavar los pies es imprescindible para ser discípulo; sólo a través del perdón se entra a la presencia de Dios. Lavar los pies es como un bautismo, donde no cuenta la cantidad, sino la calidad. Ellos están limpios porque Jesús los lava totalmente (Cf. Jn 15,3); Pero Judas, que también es lavado, se resiste a Jesús y cae en la traición.

Juan 13,12-17. Después de lavar los pies de sus discípulos, Jesús les explica lo que ha hecho. Aunque su acto es único en el sentido de purificación y perdón, es también un ejemplo para los discípulos. “Servir” es clave en el Reino de Dios. Si los discípulos lo llaman “Maestro y Señor”, con mayor razón ellos deben hacer lo mismo. La frase “En verdad les digo” pone el servicio al mismo nivel que el nuevo nacimiento en Juan 3. Servirse mutuamente es fruto del conocimiento de Jesús. Aquel que comprende y cree en el sacrificio de Jesús está dispuesto a servir. Si el Señor se humilla por los suyos, cuánto más nosotros debemos servirnos unos a otros. ¡El Señor es más que los siervos! Hacer es tan importante como saber; a través del servicio se prueba el verdadero amor por el Señor. La salvación se da por la fe, y la fe se muestra en obras de amor. Lavar los pies tiene un sentido único: purificarnos de nuestros pecados y disponernos a servirnos unos a otros.

Juan 13,18-30. Jesús, sabe lo que va a ocurrir, y por eso no se sorprende. Él ha elegido a sus discípulos. Pero Judas se vuelve la excepción y, con ello, se vuelve clave para el plan de Dios. Lo que Judas hace cumple lo que decía el Salmo 41: “El que come el pan conmigo, levantó contra mí su calcañar”. Judas debe llevar a cabo su traición, no porque esté escrito en la Biblia, sino para que se cumpla el plan de Dios: la muerte de Jesús para salvar a la humanidad. Jesús anticipa esta traición, para que cuando suceda, los discípulos no pierdan su fe, sino que la fortalezcan y se sientan convencidos de ser los representantes de Jesús, aquellos que lo han recibido, que por su relación con Cristo tienen también una relación con el Padre.

Ahora Jesús dice clara y solemnemente que uno lo entregará. Aunque Él domina la circunstancia, esto le duele, precisamente porque uno de sus discípulos será quien lo traicione. Juan hace referencia a las emociones de Jesús (Cf. Jn 11,33; 12,27). Los discípulos quedan perplejos: ¿quién es el traidor? Pedro pide al Discípulo Amado, que está al lado de Jesús, que le pregunte quién es el traidor. El Discípulo Amado se lo pregunta y Jesús le responde refiriéndose al mismo Salmo 41: “A quien yo dé el pan mojado, ese es”. Así el Salmo se cumple. “Y le dio el pan a Judas”. Éste, al sentirse descubierto, se irrita tanto que da espacio a Satanás. Jesús sabe que el momento se acerca, la hora de someterse a la muerte está por llegar. Por eso urge a Judas: “Lo que vas a hacer, hazlo pronto”.

Los demás discípulos, según parece, no entienden nada, y suponen que Judas, como responsable de la bolsa común, debe hacer compras para la fiesta o dar

algo a los pobres. Aunque es de noche, Judas sale inmediatamente. Dado que el evangelio de Juan está lleno de símbolos, podemos creer que esta referencia tiene un sentido más profundo: es la noche de Satanás, la oscuridad que ataca a la Luz.

Juan 13,31-35. Desde ahora hasta Juan 16,33 Jesús se dirige a sus discípulos en su discurso de despedida. Después de la salida de Judas declara que el Hijo del Hombre será glorificado. La noche de Satanás (v. 30) es la hora en la cual Jesús va a cumplir su misión: dar su vida. El Padre va a honrar a Jesús, y Él le va a dar gloria al Padre. La cruz es mutua glorificación: Jesús honra al Padre por su obediencia, y el Padre lo honra con la resurrección. La cruz, resurrección y ascensión es un camino que Jesús hará solo; ningún discípulo podrá seguirlo. Pero, ellos deben continuar su obra para que el mundo sepa que pertenecen a Jesús. Como Jesús ya lo mostró al lavarle los pies, la palabra clave del Reino es amor, pleno de humildad y servicio, “como yo los he amado”. Tenemos que amarnos unos a otros como Jesús nos amó, con todo su ser; para hacerlo, es necesario alimentarnos de su amor. En eso consiste la Iglesia, comunidad de discípulos que se aman mutuamente.

Juan 13,36-38. Pedro no responde al mandamiento de Jesús, sino a lo que dice acerca de su despedida, y de que nadie puede seguirle. A la pregunta “¿a dónde vas?”, Jesús responde lo mismo, pero agrega que luego ellos podrán seguirlo. Pedro se sobreestima pensando que puede seguir a Jesús en toda circunstancia, dispuesto a dar su vida por Él. Jesús lo corrige diciéndole que no dará su vida por Él, sino que lo negará antes de que llegue la madrugada. Lo que Jesús hace, lo hace solo. Nadie lo ayudó en su misión.

Juan 14,1-14. Jesús, antes de partir, les dice a sus discípulos: “No se turbe tu corazón”. Ellos estaban muy afligidos y debían confiar en el Padre y en el Hijo. Su partida tiene un fin positivo: preparar un lugar para ellos. Hay muchos lugares disponibles en la casa del Padre, porque es más grande que el templo. La partida de Jesús es sólo temporal; después de hacer los preparativos vendrá nuevamente para reunir a sus discípulos. En el v. 3 encontramos la mejor descripción del cielo: estar reunidos con Jesucristo.

Los discípulos no conocen el camino que tomará Jesús para volver al Padre. Todo es incomprendible desde sus categorías humanas. Ellos piensan en un Mesías aquí y ahora, que se sentará en el trono de David; y es Tomás quien reconoce que no saben a dónde va a Jesús y, por lo mismo, no conocen el camino. Aún no conocen bien la gloria de Jesús, que siendo hombre es Hijo de Dios que va a volver a la gloria del Padre, pero pasando antes por el sufrimiento, la muerte y la resurrección. Así, Jesús es el Camino para ir al Padre y entrar en su Reino; es la Verdad respecto al único camino; es la Vida que da vida eterna. Jesús viene de Dios y lleva a Dios.

Los discípulos quieren conocerlo más por la experiencia y no por la fe. Esta es la razón por la que Felipe pide a Jesús que les muestre al Padre. No obstante, deben aprender a conocer a Jesús y entender que eso es suficiente, pues Él es la plena revelación del Padre y su voluntad: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”. No necesitan una revelación de Dios, sino un conocimiento profundo de quién es Jesús. A través de sus hechos y palabras Jesús muestra su unidad con el Padre. Todo lo que hace y dice es en nombre del Padre. Por eso, que los discípulos se quedan en la tierra no significa que su estada aquí no tenga valor; al contrario, ellos deben

continuar la evangelización, no sólo en calidad, sino en extensión. La frase “Yo voy al Padre” es la base de una obra mayor: con la autoridad del Padre, Jesús envía a sus discípulos a hacer obras mayores. Para asegurar esto, Jesús promete que cualquier cosa que pidan en su nombre, Él la dará. “En su nombre” indica la certeza de la promesa y la comunión orante con Él. El que conoce a Jesús no pedirá en contra de la voluntad de Dios; el que pide en su nombre, recibirá de acuerdo con la voluntad de Cristo.

Por medio de Jesús se entra en el Reino de Dios, se conoce al Padre y hay una certeza de que las oraciones son escuchadas y respondidas.

Juan 14,15-21. En el pasaje anterior, Jesús hace una promesa: se reencontrará con los suyos, pero en la casa del Padre. Ahora les brinda una promesa para el intervalo: la venida del Espíritu Santo. Para recibir al Espíritu Santo se debe guardar sus mandamientos (Jn 13,34): amarse, no con amor meramente sentimental, sino con disponibilidad total. La promesa de “otro Consolador” (en griego *Parakleto*) es la promesa de un “Ayudador, Fortalecedor e Intercesor”. El Espíritu Santo ocupará el lugar de Jesús, para ser el Abogado ante el Padre (1Jn 2,1) y para ayudarnos el tiempo que dure el peregrinaje por esta tierra. El Espíritu Santo nos asistirá para que entendamos la obra de Jesús (Jn 16,13); Él glorificará a Cristo (Jn 16,14) y dará testimonio en el mundo (Jn 15,26-16,4; Cf. Lc 12,11-12).

Jesús lo llama “Espíritu de verdad”, ya que da a conocer a Jesús como Verdad (Jn 14,6) y Camino a Dios. Todo lo que los discípulos deben saber de la obra de Jesús, lo enseña el Espíritu Santo. El mundo, dada su ceguera espiritual, no es capaz de recibir ni conocer al Espíritu; pero los discípulos ya le conocen porque Él permanece con ellos, y ya experimentan algo de su obra, por ejemplo, reconocer a Jesús como el Mesías. Así, la presencia del Espíritu Santo compensará la ausencia de Jesús: “No los dejaré huérfanos”; su presencia no será física, sino por medio del amor, hasta el último día (v. 3). Para el mundo, la despedida de Jesús es para siempre; pero, para los discípulos es algo temporal: “ustedes también vivirán”. Es la promesa de vida eterna en comunión con Dios, que comienza con la comunión con Jesús.

“En aquel día” puede ser una mención al día de la resurrección y derramamiento del Espíritu Santo o al día que sea su retorno. Como sea, ese día los discípulos verán la comunión del Padre con el Hijo, y también la comunión entre Jesús y ellos. Para obtener esa comunión, una vez más, Jesús destaca la necesidad de la obediencia a Él y al amor; es el amor a Jesús el que lleva al amor del Padre. Ese amor del Padre y del Hijo es lo que el Espíritu Santo obra; Él derrama el amor de Dios en nuestros corazones. Así, Jesús envía su Espíritu para fortalecer el vínculo entre Él y nosotros.

Juan 14,22-31. Judas Tadeo queda perplejo porque Jesús sólo se manifestará a los suyos y no al mundo. Cree que el Mesías merece una manifestación pública. Pero, para Jesús la fe, el amor y la obediencia a su Palabra son los que abren el camino para un contacto más íntimo con el Padre y con Él. La incredulidad, desamor y desobediencia impiden ese contacto. ¡No creer en Jesús es no creer en Dios, ya que Él es el enviado del Padre! Como siempre es difícil entenderlo todo,

viene el Espíritu Santo, a quien el Padre envía en nombre de Cristo, para que nos explique todo lo que Jesús enseña.

Jesús se despide de los suyos, pero les deja su paz; paz interior que tiene su base en la convicción de que Jesús no se fue, sino que sigue viviendo entre nosotros, por medio del Espíritu Santo. El mundo no puede ofrecer lo mismo, porque no posee esta paz, ni sabe nada de la relación restaurada con Dios y el prójimo. Por eso, no hay razón para temer; la partida de Jesús no es para tristeza, sino para alegría; sólo así completarán su experiencia de amor por el Maestro. Es bueno que Jesús regrese al Padre, porque sólo así el Padre recompensará toda su obra. Después de su retorno al Padre, a través de Jesús fluirán más bendiciones.

Pronto Jesús no hablará más con sus discípulos, ya que el príncipe del mundo, Satanás, está a punto de atacarlo. Pero no logrará vencerlo, sino que perderá la batalla. En la cruz, Jesús lo va a destronar. Así el mundo sabrá que el Padre ama a Jesús, porque Él está dispuesto a dar su vida para que se cumpla la voluntad de Dios. El Cordero de Dios recibe, pues, la señal para partir, pero antes hace algunos arreglos: su paz y la presencia del Espíritu Santo compensarán su ausencia.

Juan 15,1-8. En este capítulo se aclara la unión de Jesús y sus discípulos por medio del ejemplo de la vid y los sarmientos. Con ello Jesús muestra que la unión entre Él y los suyos es estrecha, necesaria y fructífera. Los discípulos darán muchos frutos si permanecen en Él. Sólo a través de Jesús es posible dar frutos: “Yo soy la vid verdadera”. En el Antiguo Testamento a Israel se lo identifica como viña (Sal 80,8-16; Is 5,1-7; Jer 2,21; Ez 15 y 19), pero esa viña, lamentablemente, no produjo frutos de obediencia y aceptación de Yahvé (Is 5; Jer 2,21). ¡Jesús es la vid que no defrauda, dada su comunión y obediencia al Padre!

Para los suyos es importante mantener la comunión y obediencia a Jesús, pues el Padre quitará todo sarmiento (discípulo) que no dé fruto. Si por falta de fe y comunión con Jesús, alguno no da frutos -como Judas-, será extirpado y perderá la vida. El verdadero creyente, por creer en sus palabras, tendrá una unión estrecha y fructífera, y el Padre, como labrador, los limpiará para que den más frutos. Esta metáfora indica la santificación: por las palabras de Jesús (v. 3) ya están limpios; por la promesa de perdón disfrutaban de la comunión; por el mandamiento del amor (v. 10) crecerán y darán frutos.

En el v. 4 Jesús destaca que permanecer en sus palabras es imprescindible para dar frutos. De esta manera Jesús puede permanecer en ellos. Como el sarmiento no da frutos por sí mismo, tampoco ellos podrán hacerlo si no tienen una comunión con Jesús. Por otro lado, hay una hermosa promesa: si permanecen fieles y en comunión, darán muchos frutos. Pero, no estar en comunión con Él conlleva una vida infértil. La comunión con Jesús nos asegura que la oración en la que pedimos dar frutos recibirá una respuesta positiva de parte de Dios. Dar fruto es el propósito de nuestra vida; permanecer en Cristo es la fuente.

Juan 15, 9-17. En el v. 9 Jesús explica que permanecer en Él es permanecer en su amor. Los cristianos sabemos que Jesús nos ama con el mismo amor que el Padre lo ama a Él. Permanecer en su amor es meditar y practicar el amor de Cristo (v. 10). Es decir, permanecer en su amor es guardar sus mandamientos y amar al hermano como Jesús nos ha amado a nosotros. Guardando sus mandamientos y amándonos

unos a otros, nuestra vida se llenará del gozo de Cristo por su obra consumada: ¡Su amor en la cruz crea su Iglesia!

Que Jesús nos llame a permanecer en su amor no son meras palabras cariñosas, sino opción por poner la vida propia en juego por los amigos. Son amigos de Jesús los que responden a su amor, amando a los demás. Ahora Jesús prueba su amor, ya no por sus siervos, sino por sus amigos. Jesús se acerca tanto a los suyos que les da a conocer todo lo que su Padre le ha revelado: el amor y la gracia divina. ¡Por eso los llama amigos! Pero, ser amigo no significa que el amor por Jesús comenzó en sus discípulos; por el contrario, comenzó en el corazón de Jesús, y su elección tiene un propósito: dar frutos. “dar frutos” significa mostrar amor y proclamar el mensaje de salvación a todo el mundo. El fruto que Jesús dio deberá ser ampliado por los discípulos, con la confianza de que el Padre suplirá nuestras necesidades, como respuesta a la oración hecha en nombre de Jesús.

El v. 17 es un versículo de transición. Los discípulos deben amarse unos a otros. De esta forma estarán más fortalecidos para enfrentar a un mundo que se vendrá en contra ellos, con odio y persecución. Conocer a Cristo es entrar en estrecha amistad con Él, para llevar fruto a todo el mundo, para la mayor gloria de Dios.

Juan 15,18-16,4. Si el mundo muestra odio a los discípulos es porque ha odiado primero a Jesús. Él lo dice ahora, para que cuando esto suceda nadie se extrañe. Lo que caracteriza a los discípulos es el amor, y lo que caracteriza al mundo es el odio. El odio del mundo se dirige a Jesús, porque que Él denuncia que sus obras son malas (Jn 7,7). El mundo no acepta la Verdad, ni se convence de la necesidad del Salvador. Los discípulos deben saber que en el mundo sentirán el mismo odio que vivió Jesús, y compartirán su suerte.

En el fondo, el odio a los discípulos es odio a Jesús y odio al Padre, que es quien envía al Hijo. Jesús lo dice para que sus discípulos no se confundan cuando el mundo reaccione en forma negativa contra ellos. El mundo no tiene excusa para disculparse ante Dios por su incredulidad; la tendría si Jesús no hubiera hablado. Pero Jesús vino e hizo obras gloriosas. Por eso, el rechazo a Jesús muestra odio al Padre: “El que me aborrece a mí, aborrece a mi Padre”. No hay otro Dios, sólo el que envió al Hijo. El odio del mundo cumple las Escrituras: “Sin causa me aborrecieron” (Sal 69,4; Jn 2,17; 19,29). La consecuencia de la incredulidad es no aceptar el fracaso personal, ni la necesidad de la salvación.

Jesús nuevamente habla del Espíritu Santo, pero ahora con relación al rechazo del mundo. El Espíritu hace que los discípulos sean testigos de Jesús. Es el Espíritu que dice la verdad: Jesús es Señor y Cristo; Él da luz a los discípulos para que testifiquen de Jesucristo. En los primeros versículos de Juan 16 Jesús habla del odio del mundo a sus discípulos, y anuncia lo que va a suceder, para que ellos estén preparados y no caigan en la incredulidad. Ahora bien, si Jesús es el Señor, ¿por qué pasamos por tantas dificultades? El odio del mundo consiste en expulsar a los discípulos de la sinagoga o matarlos, pensando que eso es agradable a Dios. Pero, en realidad, no conocen al Padre y al Hijo, y niegan la unión entre ambos. Para preparar a los suyos, en esta hora de sufrimiento, Jesús les habla del rechazo del que serán objeto, para que lo recuerden más adelante. Para no confundir a sus

discípulos, Jesús no ha dicho nada antes, ya que aún no era el tiempo, y Él estaba allí para protegerlos.

Juan 16,5-15. Extraña que en el v. 5 Jesús diga que nadie le ha preguntado: “¿A dónde vas?” Esto se aclara si tenemos presente que las preguntas de Pedro (Jn 13,36) y Tomás (Jn 14,5) estaban llenas de angustia. Aún nadie le había preguntado de forma positiva a dónde se dirigía. La pregunta que ellos hacen se basa en la idea de que la ausencia física de Jesús es una pérdida. Jesús, sin embargo, les muestra que su ausencia es ganancia. Es lo que conviene, pues su partida da paso al Espíritu Santo que les ayudará a confrontar al mundo. Jesús confronta al mundo y el Espíritu Santo lo convence de tres cosas: 1. De su incredulidad (no haber creído en el Hijo); 2. De la justicia (por la resurrección, el Padre acepta la misión de Jesús); 3. Del juicio (no es Jesús el juzgado, sino Satanás).

Jesús podía decir mucho más, pero ellos no hubieran soportado la tristeza. No obstante, el Espíritu Santo les enseñará y guiará a la verdad plena. Dos veces Jesús usa la palabra “verdad”, sinónimo de fidelidad de Dios a su pueblo, hasta enviarle a su Hijo. La tarea del Espíritu Santo es llevar a que los discípulos entiendan que lo que Jesús había dicho y hecho era pura fidelidad a Dios. El Espíritu Santo no se pone al centro, ni habla de sí mismo, sino de todo lo que Él oye de parte de Jesús. Les habla de las cosas que han de suceder (persecución), pero también de la gloria futura, cuando Cristo venga. El Espíritu glorifica a Jesús, dándolo a conocer como enviado del Padre, como la máxima prueba de amor que da a los creyentes perdón y comunión.

“Todo lo del Padre es mío”. Con estas palabras Jesús, una vez más, resalta su unión con el Padre. El Espíritu no dice cosas extrañas cuando habla de Jesús, sino que habla del amor de Dios revelado a través de su Hijo. La partida de Jesús abre el camino al Espíritu, para que éste testifique y convenza al mundo de la verdad de Jesús.

Juan 16,16-24. En el v. 16 Jesús vuelve a insistir que se irá pronto, pero volverá resucitado, a través del Espíritu Santo. Los discípulos dudan del significado de estas palabras. Jesús les dice que no entienden nada porque aún no comprenden que Jesús debe morir; la muerte es el único camino a la gloria. Sin embargo, les asegura que su tristeza es temporal, ya que pronto se convertirá en gozo. Su situación se parece a los dolores del parto, que se olvidan con la llegada del hijo. La angustia de los discípulos es transitoria, y será gozo cuando comprendan que son partícipes de la gloria de Cristo. Será un gozo que nadie podrá quitarles, será el tiempo cuando todas las preguntas se transformen en respuestas que den acceso al Padre. Será el tiempo cuando conozcan el poder de la oración en nombre de Jesús.

Juan 16,25-33. Hasta ahora Jesús les ha hablado por medio de alegorías, no para esconder el significado de su verdad, sino por la falta de fe de sus discípulos que haría difícil que ellos entiendan plenamente su mensaje. Ya llegaría la hora en que les hablaría con claridad sobre el Padre. La forma de reaccionar de sus discípulos en el v. 29 hace pensar que Jesús comienza en seguida con ese lenguaje claro; pero será después de la resurrección cuando aclare plenamente todo lo concerniente a su muerte, resurrección, ascensión, venida del Espíritu Santo y parusía. Entonces aprenderán a orar al Padre y pedirlo todo en nombre de Jesús. Esto no quiere decir

que Jesús dejará de pedir por nosotros; sino sólo que Jesús quiere que sepamos cuán grande es el amor del Padre, que nos escuchará a nosotros mismos. Jesús aclara que no hay relación con el Padre si no la hay con Él. El Padre nos ama porque hemos amado y creído en su Hijo.

En estas precisas palabras, Jesús revela el contenido del evangelio: “Salí del Padre y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo y voy al Padre”. Al parecer los discípulos ahora entienden lo que Jesús les ha dicho. Ahora confiesan la sabiduría de Jesús (Él conoce las preguntas que hay en sus corazones: v. 19) y aceptan que Él sale del Padre y debe volver a Él. Pero pronto habrá mucha confusión y miedo, hasta dejar solo a Jesús. Esto muestra que sus discípulos aún no comprenden toda la trama. Por eso, Jesús debe contarle lo que va a suceder; pese a lo malo que va a ocurrir, deben tener paz, es decir plena confianza en Él que será el vencedor del mundo. La aflicción no va a anular la victoria; su resurrección será la prueba concluyente, y nosotros, creyentes, debemos confiar en el amor del Padre.

Juan 17,1-6. En este capítulo, en los primeros seis versículos Jesús ora por sí mismo, después lo hace por sus discípulos (vv. 7-19) y luego por los que creerán en Él (vv. 20-26).

Los vv. 1-6. En el v. 1, más que orar, Jesús se presenta al Padre, refiriéndose al culmen en la historia que está llegando, cuando el Padre y el Hijo sean glorificados. El Padre dará a Jesús el triunfo sobre la muerte y la gloria celestial. De esta manera, el Hijo cumple la obra que el Padre le ha encomendado. Parte de la gloria es “el salario” por su obra, que será el señorío sobre los suyos que el Padre le dará, para llevarlos a la vida eterna. Nótese la intimidad con la cual Jesús se dirige a Dios: seis veces le llama Padre. Además, Jesús está seguro de su obra, ya que la salvación no se origina en el hombre, sino en la voluntad del Padre (“los que le diste” [vv. 2.6.9.11] Cf. vv. 12 y 24). La salvación es segura, pues se basa en la elección del Padre, la salvación del Hijo y la protección del Espíritu Santo (v. 17).

En el v. 3 Jesús dice que la vida eterna consiste en conocer al único Dios verdadero y a su Cristo. Los judíos podían estar de acuerdo con la primera parte de la frase, pero no la segunda. Sin embargo, ¡creer en Dios es creer en Jesucristo! No existe otro Dios que aquel revelado por Jesucristo. Resumiendo, la vida eterna consiste en conocer el amor de Dios, que envía a su Hijo para salvarnos. La interpretación de Juan 17,3 se encuentra en Juan 3,17.

Jesús glorifica al Padre cumpliendo su voluntad, predicando el Reino de Dios y dando su vida. Así brilla la misericordia de Dios. Jesús está tan seguro de su muerte en cruz, que dice: “He acabado la obra que me mandaste hacer”. Una vez cumplida su obra, el Padre llamará a su Hijo a ocupar el lugar que tenía antes de su encarnación. En el v. 6, con otras palabras, Jesús repite lo ya dicho: “He manifestado tu nombre a los hombres que me diste” (Cf. Jn 1,18; 14,6). Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida; no podemos conocer al Padre sino sólo por medio de Jesucristo. Algunos discípulos aceptan el mensaje: “han guardado tu palabra” (v. 6), y para ellos empieza la vida eterna.

Los vv. 17,7-19. Los discípulos entienden que todo lo que Jesús hace y dice es en nombre del Padre. Aceptan sus palabras y creen que salió de Dios y actúa en nombre propio. Fe en Jesucristo es creer que detrás de Él está el Padre, y que Él

revela el carácter y santidad del Padre. En el v. 9 Jesús ruega por los suyos, no por el mundo hostil a Dios. Suplica al Padre que los proteja; más adelante el ruego se extiende a aquellos que llegarán a creer en Él. Jesús intercede para que todos los creyentes permanezcan fieles a Dios, y confía plenamente que el Padre responderá a su súplica, ya que “todo lo mío es tuyo, y lo tuyo es mío”. El interés de que los discípulos sean protegidos es, pues, de Jesús y del Padre. Los discípulos, por su parte, glorifican a Jesús con su fidelidad, y para ello necesitan de la protección del Padre. Dirigiéndose al Padre como “Santo”, Jesús muestra que el único interés de su súplica es que el nombre del Padre sea santificado.

Jesús ruega al Padre que proteja a los suyos, porque Él ya no estará físicamente. Mientras está en la tierra los cuida, pero pronto ya no estará. A todos a buscado salvar, y sólo se perdió Judas. Esto no significa negligencia de parte de Jesús, sino cumplimiento de las Escrituras: uno de los suyos lo traicionará. Jesús, al regresar a su gloria, pone a los suyos en manos del Padre. Jesús habla de esto a sus discípulos para que no pierdan el gozo; su regreso al Padre es un paso adelante para la unión eterna con ellos.

Los discípulos necesitan la protección del Padre por el odio que encuentran en el mundo. No son del mundo, como Jesús tampoco lo es. Son del Padre porque han creído en Jesús. La protección que Jesús pide no significa sacarlos del mundo, sino penetrarlo con el Evangelio. El cuidado del Padre es guardarlos del mal para que no sucumban al ataque de Satanás, ni pierdan su fe en el Hijo de Dios (Cf. Lc 22,32). El remedio contra el ataque del mal es que Dios santifique a los discípulos, los aparte y afirme en su Palabra. De la misma manera que Jesús fue enviado para mostrar fidelidad a Dios, así Jesús envía ahora a los suyos a predicar la misericordia de Dios. Tal como Jesús se dedicó enteramente a su obra, ellos deben dedicarse a anunciar al mundo el amor de Cristo.

Los vv. 20-26 muestran a Jesús extendiendo su oración a aquellos que aún no lo conocen, pero que llegarán a hacerlo a través de la predicación de los discípulos. El v. 20 habla de la tarea de los discípulos: anunciar el Evangelio; pero también habla de la promesa: el cumplimiento de su tarea dará fruto. El propósito de esta oración, según el v. 21, es doble: la unidad de los creyentes, basada en la unión con el Padre y el Hijo, y que todo el mundo crea que Jesús es el enviado del Padre para salvar al mundo. Jesús ha mostrado la gracia y amor de Dios; en ese amor los discípulos deben ser uno, en perfecta unión. ¡El Padre los ama con el mismo amor que amó al Hijo!

El propósito de la misión de Jesús es el reencuentro con los suyos en la gloria (v. 24). Tenemos la certeza de que el Padre respondió al pedido del Hijo porque el amor del Padre es eterno. Jesús termina su oración diciendo que el Padre es justo, porque cumple su promesa. No todos conocen a Dios, por eso rechazan a Jesús. Pero los suyos sí lo reconocen como el enviado del Padre para concretizar la salvación. De esta manera, Jesús da a conocer quién es en realidad el Padre: Dios lleno de amor, que desea que todos participemos de ese amor. Adoremos a Jesús por cumplir su misión: reunirnos en la gloria eterna.

Juan 18,1-11. Luego de la oración, Jesús pasa al otro lado del Cedrón. Allí debía comenzar su camino a la cruz. Como David cuando huyó de Absalón

(2Sam 15,23), Jesús cruza el mismo arroyo. La diferencia de que Jesús no huye, sino que se ofrece para el sacrificio. Juan no hace referencia a la oración en el huerto de Getsemaní, sino que describe la majestad de Jesús en su sufrimiento. Aunque es Judas quien busca a Jesús, acompañado de la guardia del templo, en realidad es Jesús quien actúa: “Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que iban a ocurrir (Jn 13,3; 19,28), se adelantó y les dijo: ¿A quién buscan?”. No hay angustia en Él, sino majestad. Cuando ellos responden: “A Jesús nazareno”, Jesús dice por última vez: “Yo soy”. Siete veces se ha usado esta palabra, y con esta última ocasión, Jesús expresa una vez más su divinidad; por eso, los que lo buscan para arrestarlo, retroceden y caen a tierra. Si ellos pueden apresar a Jesús es porque el Padre lo permite y Jesús lo acepta, no porque tengan poder. Jesús se ofrece voluntariamente, pero pide que los suyos sean liberados; los protege conforme a su intercesión en Juan 17,12. Sólo Pedro ofrece resistencia y corta la oreja de un siervo llamado Malco. Pero Jesús le impide luchar. Jesús está dispuesto a beber la copa, y como cordero dejarse llevar al matadero.

Juan 18,12-27. Los soldados aceptan la oferta de Jesús; sólo lo arrestan a Él. Atado lo llevan a casa de Anás, suegro del sumo sacerdote Caifás (18-36 d.C.). Seguramente Anás aún tenía influencia. En ese tiempo era costumbre que el procurador romano designe al sumo sacerdote, y según el derecho judío, ese cargo era para toda la vida. Juan no describe el proceso ante Caifás, puesto que los otros evangelistas ya habían escrito sobre ello; sólo nos recuerda el consejo de Caifás de que era preferible que un solo hombre muera, y no el pueblo (Jn 11,50).

Cuando Jesús es guiado ante Anás, Pedro lo sigue, junto a otro discípulo (¿Juan? ¿El Discípulo Amado?) que, siendo conocido del sumo sacerdote, pudo introducir a Pedro a la casa. Que Pedro estuviera siguiendo a Jesús es, propiamente, una resistencia a la predicción de Jesús de que lo negaría tres veces. Pedro confía en sí mismo. Pero, por no ser conocido como Juan, su presencia llama la atención. Mientras Jesús responde francamente “Yo soy” (vv. 5-6.8), Pedro responde “No lo soy”.

Mientras Jesús está ante Anás, Pedro está entre los aprehensores, calentándose junto al fuego. Anás procede a interrogar a Jesús, preguntando sobre sus discípulos y su doctrina, con la intención de saber si había causales para una revuelta. Jesús no responde, quizá para proteger a sus discípulos. El que debe ser juzgado es el pastor, no las ovejas. En cuanto a su doctrina, Jesús no responde de forma directa. Los acusadores deben tener pruebas, no forjarlas con el único fin de condenar a Jesús. Su enseñanza fue pública. La misma guardia del templo puede responder a esa pregunta, porque ha sido testigo. Un soldado se enoja con la respuesta de Jesús, pues la considera una ofensa al sumo sacerdote; por eso le da una bofetada. Jesús se mantiene firme y exige un proceso justo. No hay nada de malo en su respuesta. Anás no sabe qué hacer con Jesús, por lo tanto, lo envía con Caifás, para que éste lleve a cabo el proceso oficial (que debía empezar al amanecer). Afuera Pedro afirma dos veces más que no es discípulo de Jesús. El canto del gallo le hace recordar las palabras de Jesús. Gracias a Dios la fidelidad de Jesús es mayor a la negación de Pedro.

Juan 18,28-40. Jesús fue juzgado rápidamente por el Sanedrín y llevado ante Pilato en la fortaleza Antonia. A fin de no contaminarse, los judíos no entraron

al pretorio, ya que estaban en tiempos de Pascua, y la contaminación les hubiese impedido participar en la fiesta. Ellos quieren participar de la Pascua, sin saber que Jesús es el Cordero Pascual. En la acusación contra Jesús ellos están empeñados en deshacerse de Él, que en hacer un juicio justo. Por eso no responden a la pregunta de Pilato acerca de la acusación contra Jesús, sino que dicen que es un malhechor y por eso lo entregan al gobernador. Pilato, en primera instancia, se abstiene de juzgar a Jesús y desea que el caso sea solucionado por los líderes judíos, según la Ley de ellos. Para algunos estudiosos, Pilato se estaría burlado de ellos al hacerles sentir que dependen de él para matar a Jesús. Lo cierto es que el Sanedrín sí tenía autoridad para ejecutar una sentencia de muerte, pero no en esa ocasión, porque era la fiesta de Pascua. Por eso acuden a Pilato, ya que él, como romano, no tenía ningún problema para ejecutar a Jesús. Además, era necesario que se cumpla la palabra de Jesús con relación a la muerte que iba a sufrir: los judíos daban muerte lapidando a la persona, pero Jesús debe morir en una cruz, para cargar nuestros pecados. Crucificar es una costumbre romana, para castigar a esclavos y bandidos.

Pilato se retira al cuartel general para conversar con Jesús. Juan parte del supuesto de que su lector conoce los evangelios sinópticos y sabe que Jesús es acusado de llamarse rey de los judíos. De modo que Pilato investiga para comprobar cuál es su pretensión, si realmente Él se considera rey: “¿Eres tú el rey de los judíos?”. Jesús responde con otra pregunta: “¿Dices esto por ti mismo o porque te lo han dicho otros?”. Lo que Jesús quiere decirle es que haga un juicio justo. Pilato, un tanto irritado, insinúa que aborrece a los judíos y que son ellos los que lo han entregado: “¿Qué has hecho?”. Al decir Jesús “Mi reino no es de este mundo”, parece que no contesta a la pregunta de Pilato. Sus palabras, sin embargo, contienen la respuesta adecuada a la pregunta de Pilato. Que su reino no sea de este mundo, significa que no es un reino basado en la fuerza política o las armas. Pilato no debe temer una revuelta. El Reino de Dios es espiritual, lo que no significa ideal, sino que es un reino de justicia, amor y misericordia, basado en la obediencia a Dios, que vencerá la maldad del mundo, “no con espada, ni ejército, sino con el Espíritu de Dios”.

Pilato, asombrado, insiste en saber si Jesús es un rey. Tanto en la pregunta, como en la respuesta se destaca la palabra “tú”: “¿Eres tú rey? ... Tú dices que soy rey”. Ambos usan la misma palabra (rey), pero con sentido distinto, Pilato en sentido político, Jesús en sentido espiritual. Eso confunde a Pilato; pero Jesús sigue hablando: el propósito de su vida es dar testimonio de la verdad; pero para entender y creer hay que “ser de la verdad”, es decir tener un corazón sincero que busque la comunión con Dios. Pilato no es de la verdad, eso se demuestra con su pregunta: “¿Qué es la verdad?”. Él quiere liberar a Jesús, pero no lo hace porque realmente no está de parte de Jesús. Con todo intenta liberarlo acogiendo la costumbre romana de soltar a un delincuente por la fiesta de Pascua. Pero el pueblo elige, instigado por sus líderes, a Barrabás, un ladrón.

Juan 19,1-16. Al sugerir al pueblo que elija entre Barrabás y Jesús, Pilato toma un camino sin salida. Ha azotado a Jesús con el propósito de dejarlo en libertad. Pero, al no estar presente en ese momento, los soldados aprovechan la oportunidad para ensañarse con Jesús, golpeándolo y burlándose de Él, descargando así su ira contra todos los judíos. Al final, le ponen una corona de espinas y un manto, para darle apariencia de rey.

Ahora Pilato no sabe qué hacer. Nuevamente declara en forma pública que no halla delito alguno en Jesús. Lo trae una vez más a la vista de la gente; Jesús llega vestido como un rey, pero la imagen es horrible. Parece que el objetivo de Pilato es que la gente, al verlo así de humillado, sientan lástima de Él: “He aquí el hombre”. Pero la gente, en lugar de lástima, se siente enfurecida, sin compasión, “¡Crucifícale!”. En ese momento Pilato desiste de otro acto jurídico y entrega a Jesús al Sanedrín, para que ellos mismos lo crucifiquen. El modo de proceder de Pilato les deja claro que no admite la acusación de sublevación. Sería imprudente que el Sanedrín mate a Jesús, acusándolo de incitar al pueblo contra Roma, mientras que el procurador lo declara inocente. Por tanto, se ven obligados a demostrar la acusación verdadera contra Jesús: “Se hizo a sí mismo Hijo de Dios y según nuestra ley debe morir”. Si Pilato no ve argumentos para crucificar a Jesús, que lo haga con base al criterio religioso judío.

El temor embarga a Pilato; la nueva querrela podría significar que los dioses se venguen de él. Pilato habla con Jesús y le pregunta de dónde es. Esta es la pregunta clave de Juan: ¿Jesús viene de Dios? Jesús no contesta. Esto le extraña a Pilato, ya que él tiene el poder de dejarlo libre o crucificarlo. Jesús reconoce su poder, pero le aclara que es un poder dado por Dios, y que nada puede hacer Pilato. Pilato no sabe nada de ello; Caifás tiene más culpa. Las palabras de Jesús son de gran dignidad, y Pilato quiere soltarlo; pero, víctima de su indecisión, sólo ejecutará la voluntad de Dios.

Al conocer los judíos el deseo de Pilato de soltar a Jesús, recurren a un último argumento: amenazarlo con informar al emperador sobre el tema. Entonces, el que quería perdonar a Jesús, ahora piensa en sí mismo, y cede a la voluntad del Sanedrín. Pilato se sienta en el tribunal, llamado “enlosado” (en hebreo, *Gábata*), para dar la impresión de un juicio justo. Juan menciona el día (viernes. Día de preparación del sábado) y la hora (6 de la mañana). Pilato da una última oportunidad a Jesús, diciendo al pueblo en tono burlón: “¡He aquí a su Rey!”. Pero el pueblo responde: “¡Crucifícale!”. Con palabras claras desprecian a su rey, los sacerdotes y el pueblo. Así se cumple lo que Juan había escrito en el capítulo 1: “A los suyos vino, y los suyos no lo recibieron”. Tampoco sirve el argumento de Pilato: “¿A su rey debo crucificar?”. Son los sacerdotes quienes responden, negando a Jesús como su rey, y con ello niegan a Dios: “No tenemos más rey que César”. ¡Rechazan su teocracia! Pilato no puede hacer nada más; entonces lo entrega para que sea crucificado. Ellos se lo llevan. La espera para verlo muerto ha terminado.

Judas entregó a Jesús al Sanedrín, éste a Pilato y Pilato al Sanedrín. Pero, en el fondo, es Jesús quien, libremente, acepta sacrificarse por amor a Dios y a los suyos (Rom 8,32).

Juan 19,17-30. Sólo Juan cuenta que Jesús llevó la viga transversal (en el lugar de crucifixión estaba el palo para fijar esa viga). Salió al lugar llamado “La Calavera” (en hebreo *Gólgota*). Jesús “sale” de Jerusalén para morir fuera, porque era “un maldito” que no podía morir dentro de la ciudad. En el Gólgota fue crucificado. Nosotros estamos acostumbrados a las palabras “cruz y crucificado”, pero en esa época tenía una connotación horrible: el condenado era colgado a la cruz con sogas, para que tenga una muerte dolorosa y lenta. Junto a Jesús fueron crucificados otros dos.

Pilato mandó poner en la cruz una inscripción: “Jesús Nazareno, rey de los judíos”. El título reflejaba la causa de la condena. Muchos leyeron la inscripción, pues el Gólgota estaba cerca de la ciudad, y el título estaba en hebreo, griego y latín. Aunque la intención era, sin duda, humillar a los judíos, Pilato describe inconscientemente el alcance de la obra de Jesús: todas las naciones reconocerán a Jesús como Rey. Los sacerdotes quieren que Pilato cambie la frase por: “Se cree rey de los judíos”. Pero Pilato se muestra terco, en contraste con la debilidad mostrada durante el proceso, y niega la petición.

Los soldados que crucifican a Jesús se apropian de sus ropas (sandalias, manto y cinturón) para repartírselos. Juan hace referencia especial a la túnica, para aludir a la del sumo sacerdote que también era sin costura, indicando que Jesús es el verdadero sacerdote. Sobre ella, los soldados echan suertes, cumpliéndose así las Escrituras. Lo que ocurre con Jesús no es el triste destino de un hombre, sino el cumplimiento de la voluntad de Dios.

En contraste con los soldados, se encuentran tres mujeres y el Discípulo Amado para acompañar a Jesús en su dolorosa muerte. Las tres mujeres se llaman María: la madre de Jesús, su hermana, la esposa de Cleofás y la Magdalena, de la que Jesús había expulsado siete demonios. En Juan, Jesús llama dos veces a su madre como “mujer”, porque ¡más vale la relación de fe que la relación de sangre! En ese momento doloroso, la preocupación de Jesús por su madre es central; se preocupa por ella y la deja al cuidado del Discípulo Amado. Jesús crea nuevos vínculos de amor entre sus discípulos.

Sólo en esta ocasión leemos una expresión del sufrimiento de Jesús: “Tengo sed”. El propósito de Juan es mostrar que se cumplen las Escrituras (Juan usa el griego *tetelestai*, = “todo está consumado” del v. 30). Jesús sabe que cumple su misión cuando ve que quieren calmar su sed con vinagre. Entonces exclama: “Todo está cumplido”. Jesús completa su misión, carga las culpas de la humanidad y las va a eliminar. Entonces, entrega su espíritu. Su muerte no es un fracaso, sino una entrega voluntaria, expresión sublime de su amor.

Juan 19,31-37. Los judíos, no sabiendo qué hacer con los crucificados, porque eran de una impureza máxima; desean acelerar su muerte para no contaminar la fiesta de Pascua. Por eso piden a Pilato que se bajen los cuerpos; la Ley exigía bajar los cadáveres de la cruz el mismo día de su muerte (Deut 21,22-23), para evitar que caiga una maldición sobre el pueblo. No hacerlo antes del sábado, sobre todo porque coincidía con la Pascua, sería grave. Para Juan ese sábado es aún más solemne, ya que la muerte de Jesús traería salvación.

Entonces, los soldados quebraron las piernas de los crucificados, excepto a Jesús. Esto era una costumbre que se realizaba con los que no morían en su momento, y que tampoco se recuperarían. Con Jesús hacen otra cosa: le atraviesan el costado con una lanza para comprobar su muerte, y de su cuerpo sale sangre y agua. Para Juan, este detalle expresa el poder purificador de Jesús (Cf. 1Jn 1,7; 5,6). En el v. 35 Juan da importancia a este hecho y reafirma que su testimonio es verdadero y lo narra para que creamos. Seguramente Juan piensa en el significado del sacrificio de Jesús, en directa relación al testimonio de la Escritura: “Ningún hueso suyo sería quebrado” (Sal 34,20; Ex 12,46). Con otra referencia bíblica (Zac 12,10),

Juan muestra que la muerte de Jesús cabe en el Plan de Dios, y no es ningún fracaso. El evangelio exige fe y compromiso en el sacrificio de Jesús.

Juan 19, 38-42. Una vez que Jesús ha muerto, dos hombres, discípulos secretos de Él, decididamente piden el cuerpo de Jesús: José de Arimatea y Nicodemo, miembros del Sanedrín. Mientras José pide a Pilato el cuerpo de Jesús, Nicodemo, con especies y lienzos, cuida del cadáver, según la costumbre funeraria. José tenía una tumba nueva en un huerto, cerca del lugar donde Jesús había sido crucificado (Mt 27,60), donde nadie había sido sepultado antes. Era común que muchos judíos compren una tumba cerca de Jerusalén para esperar la venida del Mesías y la resurrección de los muertos. Jesús, el Mesías, es sepultado en una de esas tumbas. Juan no hace referencia a Isaías 53,9, como cabría esperar, pues ya ha mostrado suficientemente que en Jesús se cumplen las Escrituras.

Los preparativos funerarios se hacen precipitadamente, por ser un sábado solemne. Pero hay otro motivo al que Juan le da mucho énfasis: “La preparación de la pascua de los judíos” (Jn 19,14.31.42), Pascua especial, que simboliza el Éxodo de judíos y gentiles a la vida eterna ofrecida por el Padre, a través del sacrificio del Hijo.

Juan 20,1-10. Juan comenta la historia de la resurrección de Jesús desde el punto de vista de María Magdalena. Su propósito no es negar la participación de otras mujeres que fueron a la tumba, sino dar especial atención al encuentro de María con Jesús. Es el primer día de la semana, tal como el primer día de la creación, día de luz y vida, día de triunfo sobre la muerte y la maldad. Siendo aún oscuro, María no espera más y va a la tumba; así expresa su amor a Jesús. Al llegar ve que la piedra está movida; eso le causa gran sorpresa; algo extraño ha sucedido. En seguida vuelve a la ciudad para informar a los discípulos. Pedro y “aquel al que amaba Jesús” son informados de que “Se han llevado al Señor y no sabemos dónde le han puesto” (el “no sabemos” puede indicar que María no estaba sola). La noticia es suficiente para ir a averiguar qué ha ocurrido. Juan emplea dos veces la palabra “correr”, tanto para María como para Pedro y el Discípulo Amado. En la tumba encontramos personas nerviosas, pues la resurrección va más allá de su esperanza. El v. 9 dice que aún no habían entendido la Escritura. Sin la luz de la Escritura siguen las dudas.

Aunque ambos corrían, el Discípulo Amado llega antes que Pedro. Quizá porque era más joven. Llegó, miró la tumba, pero por temor no entró en ella; sólo vio los lienzos y nada más. Al llegar Pedro, conforme a su carácter impulsivo, entró en la tumba y descubrió que los lienzos que cubrían en cadáver de Jesús estaban fuera de lugar y que el sudario estaba enrollado en otro lugar. Ahora Juan entra para constatar que el perfecto orden en la tumba es señal de resurrección, ya que el orden echaba por tierra un posible robo del cadáver. Pedro comenzó a creer, pero es una fe inicial, con base a lo que observa, pero no en concordancia a las Escrituras. Juan, como los otros evangelistas, remarca en la base firme de la fe: no es el orden de las ropas, sino lo que dice la Escritura.

Pedro y Juan volvieron a los suyos con un dejo de esperanza, mientras María sigue en la incertidumbre. La única base para nuestra esperanza es la Palabra de Dios.

Juan 20,11-18. María regresa a la tumba, no a su casa. Allí se queda llorando con hondo dolor, un dolor tan grande que cuando se inclina a mirar dentro de la tumba, ve a dos hombres vestidos de blanco, pero no se da cuenta que son ángeles. Es evidente que no se trataba de un robo, porque los ladrones no se quedan en el lugar donde roban. ¡La presencia de los ángeles es señal de que Jesús vive! Pero ella está paralizada por el dolor. Los ángeles se dirigen a ella y le preguntan por qué llora. María sólo tiene un pregunta: “¿Dónde lo han puesto?”. Ella desea dar el último homenaje a Jesús. María no responde a los ángeles, sino que se vuelve a la tumba y ve a Jesús. El verbo griego indica que lo miró atentamente, pero no lo reconoce, pues está cegada por el dolor. Tampoco reconoce la voz de Jesús que le dice: “Mujer, ¿por qué lloras?”. Jesús le da tiempo para que exprese su tristeza. Pero, pasado un momento, rompe el círculo de dolor de María, y para ello usa una palabra aramea que rompe las cadenas de amargura: ¡Mariam! ¡Y María sale de su desesperanza! ¡Es Jesús!

María responde en arameo: ¡Rabbuni! (Maestro mío). En seguida lo abraza. Luego de un momento, Jesús le pide que lo suelte; ella quiere seguir la vida anterior con su Maestro, pero Jesús está en otra dimensión. Mientras a María le prohíbe tocarlo, a Tomás se lo permite (v. 27), pero sólo para que compruebe la resurrección. María debe soltarlo porque Jesús aún debe ascender al Padre y luego volver para estar con los suyos. Entre tanto, la comunión se realizará a través del Espíritu Santo. Así, pues, para María es necesario que Jesús parta. En vez de disfrutar de su presencia debe avisar a los discípulos de su ascensión al Padre, de Jesús y de ellos. “Mi Padre y Padre de ustedes; mi Dios y Dios de ustedes” muestra claramente que Jesús es el Unigénito, y que nadie tiene igual relación con Dios. María vuelve a los discípulos, esta vez libre de dudas, porque ha experimentado un encuentro personal con el Señor.

Juan 20,19-23. El domingo por la noche (Juan escribe para no judíos; para un judío, la noche pertenece al día siguiente), se reúnen los discípulos de Jesús. La resurrección aún no disipa la duda que les embarga. Las puertas están cerradas por temor a los judíos, pero eso no es una barrera para que Jesús entre. Al entrar, saluda de la forma acostumbrada: “Paz a ustedes”. Pero en boca de Jesús y en la circunstancia del momento, ese saludo adquiere un nuevo y profundo sentido: ¡Jesús vivo trae paz a los suyos, mientras sus heridas hablan de la paz con Dios! En seguida les muestra las manos y el costado. El cuerpo glorioso aún mantiene las señales de la muerte, señal del valor permanente de su sacrificio. Estas señales muestran que es el mismo Jesús que sufrió la muerte, pero que ha vencido a la muerte. Los discípulos creen en el Señor y se regocian viendo al Maestro.

Como María, también ellos deben aprender que la estadía de Jesús es temporal: llega para salir otra vez; sólo viene para darles un mandato especial. Antes de hacerlo, de nuevo dice: “Paz a ustedes”; comparemos estas palabras con las dichas antes: “La paz les dejo, mi paz les doy” (Jn 14,27). Jesús se prepara para ir al Padre, pero les deja su paz y un mandato: “Como el Padre me envió, así también los envío yo”. Jesús quita el pecado del mundo; los discípulos deben dar ese mensaje a la humanidad. Y para hacerlo con autoridad necesitan del Espíritu Santo. Por eso Jesús sopla para que “Reciban el Espíritu Santo”. Las palabras de Jesús anticipan Pente-

costés, cuando los discípulos reciban la plenitud del Espíritu Santo, para perdonar o retener los pecados.

Juan 20,24-31. Tomás, uno de los Doce, no estuvo en esa reunión, y por eso no disfrutó de la aparición de Jesús, lo que lo deja en un mar de dudas, que sólo se acabarán cuando “lo vea y toque sus heridas”. Jesús, con misericordia, le da esa experiencia. Las puertas siguen cerradas, pero nuevamente Jesús ofrece su paz y permite a Tomás tocar su costado y mirar sus manos. Lo hace con un propósito: que desaparezca la incredulidad. Juan relata la llamada de atención que hace Jesús a Tomás: “Felices los que sin ver crean”. Los vv. 30 y 31 muestran el objetivo del evangelio: creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, el enviado del Padre para que creamos y así tengamos vida en su nombre. Tomás termina confesando: “Señor mío y Dios mío”. ¡Bienaventurado el que crea sin necesidad de ver!

Juan 21,1-14. Este capítulo nos traslada a Galilea, para informarnos de la tercera aparición de Jesús, cerca del mar de Tiberiades (o Galilea). Mientras en el último capítulo de Lucas se destaca la enseñanza de Jesús, Juan enfatiza la revelación de Jesús como el Cristo (Jn 1,31; 2,11; 17,6; 21,14). Es curioso el rol de Pedro en este capítulo: además de recibir el perdón, Jesús le da una misión.

Los discípulos están en Galilea esperando a Jesús; mientras tanto se dedican a la pesca. La experiencia de su resurrección y la orden de que lo esperen allá los hizo volver a su tierra natal. Esta vez, Tomás está con ellos, porque no quiere perderse el encuentro con Jesús. En total son siete los presentes, y la inactividad es insoportable; necesitan pescar y proveer su mantención. Pedro toma la decisión: “Voy a pescar”. La noche sin pescar nada quizá les hizo recordar las palabras de Jesús: “Separados de mí, nada pueden hacer” (Jn 15,5). Pero un “extraño” a la orilla del mar les muestra la otra verdad: “En esto es glorificado mi Padre, en que lleven mucho fruto, y sean mis discípulos” (Jn 15,8.16).

La pesca cambia cuando Jesús les pregunta: “¿Tienen algo de comer?”. En forma lacónica los discípulos responden que no. A nadie le gusta aceptar su fracaso. Pero en presencia de Jesús podemos hacerlo, pues Él es capaz de cambiar el fracaso en éxito, siempre que obedezcamos su orden: “Echen la red a la derecha (era contrario a la costumbre) de la barca y hallarán”. En el Reino de Dios tenemos que orientarnos no por nuestra capacidad, sino por la enseñanza de Jesucristo.

El resultado es sorprendente; los discípulos no pueden sacar la red por los 153 peces grandes que han capturado. No debemos especular por algún simbolismo del número; basta decir que refleja otra pesca, la de hombres (Cf. Lc 5,1-11), algo que inmediatamente será comunicado a Pedro como su misión: ser pastor. Lo que cabe destacar es que, a pesar de la cantidad de peces, la red no se rompió. El Resucitado guía nuestra pesca evangelizadora.

El Discípulo Amado, por su amistad con Jesús, intuye que es el Señor; Pedro, fiel a su carácter impulsivo, enseguida se viste y se lanza al mar para ir al encuentro del Señor. ¿Por qué se vistió para lanzarse al agua? Quizá porque era una falta de respeto saludar a alguien sin ir adecuadamente vestido. Cuando llegan a la orilla (estaban a unos 90 metros) los discípulos se dan cuenta que Jesús tiene lo que ellos necesitan: fuego, pescado y pan. Jesús, igual pide los peces que han pescado. ¡Jesús tiene todo, pero necesita de nuestra tarea!

Luego de haber sacado los peces, Jesús los invita a comer: “Vengan y coman”. Él es el anfitrión, los discípulos los invitados. Tenemos un Señor que gusta de compartir lo suyo, su amistad, su tiempo. Y es Él quien toma la iniciativa. Se respira una atmósfera solemne en ese momento; nadie pregunta directamente si es el Señor o no. Todos lo saben, pero nadie pregunta. Jesús toma el pan y les da, junto con el pescado. Todo ocurre en silencio, sin palabras; ya todo está dicho. Sólo resta esperar la venida del Espíritu Santo que guiará a la verdad. Fue la tercera manifestación. Los discípulos saben, sin duda, que Jesús vive, es el Cristo, el Hijo de Dios, y que obedeciendo su orden deberán ir a evangelizar al mundo.

Juan 21,15-19. Al acabar la comida, Jesús habla con Pedro. Después de la triple negación, Pedro necesita una confesión pública. Pese a que Juan siempre habla de Pedro, Jesús lo vuelve a llamar Simón (su nombre antes de que Jesús lo llame a ser discípulo). Las preguntas de Jesús tienen por objetivo restaurarlo en su ministerio, darle la oportunidad de confirmar tres veces su amor por Jesús. La presencia de otros discípulos es necesaria, pues Pedro había asegurado que su amor era mayor que el de los demás. Pedro está dispuesto a morir por Jesús (Mt 26,33; Jn 13,37). Por eso Jesús le pregunta: “Simón, Hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?”. Pedro contesta recurriendo al conocimiento de Jesús sobre su amor, pero esta vez no se considera por encima de los demás. Simplemente dice que lo ama.

Jesús acepta el amor de Pedro y le confía el cuidado de sus ovejas. Este es un privilegio caro, pues por las ovejas de Jesús hay que dar hasta la vida (Jn 10,15). Apacentar y pastorear son sinónimos y deben aplicarse en la predicación, la oración, la justicia y, sobre todo, en obras de amor (Cf. Hch 6,4 y 1Pe 5,2-4).

Después de confirmar su amor tres veces, se han borrado las tres negaciones. Jesús no le quita su vocación, sino que la confirma. Pedro puede seguir a Jesús, pero el costo será alto. Hubo un tiempo en que Pedro podía disponer de su vida, pero llegará el momento en que otros dispondrán de ella. Las palabras de Jesús describen la forma en que Pedro moriría a causa del Evangelio. Como Jesús glorifica al Padre con su muerte en cruz, así Pedro glorificará a Dios, mostrando su amor a Dios y a sus hermanos. Según la tradición, Pedro fue crucificado, pero conforme su deseo, con la cabeza hacia abajo.

El amor de Jesucristo restaura a la oveja caída en el ministerio pastoral, y ese perdón, sin dudas, lo convertirá a Pedro en un buen pastor del rebaño.

Juan 21,20-25. Una vez que Jesús hubo mostrado a Pedro su futuro, lo llama a servirle: “Sígueme”. Esta orden adquiere un sentido más hondo: Pedro ahora sabe lo que implica seguir a Jesús; es camino de cruz. Pedro hace del momento algo humano: “¿Y qué con éste?”, apuntando al Discípulo Amado. Jesús responde para hacerle saber que su voluntad para Pedro no necesariamente es igual para Juan. Y Pedro no tiene nada que ver allí; él debe preocuparse de las ovejas.

Juan termina su evangelio afirmando que todo lo que ha escrito es verdad. Sus lectores saben que dice la verdad. Él, como testigo, da testimonio de lo que ha visto y oído de Jesús. Pudo escribir mucho más, pero lo que ha escrito es suficiente para creer en Jesús.

Pero otros cristianos comenzaron a reflexionar con mayor empeño sobre la manera más eficaz de defender su fe en Jesús, el Mesías, el Hijo de Dios y dar razón de ello. Es en ese contexto en que se empiezan a reflexionar y componer los distintos evangelios escritos, a partir de tradiciones y recuerdos de lo que Jesús había dicho y hecho. Ante el peligro de que algunos lleguen a creer que Jesús no era el Mesías esperado por Israel y anunciado en el Antiguo Testamento; de que era el Reino de Dios predicado por Él era una falsedad y que su vida y predicación eran un embuste; incluso que su resurrección era un invento de los primeros cristianos, los evangelios quieren acentuar que todo lo predicado era verdad.

Para demostrar que las comunidades cristianas no estaban equivocadas, ellas ponían su propio estilo de vida como ejemplo de lo que significaba la enseñanza de Jesús. Su estilo de vida no era falso, ni era una pérdida de tiempo. Decir que la salvación se lograba por el mero cumplimiento de leyes y prescripciones era pobre. La raíz de la salvación estaba en el cumplimiento del mandamiento de amor y misericordia por todas las personas, sin excepción. Por eso, el estilo de vida proclamado por los fariseos era, a todas luces, lo falso.

Pese a estos esfuerzos, fueron muchos los cristianos que se dejaron convencer por los fariseos. Otros tanto si creyeron en la propuesta de organizar a la comunidad cristiana en oposición a la propuesta de los fariseos. ¡Ser cristiano era cumplir con la nueva Alianza: ¡amar a todos, sin excepciones!

El conflicto con el gnosticismo y docetismo. Seguramente en Galilea o en Siria, ingresaron a las comunidades cristianas personas provenientes de otros grupos y de otras corrientes religiosas. También ellos sintieron la necesidad de aportar sus convicciones a la reflexión sobre la persona de Jesús. El resultado fue la mezcla entre fe cristiana y otras filosofías extrañas, lo que terminó por provocar serios conflictos internos y variadas confusiones que desviaban la tradición recibida de los testigos oculares de Jesús.

Principalmente fueron dos las corrientes que afectaron al cristianismo naciente: el gnosticismo y el docetismo, corrientes religiosas-filosóficas que provocaron un gran conflicto. Veamos:

Los gnósticos sostenían que la salvación se logra gracias a un conocimiento religioso especial, secreto e individual, dado por un gran maestro como dádiva. Con este conocimiento, ellos afirmaban que estaban iluminados y eran libres del pecado y de las tentaciones del mundo. Por eso, no les daban ninguna importancia a las prácticas comunitarias y al amor al prójimo, lo que ya no hacía falta. Por su parte, el docetismo negaba la encarnación del Hijo de Dios; los docetistas sostenían que la humanidad de Jesús era sólo aparente, y al momento de la crucifixión, el Hijo de Dios había abandonado este cuerpo humano. Para ellos era un escándalo que Dios hubiera asumido nuestra condición humana.

Como consecuencias de este influjo gnóstico y docetista, algunos cristianos comenzaron a creer en Jesús, visto como un sabio o un filósofo que gozaba de un conocimiento misterioso de Dios, que lo hacía un iluminado; y ellos esperaban compartir tal iluminación. Por lo tanto, para ellos ser cristianos significaba empeñarse en llegar a la sabiduría, volverse en una especie de filósofos para alcanzar ese mismo conocimiento o sabiduría misteriosa de Dios que había tenido el Maestro.

Según esto, para algunos, la práctica del amor y de la misericordia no servían de mucho para alcanzar la sabiduría. Lo que correspondía era dedicarse al estudio, a la reflexión, a la oración, apartados de lo que sucedía en la vida cotidiana, pues eso era un obstáculo para la tranquilidad necesaria para lograr la supuesta sabiduría del misterio de Dios. Pero, para otros, lo importante era comenzar a creer que sólo el alma de Jesús era divina, mientras el cuerpo era una cárcel corruptible. Cuando éstos hablaban de Jesús como Dios, se referían sólo a su alma y no al cuerpo, que era solo un disfraz que Dios había utilizado momentáneamente para llegar a nosotros. Incluso llegaron a firmar que lo que había resucitado era sólo el alma, y no el cuerpo. Por lo tanto, ser cristiano significaba buscar la comunión con una alma, sin preocuparse demasiado por el cuerpo de Jesús, ni antes, ni después de su muerte.

Todo esto provocaba un desprecio por todo lo que era terrenal, es decir por la vida cotidiana. Ellos creían que era el alma la llamada a la comunión con Dios, y no el cuerpo. Por lo tanto, para alcanzar la comunión con Dios, al alma le era esencial la oración, la meditación continua y la reflexión, sin tomar en cuenta lo que pasaba en la vida cotidiana.

Desde este punto de vista algunos cristianos comenzaron a decir que la comunidad cristiana tenía que ser un lugar de oración, de culto, de celebraciones litúrgicas, y no tanto un lugar para compartir como comunidad y para preocuparse por la vida de los hermanos y hermanas, especialmente los más necesitados.

Esta es la realidad a la que se enfrenta el evangelio de Juan y a la que quiere responder para corregir sus errores.

2. Temas claves del Evangelio de Juan

Ante estas situaciones que vivían las comunidades cristianas, el autor del evangelio de Juan les dedicó su obra, en la que trataba un tema fundamental: Jesús es el Hijo de Dios, la revelación del Padre, la Palabra de Dios. Si se quiere llegar al Padre, sólo es posible a través del Hijo de Dios. Todos los temas de los que trata este evangelio dependen de este tema central.

a. Jesús, Palabra de Dios

Juan quiere que sus lectores concentren su mirada en Jesús, el Verbo de Dios, porque Él es la revelación de Dios. Al comienzo del evangelio se dice que: “Nadie ha visto a Dios jamás; el que lo ha revelado es el Dios Hijo único” (Jn 1,18; 5,37; 6,46; 1Jn 4,12). En ese mismo sentido, Jesús dice que su obra consiste en “manifestar el nombre del Padre” (Jn 17,4-6). Por lo tanto, el Dios invisible se hace visible en Jesucristo; Él es la Palabra de Dios hecha carne (Jn 1,14). Para Juan, todos los que ven a Jesús están viendo al Padre (Jn 12,45; 14,9).

El himno con el que Juan presenta a Jesús como la “Palabra (Verbo o Logos) de Dios” reúne todo lo que el Antiguo Testamento y la tradición judía decía sobre la Palabra de Dios: es la Palabra que actúa en la creación; la que se manifiesta como Ley promovida por Moisés; como el mensaje que es dado por los Profetas; y como la sabiduría que se sienta junto a Dios. Al final de los tiempos esta misma Palabra se ha hecho carne y ha puesto su tienda entre los nosotros.

Es decir, Jesucristo es la Palabra pronunciada por el mismo Dios y que expresa claramente quien es Dios. Por esa razón, ver a Jesús es ver al Padre (Jn 12,45; 14,9).

b. Jesús, el Hijo de Dios

El autor del IV evangelio dice que escribió su obra “Para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios” (Jn 20,31). Juan utiliza la expresión “Hijo de Dios”, no en sentido amplio y general por el que se puede deducir que todos los seres humanos, sino que es el Hijo de Dios en un sentido concreto y de gran claridad: de la misma naturaleza divina. Entonces, según Juan, “Hijo” significa igual al Padre, en dignidad y en identidad. Por eso los enemigos de Jesús lo persiguen y lo condenan a muerte, acusándolo de que “se hace igual a Dios, llamándolo su propio Padre” (Jn 5,18; 19,7).

En toda su predicación, Jesús insiste que sólo se conoce al Padre si se lo conoce a Él (Cf. Jn 12,45; 14,9). La conclusión a la que se llega con esto es que Jesús debe ser honrado con la misma honra que se le da al Padre (Jn 5,23) y que se debe confesar que Jesús es Dios verdadero (Jn 20,28).

Jesús utiliza frecuentemente la expresión “Yo soy” (Cf. Jn 8,24.28.58; 13,19; etc.). “Yo soy” es la expresión que define el nombre de Yahvé, el que Dios que se le revela a Moisés (Ex 3,13-14). Cuando Jesús sostiene que “Yo soy”, se está presentando como revelador del Padre, siendo de la misma naturaleza divina.

Muchas veces la expresión “Yo Soy” va acompañada de un predicado: “Yo soy el pan vivo” (Jn 6,35); “Yo soy la luz del mundo” (Jn 9,5); “Yo soy la resurrección y la vida” (Jn 11,25), etc. Es decir, estos “Yo soy” van acompañados y dando sentido a los diversos títulos que Jesús tiene como Salvador, Luz, Alimento, etc. pero también van haciendo presente la misma Sabiduría de Dios que se hace presente para todos los seres humanos. En el Antiguo Testamento es frecuente que tanto Dios como la Sabiduría se presenten de esa forma (Cf. Is 45,5ss; Prov 8,12ss.)

c. La vida eterna

La persona que, escuchando la revelación que trae Jesús, la acepta y se abre a Él, dándole la respuesta de fe, entra a participar de la vida eterna. Dicho de otro modo, la fe que exige Jesús es una entrega total, un unirse a Él de manera íntima,



para ser Uno con Él (Jn 15,1-17) y gozar de todo lo que Él tiene preparado para los hijos de Dios.

La vida eterna pertenece sólo a Dios (Jn 5,26; 6,27); es la vida que no conoce límites, porque es la realización plena de todas las posibilidades; es la vida que no conoce la muerte, ni tampoco el envejecimiento ni corrupción. Esta vida eterna se encuentra sólo en Dios y el camino para llegar a ella es Jesús, el Cristo (Jn 1,4; 5,26; 6,57). De allí que, todo aquel que se une a Jesucristo por la fe comienza a participar desde el inicio de esta vida que viene de Dios: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá, y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás” (Jn 11,25-26).

Para el IV evangelio, la muerte física no tiene mayor importancia, porque Jesucristo ya ha anunciado la vida eterna, regalo que se puede tener desde el momento presente, a condición de confesar la fe en el Hijo de Dios. Pero hay otra muerte que sigue vigente, aquella que resulta como consecuencia del pecado, sobre todo de la incredulidad. Esa muerte sí que es importante, porque es la única que impide el acceso a la vida eterna y lleva a que los hombres se separen de Dios.

Desde el momento en que la vida eterna deja de ser sólo una promesa a futuro, y pasa a convertirse en una realidad presente, los creyentes debemos pasar por un nuevo nacimiento que nos permita acceder a esta vida. Se trata de “nacer de lo alto” (Jn 3,3); de “nacer del agua y del Espíritu” (Jn 3,5.8).

Finalmente, la vida eterna se alcanza sólo por la fe en Jesús como Hijo de Dios. Es por esa razón que Juan presenta a Jesús como el alimento que produce la vida plena que viene de Dios: “El Pan de Dios es el que desciende del cielo y da la vida al mundo. Yo soy el Pan de vida” (Jn 6,33-34); “El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo... El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna” (Jn 6,51.54).

d. La liturgia

El evangelio de Juan tiene una connotación litúrgica. El autor, sin duda, está muy familiarizado con la liturgia judía que se celebraba en el Templo de Jerusalén. A diferencia de los evangelios sinópticos, Juan narra los hechos de la vida de Jesús en medio de las celebraciones judías (Cf. Jn 2,13; 5,1; 6,4; 7,2.14.37; 10,22; 11,55; 12,1; 13,1; 19,14.31), con esto, Juan quiere insistir que Jesús es el verdadero centro de la liturgia, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

El IV evangelio termina con una nueva celebración de la Pascua; esta obra menciona por lo menos tres fiestas pascales (Cf. Jn 11,55; 12,1; 13,1; 19,14.31). En el Antiguo Testamento, la Pascua era el “paso del Señor” en medio de Israel, durante la última noche de esclavitud en Egipto; era también el paso de la tierra de la esclavitud y muerte a la tierra de la libertad y vida (Ex 12,11-12). Ahora, en el evangelio de Juan la Pascua quiere hacer referencia al paso de Jesús entre nosotros, para mostrarnos el camino y abrirnos la puerta para llegar a la casa del Padre (Jn 13,1).

En los otros evangelios, la Pascua coincide con la última cena del Señor (Mt 26,7; Mc 14,12; Lc 22,7.15). Pero, en el evangelio de Juan se insiste en que Jesús muere en la víspera de la celebración de la Pascua. Por eso los sacerdotes no entran

en la casa de Pilato, por temor a contaminarse y luego no poder participar en la celebración de la Pascua (Jn 18,28). También durante el juicio a Jesús se dice que el día es la víspera de la fiesta de la Pascua (Jn 19,14). Finalmente, cuando Jesús ya ha muerto en la cruz se vuelve a repetir lo mismo (Jn 19,31).

En el relato de la crucifixión, Juan sostiene que había una rama de hisopo (Jn 19,29), y que a Jesús ya muerto lo hieren en el costado, de dónde salió sangre y agua (Jn 19,34). No olvidemos que Juan escribe para creyentes que conocían muy bien cómo eran las ceremonias en el Templo de Jerusalén. Por ejemplo, la víspera de la Pascua, por la tarde, se sacrificaban los corderos que debían comerse durante la cena pascual; los corderos sacrificados eran colgados para que expulsaran toda la sangre (los judíos no podían comer sangre); para ello, el sumo sacerdote le abría el costado al cordero con un cuchillo, para que saliera hasta el último resto de sangre. Luego, con una rama de hisopo se debía hacer una aspersión en las casas de los judíos (Cf. Ex 12,22).

El relato de la crucifixión termina con estas palabras: “esto sucedió para que se cumpliera la Escritura que dice: *no le quebrarán ninguno de sus huesos*” (Jn 19,36; Cf. Ex 12,46). Así, Juan está describiendo a Jesús como el verdadero y único Cordero, que muere a la misma hora y con los mismos ritos con los que eran sacrificados los corderos durante la fiesta pascual.

En la escena de la expulsión de los mercaderes del Templo, los sacerdotes, ante la actitud de Jesús le preguntan: “¿Qué signo nos das para obrar así?”, y Jesús responde: “destruyan este templo y en tres días lo volveré a levantar”. Juan comenta que Jesús “se refería al templo de su cuerpo” (Jn 2,13-22). El Templo de piedra era sólo una figura del verdadero templo que es Jesucristo. El día en que se celebraba la consagración del Templo (Jn 10,22), Jesús proclamó que Él es el que ha sido consagrado y enviado por el Padre para ser el medio que da vida (Jn 10,36).

Los lectores judíos del evangelio de Juan, a finales del siglo I, quizá vivían añorando la reconstrucción del Templo de Jerusalén, con sus liturgias, grandes ceremonias e incruentos sacrificios de animales. Pero el Templo y todo lo que giraba en torno a él, habían desaparecido en el año 70 d.C., cuando los romanos destruyeron la ciudad de Jerusalén. Por otra parte, Juan insiste que los cristianos no necesitaban del Templo ni de las liturgias. Por tanto, no hay razones para añorar todo aquello, pues ahora es Jesucristo mismo el Templo, el Cordero pascual, el sacrificio, el sacerdote. Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida, la única y verdadera Ley que lleva a Dios.

e. La mística

Otra característica del Evangelio de Juan es el misticismo. Para el autor, en la actualidad ya se gozan de los bienes que antes se consideraban futuros, las “realidades celestiales”, a saber: la contemplación de Dios, los dones del Espíritu santo, la vida eterna, la alegría perfecta, la paz, etc. Los evangelios sinópticos ponen el acento en la fe como adhesión a Jesús, lo que se manifiesta en acompañar a Jesús en su caminar, en sus conversiones de cada día, en la perseverancia en la vida cristiana con la promesa de los bienes eternos y, sobre todo, acompañarlo en su camino de cruz. En cambio, el IV evangelio destaca otro aspecto importante de los bienes

futuros: ¡éstos son ya una realidad que se está dando en el presente! Estos bienes son poseídos por todos aquellos que tienen fe. La vida eterna (Jn 3,36; 6,54), la visión de Dios (Jn 12,45; 14,8); la Santísima Trinidad que habita en los discípulos (Jn 14,17.23), la posesión del Espíritu Santo (Jn 14,16-17. 26; 15,26; 16,7-15), la alegría perfecta (Jn 15,11; 16,20. 22. 24) y la paz que no tiene este mundo (Jn 14,27; 16,33), son posibles gracias a la presencia de Jesús, el Dios encarnado, que vino a abrir el camino a la salvación.

Todos estos dones futuros, que se han anticipado en el presente, están relacionados con la Pascua de Jesús: el Señor así lo había anunciado de manera enigmática: “En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Jn 7,37-39).

En el momento de su muerte, el Señor “entregó el espíritu” (Jn 19,30), y como signo visible de esta donación, de su pecho brotó el agua (Jn 19,34). Al aparecer ya resucitado entre sus discípulos, les ofreció la paz (Jn 20,19.21). Esto hizo que los discípulos se llenaran de alegría (Jn 20,20), porque lo vieron y recibieron el Espíritu Santo para que puedan cumplir con la misión encomendada por Jesucristo.

f. La escatología

Por escatología se entiende el discurso sobre las cuestiones últimas (en griego *esjatón* hace referencia a “lo último, lo que está al final”). Estas cosas últimas son el juicio, la vida eterna, la condenación y la resurrección. Todos los autores del Nuevo Testamento hablan de estas cosas últimas, pero es Juan quien habla de ellas como unas realidades presentes.

Ya hemos dicho antes que la vida eterna aparece en el evangelio de Juan como un bien que, si bien será pleno en el futuro, ya puede poseerse en el presente. Lo mismo se puede decir del juicio final: es una realidad que se experimenta ya en el presente. En el mismo momento en que Jesús se revela a los seres humanos, se produce el juicio según sea la opción de cada uno de nosotros, aceptación o rechazo a su Palabra. De ahí en adelante, ya se está participando a la vida eterna o la condenación, “El que cree en Él no es condenado, el que no cree ya está condenado, porque no ha creído en el Hijo único de Dios. En esto consiste el juicio: la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas... el que cree en el Hijo tiene vida eterna. El que se niega a creer en el Hijo no hereda la vida, sino que la ira de Dios pesa sobre él” (Jn 3,18-19.36).

La resurrección consiste en pasar de la actual condición de muerte a una nueva dimensión de vida. Esta vida eterna está en directa relación con la fe: “El que escucha mi palabra y cree en aquel que me ha enviado tiene vida eterna, y no está sometido al juicio, sino que ya ha pasado de la muerte a la vida. La hora se acerca, y ya ha llegado, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán... los que están en las tumbas oirán su voz y saldrán de ellas” (Jn 5,24-25.28-29).

Curiosamente, el evangelio de Juan sólo habla de un pecado: rechazar al Hijo de Dios y no reconocerlo como aquel que revela al Padre. Y es este pecado el que produce la muerte (Jn 8,24). Por el contrario, es la fe la que introduce a la vida eterna. En ese sentido, en la Primera Carta de Juan se da una mayor precisión a esta enseñanza. Algunos pensaban que como cristianos ya habían llegado a la perfección y que no les quedaba nada que esperar en el futuro. La carta de Juan responde que es verdad que ya son hijos de Dios y que poseen todos esos bienes, pero que esa condición de hijos de Dios todavía no se ha manifestado a plenitud (1Jn 3,1-2), y hasta que ello se concrete a plenitud, hay que continuar purificándose (1Jn 3,3).

Es verdad que la fe introduce en la vida eterna, pero también es verdad que es necesario cumplir con los mandamientos, en particular con el mandamiento de amor al prójimo (1Jn 2,3-11).

Con toda razón se puede llamar al evangelio de Juan un evangelio místico, porque anuncia que los bienes celestiales son realidades ya presentes. Todo lo que es de Dios nos ha sido dado por medio de Jesucristo (Jn 3,35; 5,26; 16,15; 17,2; etc.). Y es el Hijo de Dios quien comunica esta Verdad a todos los que quieran creer en Él.

g. El mandamiento nuevo

En el evangelio de Juan, Jesús dice a sus discípulos: “Les doy un mandamiento nuevo: ámense los unos a los otros, como yo los he amado; ámense también ustedes los unos a los otros” (Jn 13,34; 15,12). Este mandamiento, en la versión del Antiguo testamento decía: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lev 19,18). Este mandamiento, transmitido por Moisés, tiene una dimensión humana (“como a ti mismo”), porque se debía amar al prójimo queriendo para él lo mismo que cada uno desea para sí mismo. En cambio, el mandamiento nuevo que da Jesús sostiene que hay que amar al prójimo con la misma medida con la que ama Jesús (“como yo los he amado”). Se podría decir que esto es imposible como mandamiento, porque a nadie se le puede imponer o exigir amar como nos ama Jesucristo, porque eso supera las posibilidades humanas.

Ahora bien, esto se puede entender correctamente dentro de la mística de Juan: en el evangelio se dice que Jesús ha recibido también un mandamiento del Padre: dar la vida por todos los hombres (Jn 10,17-18; 15,10). Por lo tanto, este mandamiento es voluntad del Padre que quiere salvar a todos los hombres, y es aceptada y cumplida fielmente por Jesús, como hombre histórico. Por lo tanto, la voluntad divina está en perfecta consonancia con la voluntad humana. ¡Es posible amar como Jesús ama! Él quiere hacernos partícipes de la voluntad de Dios para todos los creyentes, para que también nosotros podamos amar con amor divino (Jn 15,9-10).

No se trata, pues, de esfuerzos humanos para ver quién puede amar más y quién no. Se trata de la gratuita donación de Jesús, que nos da a los seres humanos la posibilidad de amar con el amor que viene del mismo Padre Dios. Por eso el mandamiento nuevo se “da” a todos, no como una orden, sino como un atributo para vivir como cristianos.

h. El Paráclito

En Juan, el Espíritu Santo es llamado “Paráclito”, palabra griega que significa: “el que es llamado para que esté al lado de” (para que ayude y/o sostenga). En el mundo judicial esta palabra se usaba para mencionar al abogado que es llamado para que asesore o prepare la defensa de un acusado.

El evangelio de Juan nos dice que “tenemos un Paráclito ante el Padre: Jesucristo el justo” (1Jn 2,1). Aparentemente se podría traducir el término por “abogado o defensor”, como aparece traducido en muchas Biblias, porque se trata de una función que Jesús desempeñará ante el Padre durante el juicio a la humanidad. Sin embargo, en el texto se dice que más allá de la función de abogado, Jesús cumple esta función ofreciéndose como “víctima propiciatoria por nuestros pecados” (1Jn 2,2). Ofrecerse como víctima ya no es una tarea propia del abogado o defensor.

En la última cena Jesús habla de “otro Paráclito” que vendrá: el Espíritu Santo. Ante el anuncio de su inminente partida, Jesús promete a los discípulos que no se quedarán huérfanos (Jn 14,18), sino que vendrá el Espíritu, como Paráclito, para estar junto a los discípulos, animarlos, guiarlos (Jn 14,16-17) y mantener viva la enseñanza de Jesús (Jn 14,26). Cuando los discípulos deban enfrentarse a las persecuciones, el Paráclito estará con ellos dando testimonio en nombre de Jesús (Jn 15,26-27), y presentando al mundo las pruebas de que está en pecado al oponerse al mensaje de Jesús (Jn 16,7-11).

Finalmente, el Espíritu Santo será el Paráclito que estará junto a los discípulos, cumpliendo funciones de Maestro, actualizando constantemente las palabras de Jesús, recordándoles que deben vivir en cada momento el significado exacto de las palabras de Jesús, adaptándolas a las distintas circunstancias de la vida de la Iglesia (Jn 14,26; 16,13).

i. La Madre de Jesús

La vida pública de Jesús está encuadrada por dos escenas en las que aparece su madre María: las bodas de Caná (Jn 2,1-11) y la crucifixión (Jn 19,25-27). Fuera de estas escenas, ella no es mencionada en este evangelio. Además, Juan no la llama nunca por su nombre, sino con una expresión simbólica: “la madre de Jesús”. Más aún, cuando Jesús se dirige a ella, lo hace llamándola simplemente “Mujer”.

En la escena de las bodas de Caná, María interviene ante la falta de vino, y Jesús le responde con una frase que parece ser un rechazo: “¿Qué hay entre tú y yo?”, aún no ha llegado mi hora” (Jn 2,4). Como en los otros diálogos del evangelio de Juan, Jesús responde a su interlocutor hablándole de los bienes celestiales, cuando éste se está refiriendo a unas realidades terrenales. Así, mientras María se refiere al vino que hace falta en la fiesta, Jesús responde refiriéndose a su “hora”, es decir al momento de pasar de este mundo al mundo del Padre. Se refiere, entonces, al vino en el banquete del tiempo mesiánico, en las bodas anunciadas por los profetas. Es evidente que en las bodas de Caná todavía no puede hablarse de ese vino.

Con todo, Jesús, como “signo” de su llegada, hace que surja un buen vino y en abundancia. El mismo Juan dice, al final del relato, que este fue el primer signo

que hizo Jesús en su vida pública (Jn 2,11). Y la causante de ello fue María, su madre.

Luego, ella desaparece del IV evangelio durante toda la vida pública de Jesús. Sólo reaparecerá cuando llegue “la hora”. En las bodas de Caná, ella intervino cuando aún no había llegado “la hora”. Ahora, que ha llegado la hora, y Jesús se enfrenta a su sacrificio en la cruz, María se hace presente, y es llamada y reconocida por Jesús. Como en las bodas en Caná, también ahora la llama “mujer” y le encomienda ser la “madre” del Discípulo Amado, que también está presente junto a la cruz.

Así, María adquiere un valor simbólico, porque en ese momento pasa a ser la madre de todos los discípulos de Jesucristo, es decir se convierte en la figura materna de la Iglesia. Se la llama “mujer”, y con esta palabra se recuerda a la primera mujer del Génesis, a “Eva, la madre de todos los vivientes” (Gen 3,20). ¡María es la madre de la nueva humanidad que nace de la cruz!

Ahora que comienza una nueva creación hay una nueva mujer que se convierte en la madre de todos los que viven la voluntad de Dios, unidos al Señor Jesucristo.

j. El Discípulo Amado

El autor del evangelio de Juan dice que recibió del “Discípulo Amado” toda la tradición que él ha consignado en su libro (Jn 21,24). Muchos han querido identificar a este discípulo anónimo con el apóstol Juan, el hermano de Santiago e hijo del Zebedeo. Pero en el IV evangelio nunca se da el nombre del Discípulo Amado; solamente se dice que era “el discípulo al que Jesús amaba”. Más aún, su presencia es visible sólo a partir de Juan 13,1ss, cuando “ha llegado la hora”.

Por el efecto y la admiración con que la comunidad recordaba al que les había transmitido esta tradición de Jesús, el evangelista expresó también su veneración, llamándolo el “discípulo amado de Jesús”. Más importante que saber su nombre es investigar qué representa este discípulo para la comunidad cristiana destinataria del evangelio de Juan.

El Discípulo Amado de Jesús aparece cuatro veces en la segunda parte del evangelio. Durante la cena, cuando Jesús comienza a hablar de la traición de Judas, los discípulos no entienden bien a qué se refiere. El Discípulo Amado está sentado junto a Jesús, y Pedro le hace señas para que le pregunté a quién se está refiriendo. El Discípulo Amado se recuesta sobre el pecho de Jesús y le pregunta: “¿quién es?”, y recibe la respuesta de Jesús (Jn 13,26).

La expresión “recostarse sobre el pecho” indica familiaridad e intimidad; es igual a la expresión “estar en el seno” (Jn 1,18; Lc 16,23). Jesús tiene toda la intimidad del Padre y es el único que lo conoce y puede hablar con Él (Jn 1,18; 6,46; 7,29; etc.). Esta relación entre Jesús y el Padre se da ahora entre el Maestro y el Discípulo Amado. Para poder ser un discípulo amado de Jesús se deben cumplir ciertas condiciones, sobre todo poder “recostarse sobre el pecho del Señor”, recibir sus confidencias, compartir con Él la mesa y para poder comunicar a los demás la enseñanza del Maestro.

En una segunda escena, el Discípulo Amado aparece junto a Jesús ya crucificado. También allí se encuentra María, la madre de Jesús. Al Discípulo Amado le toca en suerte una especial misión: recibir a la madre de Jesús como su propia madre (Jn 19,25-27). El Discípulo amado de Jesús tiene como madre a María, la imagen materna de la Iglesia, que es también la madre de todos los creyentes. Y él debe cuidarla.

La tercera escena tiene lugar el domingo de Pascua: María Magdalena va por la mañana al sepulcro de Jesús, y al encontrarlo vacío, piensa que se han robado el cadáver. Vuelve corriendo a informar a Pedro y al Discípulo Amado lo que ha ocurrido. Ellos también van corriendo, y al entrar ven las vendas en el suelo y el sudario que cubrió su cabeza doblado en un lugar aparte. El Discípulo Amado “vio y creyó” (Jn 20,1-10), pero respeta la jerarquía de Pedro, para que él entre primero en el sepulcro (Jn 20,4-8).

En el capítulo 21, aparece nuevamente el Discípulo Amado. Cuando el Resucitado se aparece a sus discípulos que están en la barca pescando en el lago, el Discípulo Amado es quien reconoce a Jesús, mientras éste está en la orilla (Jn 21,7). Un poco más tarde, cuando Jesús anuncia a Pedro que será el pastor de las ovejas y que tendrá que morir martirizado, Pedro le pregunta: “¿Qué sucederá con éste (el Discípulo Amado)? Jesús le responde: “Si yo quiero que él esté hasta mi venida a ti ¿qué te importa?” (Jn 21,20-23). Frente a este texto hay dos misiones: Pedro es llamado para ser pastor y mártir, mientras que el Discípulo Amado debe permanecer, es decir perseverar en la misión hasta que Jesús vuelva.

Discípulos amados son todos aquellos que saben reconocer el presente, después de la resurrección de Jesús, y saben perseverar todos los días hasta que Él regrese. De esta forma, todos tenemos una vocación alternativa, diferente al apostolado de Pedro. Quizá no seamos ni mártires ni pastores de las ovejas, sino discípulos que perseveran en la comunidad, en el servicio, en la oración, hasta que se realice la segunda y definitiva venida del Señor. A través de la imagen del Discípulo Amado, el IV evangelio describe al cristiano ideal. Todos estamos llamados a ser discípulos amados: “El que recibe mis mandamientos y los cumple, ése es el que me ama; y él que me ama será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él” (Jn 14,21); “Como el Padre me amó, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor. Si cumplen mis mandamientos permanecerán en mi amor” (Jn 15,9-10).



Actividades para la evaluación 4

1. Completa la siguiente frase:

El Evangelio de _____, al igual que los otros evangelios, se escribió para ayudar a las _____ a enfrentar los diversos _____ concretos que estaban viviendo a finales del siglo I d. C.

2. Busca el significado de las dos corrientes que afectaron al cristianismo naciente

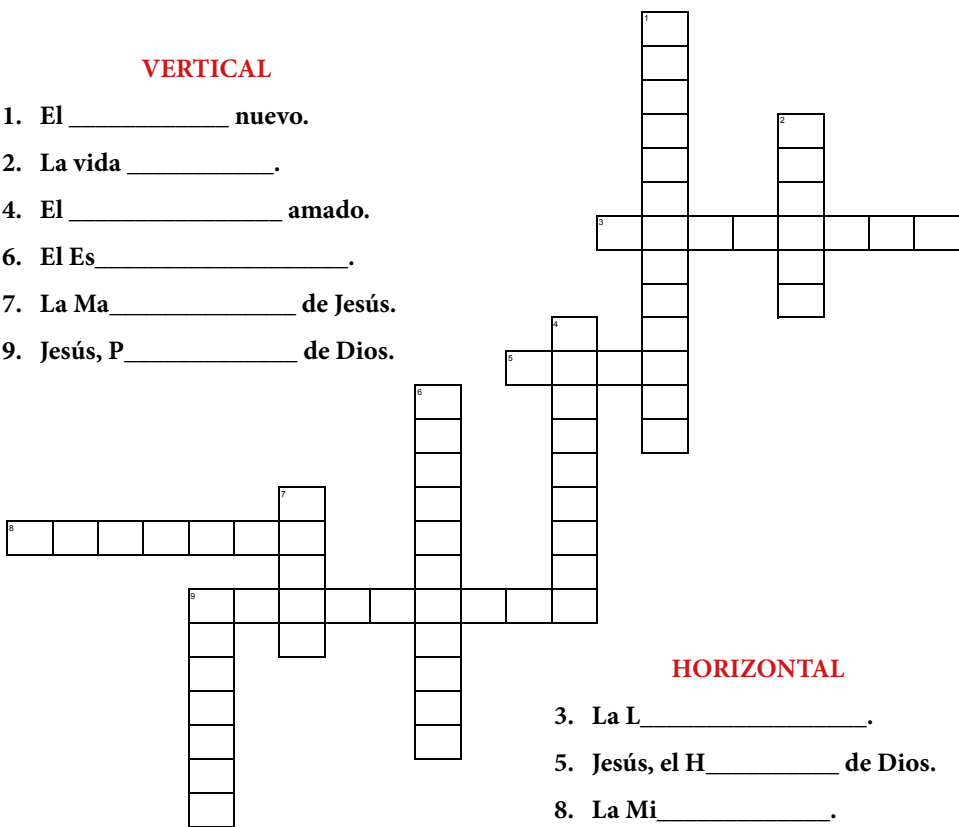
Gnosticismo: _____.

Docetismo: _____.

3. En el siguiente crucigrama completar los temas claves del Evangelio de Juan:

VERTICAL

1. El _____ nuevo.
2. La vida _____.
4. El _____ amado.
6. El Es _____.
7. La Ma _____ de Jesús.
9. Jesús, P _____ de Dios.



HORIZONTAL

3. La L _____.
5. Jesús, el H _____ de Dios.
8. La Mi _____.
9. El Par _____.

4. Traslada las siguientes sílabas al casillero que corresponda de acuerdo con su número y recordarás en donde aparece María en el IV Evangelio

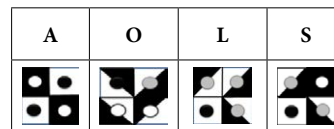
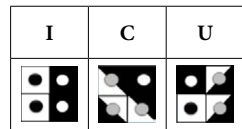
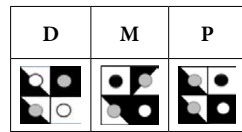
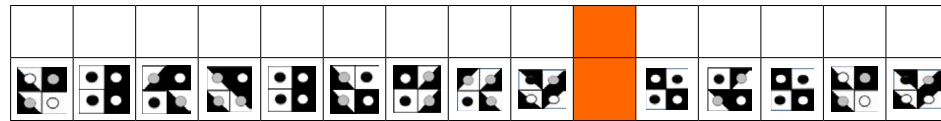
7	5	2	6
CRU	NÁ	DAS	LA
3	8	1	10
DE	CI	BO	XIÓN
9	4		
FI	CA		

1	2	3	4	5
6	7	8	9	10

5. Descifra las claves y descubrirás a través de estas cualidades a quien nos referimos en el evangelio de Juan:

CUALIDADES:

- El primero en creer
- Solidario
- Confidente
- Capaz de reconocer al resucitado



RESPUESTAS A LAS ACTIVIDADES DE EVALUACIÓN



RESOLUCIÓN ACTIVIDAD UNO

1. Descifra la clave y leerás algunas características del evangelio de Juan.

AUTOR: **Juan**

Lugar de la composición: **Éfeso** Entre el año: **90 y 95 d.C.**

Surgen dos características:

a. El Cristianismo se había desplazado hacia el mundo: **Gentil**

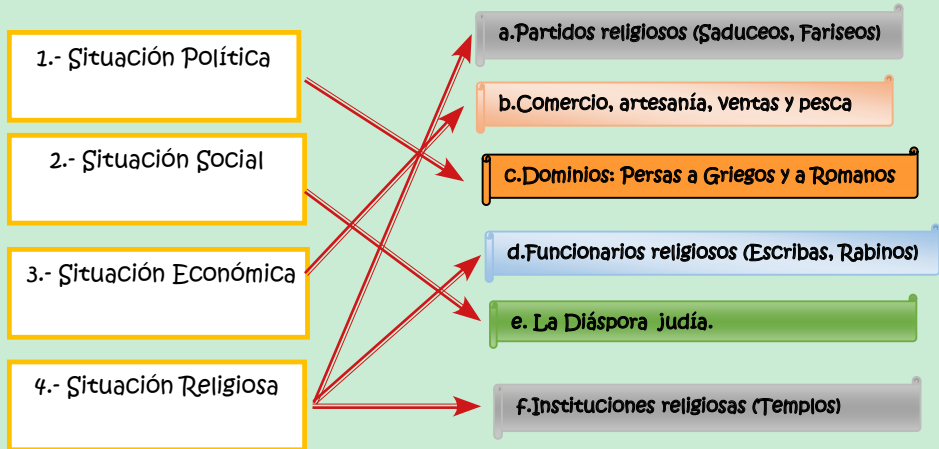
b. Plantear una perspectiva de la de Jesús: **Enseñanza**

El evangelio de Juan es una obra llena de: **Paradojas y Contradicciones**

Enseñanza **Éfeso** **90 y 95 d.C.**

Paradojas y Contradicciones **Juan** **Gentil**

2. Une cada situación del contexto que se vive en el evangelio de Juan con la respuesta corresponda.



3. Completa los siguientes enunciados que se relacionan con las fuentes textuales más importantes y documentables del evangelio de Juan

Las Sagradas Escrituras Judías Según la traducción griega: Biblia de los Setenta o Septuaginta

4. El evangelio de Juan usa un lenguaje dualista. Busca los elementos positivos y negativos.

POSITIVOS	NEGATIVOS
1. Luz	Oscuridad
2. Salvación	2. Condena
3. Creencia	Incredulidad
4. Espíritu	4. Carne
5. Vida	5. Muerte
6. Dios	6. Satán

R	L	N	C	R	D	X	U	R	R
G	M	Ñ	O	L	I	Q	X	K	M
J	U	F	N	U	O	S	Y	A	Q
C	E	E	D	Z	S	M	I	Q	I
C	R	W	E	W	S	C	H	C	L
J	T	S	N	T	N	E	T	Ñ	M
C	E	P	A	E	N	C	F	R	H
Y	U	L	E	R	C	K	F	E	D
N	K	R	A	K	Q	R	F	J	P
D	C	C	N	D	K	R	A	Y	Ñ

5. Los "signos" relatan los milagros de Jesús. Para eso usa cinco partes, descúbrelas:

Primera		I	D	E	N	T	I	F	I	C	A	C	I	O	N					
	E	X	P	E	C	T	A	T	I	V	A	P	R	O	B	L	E	M	A	
Segunda		J	E	S	U	S	R	E	M	E	D	I	A	R	A					
	A	P	A	R	E	N	T	E		F	R	U	S	T	R	A	C	I	O	N
Tercera																				
	I	M	I	E	N	T	O								L	A				
Cuarta																				
Quinta																				

T	I	F	I	C
U	N			
T	A	T	I	V
S	R	E	M	

X	P	E	C	T
D	A			
M	I	L	A	
U	L	T	A	D

				E	L
A	P	A	R	E	
P	O	R			
I	M	I	E	N	

I	N	A	L		

1. En el evangelio de Juan encontramos cuatro referencias del Discípulo Amado. Vas a buscar las citas bíblicas y vas a unir con el dibujo que se relacione.



Jn. 13, 23-26



Jn. 20, 2-10



Jn. 19, 26-27



Jn. 21, 7. 20-24

2. Completa el texto con las palabras que encuentras dentro de la cajita

El evangelio de **Juan** fue escrito como forma de **resistencia**, especialmente, por dos situaciones decisivas para la **vida** de la **comunidad**:

*Contra los **ataques** externos, sobre todo de la **sinagoga** judía, del **gnosticismo** y del **imperio** romano.

*Para **animar** a la comunidad que **corre** el peligro de **desintegrarse** y de perder su **identidad**.

corre	resistencia	identidad	Juan
sinagoga	vida	animar	imperio
desintegrarse	ataques	gnosticismo	comunidad

3. Aplica la letra al número correspondiente y descubre lo que confiesa la comunidad joánica

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15
A	E	I	O	U	D	F	H	J	L	M	P	R	S	T

9	2	14	5	14	2	14	2	10	11	2	14	3	1	14
J	E	S	U	S	E	S	E	L	M	E	S	I	A	S

2	10	8	3	9	4	6	2	6	3	4	14
E	L	H	I	J	O	D	E	D	I	O	S

2	10	12	13	4	7	2	15	1
E	L	P	R	O	F	E	T	A

4. Completa los cuadros con las palabras de abajo y conocerás a la comunidad joánica:

Comunidad	Comunidad	Comunidad
Periferia	Resistencia	Organiza
Sin poder	Perseguida	Bajo el liderazgo del discípulo amado
Marginada	Minoritaria	
Excluida del sistema		

Perseguida	Periferia	Marginada
Bajo el liderazgo del discípulo amado	Sin poder	Excluida del sistema
Minoritaria	Organiza	Resistencia

5. El Evangelio de Juan se divide en tres partes. Descubre de qué habla cada parte

El prólogo (1,1-18) y el epílogo (21,1-25) se añadieron después, y constituyen el marco del IV evangelio.

<p>Primera Parte Libro de los Signos (1, 19-11,54)</p> <p>Jesús revela a Dios al mundo por medio de signos y palabras. "La hora aún no llega"</p>	<p>Transición Transición (11,55-12,50)</p> <p>La hora se aproxima.</p>	<p>Segunda parte Libro de la Exaltación (13,1-20,31)</p> <p>Jesús revela el amor de Dios a los suyos entregado su vida: "Su hora ha llegado"</p>
--	---	---

1. En el Prólogo (1,1-18) Juan presenta a Jesús como el Verbo eterno. En la sopa de letras busca los temas importantes de la lectura del IV evangelio.

X	I	Q	Z	I	D	S	Q	E	U	K	P	V	V	R
Z	I	A	Y	P	C	A	S	A	E	W	E	E	Z	F
H	R	Ñ	D	G	O	L	Q	M	C	Q	R	R	P	K
K	Q	Y	N	R	M	V	L	F	O	N	D	B	F	K
V	I	D	A	A	U	A	C	J	B	A	O	O	I	C
K	Y	V	I	C	N	D	P	I	D	B	N	D	D	Ñ
D	R	B	X	I	I	O	I	I	R	W	I	K	E	T
F	J	D	X	A	O	R	R	E	K	M	C	A	L	X
V	Q	U	R	X	N	U	V	K	V	R	P	Ñ	I	J
X	C	N	X	Q	C	V	E	R	D	A	D	R	D	D
X	H	K	D	S	O	A	Z	U	Ñ	Z	W	F	A	K
F	P	J	O	I	U	U	Z	L	U	Ñ	Z	T	D	N
O	H	B	J	D	L	G	R	R	O	N	E	X	F	O
M	U	N	D	O	H	C	C	F	T	M	W	O	F	B
Y	L	T	X	T	K	G	F	V	R	C	I	N	D	C

VIDA	LUZ
COMUNION	VERDAD
OSCURIDAD	SALVADOR
PERDON	CRUZ
VERBO	FIDELIDAD
MUNDO	GRACIA

2. Con el libro de las Señales (1,19-11,54), completa el cuadro: 1. Señales: busca las citas bíblicas y pon el nombre que corresponde; 2. Qué imagen de Jesús presenta; 3. Con tus propias palabras escribe que enseñanza te deja esa señal:

LAS 7 SEÑALES DE JESÚS EN EL EVANGELIO DE JUAN

SEÑALES	¿QUÉ IMAGEN DE JESÚS PRESENTA?	¿QUÉ ENSEÑANZA ME DEJA A MÍ?
1. (Jn 2, 1-11) Milagro de las Bodas de Caná .	Vino abundante = NUEVA ALIANZA	
2. (Jn 4, 46-54) Curación al hijo de un funcionario real.	Salud = VIDA	
3. (Jn 5, 1-18) Curación de un parálítico en la piscina.	Caminar = LIBERTAD	
4. (Jn 6, 1-15) Multiplicación de los panes y los peces	Pan = ABUNDANCIA	
5. (Jn 9, 16-21) Jesús caminando sobre las aguas.	Seguridad = AUDACIA	
6. (Jn 9, 1-41) Curación de un ciego de nacimiento.	Vista = LUZ	
7. (Jn 11, 1-44) La resurrección de Lázaro.	Vida= RESURRECCIÓN	

3. Empieza con la letra L resaltada de rojo, y saltando siempre una letra y aprenderás:
1. El gesto de amor al prójimo; 2. Lo que hace Jesús por su comunidad; 3. Lo que les promete a sus amigos.

1. L A V A L O S P I E S

2. O R A

3. E S P I R I T U S A N T O



4. Completa las vocales que faltan y conocerás el desenlace de la vida de Jesús:

O U A
E I E
E N C A R C E L A D O E
O A
E N J U I C I A D O A
A O I E
C O N D E N A D O I E
U
C R U C I F I C A D O A
O I A O I A

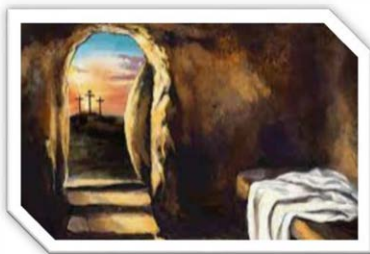
5. Une las imágenes con las citas bíblicas señaladas



El sepulcro vacío: ¿señal de resurrección? (Jn 20. 1-9)



María Magdalena, la primera en experimentar la resurrección (Jn 20, 10-18 20, 1-9)



Apariciones a los discípulos (Jn 20, 19ss)

RESOLUCIÓN ACTIVIDAD CUATRO

1. Completa la siguiente frase:

El Evangelio de Juan, al igual que los otros evangelios, se escribió para ayudar a las comunidades a enfrentar los diversos problemas concretos que estaban viviendo a finales del siglo I d. C.

2. Busca el significado de las dos corrientes que afectaron al cristianismo naciente

Gnosticismo: **La doctrina básica del gnosticismo sostenía que la materia era esencialmente mala, y que el espíritu era esencialmente bueno.**

Docetismo: **Negaba la encarnación del Hijo de Dios.**

3. En el siguiente crucigrama completar los temas claves del Evangelio de Juan:

VERTICAL

- El Mandamiento nuevo.
- La vida eterna.
- El Discípulo amado.
- La Es catología.
- La Madre de Jesús.
- Jesús, Palabra de Dios.

HORIZONTAL

- La Liturgia.
- Jesús, el Hijo de Dios.
- La Mística.
- El Par áclito.

4. Traslada las siguientes sílabas al casillero que corresponda de acuerdo con su número y encontrarás donde aparece María en el IV Evangelio

7	5	2	6
CRU	NÁ	DAS	LA
3	8	1	10
DE	CI	BO	XIÓN
9	4		
FI	CA		

1	2	3	4	5
BO	DAS	DE	CA	NÁ

6	7	8	9	10
LA	CRU	CI	FI	XIÓN

D	I	S	C	I	P	U	L	O		A	M	A	D	O

D	M	P

I	C	U

A	O	L	S

5. Descifra las claves y descubrirás a quien nos referimos en el evangelio de Juan:

CUALIDADES:

- El primero en creer
- Solidario
- Confidente
- Capaz de reconocer al resucitado

ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

PLAN DE LECTURA DIARIA DEL EVANGELIO DE JUAN

Lo más importante para conocer el evangelio de Juan es ¡leerlo! Una tentación que suele rondarnos es leer mucho lo que dicen los demás, pero no leer la fuente. Te proponemos que en este Mes de la Biblia separes cinco minutos diarios para leer una sección de este evangelio. Te proponemos leer dos o tres veces el texto, y llevarlo todo el día en tu corazón y tu mente... tratando de responder a la pregunta que te proponemos.



Día	Marcos	Pregunta para la reflexión
1	1,1-18	El prólogo, ¿estoy dispuesto a vivirlo?
2	1,19-28	Primer día de la misión
3	1,29-34	Segundo día de la misión
4	1,35-43	Tercer día de la misión
5	1,43-51	Cuarto día de la misión
6	2,1-12	Primera señal de vida
7	4,46-54	Segunda señal de vida
8	5,1-0	Tercera señal de vida
9	6,1-15	Cuarta señal de vida
10	6,16-21	Quinta señal de vida
11	9,1-41	Sexta señal de vida
12	11,1-44	Séptima señal de vida
13	13,1-30	El lavatorio de los pies
14	14,1-31	Jesús vuelve al Padre
15	15,1-16	Jesús, la vid verdadera
16	15,17-27	El mundo odia a Jesús y a los suyos
17	16,16-33	La promesa de una nueva presencia
18	17,1-26	Oración de Jesús por el nuevo Pueblo Santo
19	18,1-27	Jesús es arrestado
20	18,28-40	Jesús ante Pilato

21	19,1-16	Jesús es azotado
22	19,17-30	Jesús es crucificado
23	19,25-42	Últimas palabras de Jesús
24	20,1-18	El Señor ha resucitado
25	20,19-31	La incredulidad de Tomás
26	21,1-14	La manifestación de Jesús a orillas del lago
27	21,15-19	La confesión de amor de Pedro
28	21,20-25	El Discípulo Amado

COMENTARIOS AL EVANGELIO DE JUAN

Los tres primeros Evangelios reproducen documentos redactados en Palestina a la vista de los mismos Apóstoles. El Evangelio de Juan va dirigido a la siguiente generación y su autor es un “profeta” de la Iglesia; es uno de los que interpretaban las palabras de Jesús para las nuevas comunidades. Si bien el autor ha sido, según toda probabilidad, testigo directo de la mayoría de los hechos que nos transmite, prefirió ceñirse a algunos episodios que podría desarrollar conforme a su carisma profético, para bien de la Iglesia.

De ahí proviene esa alternancia entre hechos y discursos. Los hechos son narrados en un estilo breve y preciso, mientras que los “discursos de Jesús” resultan a veces repetitivos y es fácil deducir que aun cuando fueran contruidos en base a palabras auténticas de Jesús, son obra de “Juan el profeta”, como se le ha llamado.

Los discursos atribuidos a Jesús la tarde de la Última Cena ocupan un lugar destacado. Con ellos estamos tan lejos de la proclamación de Jesús a las muchedumbres como de las advertencias dirigidas al pueblo judío para persuadirlo a que se convirtiera. En estas páginas parece que la Iglesia entera y todo el porvenir del cristianismo se identifican con esos discípulos que él eligió y a los que prepara para la efusión del Espíritu.

Las grandes líneas del Evangelio de Juan

Juan nos dice en el último capítulo cuál fue su objetivo: “Esto fue escrito para que ustedes crean que Jesús es el Hijo de Dios” (Jn 20,31). ¿Hijo de Dios? Si bien los apóstoles lo proclamaron como tal, ¿cómo entendían estas palabras? ¿En qué sentido era de naturaleza divina? Juan afirma la existencia del Hijo en Dios desde el Principio, y esta luz sobre el origen de Jesús ilumina toda su obra. Hijo eterno de Dios hecho hombre, no vino sólo para enseñar, sino para transformar la creación. El Evangelio de Juan es polémico. Había llegado el momento de clarificar la fe cristiana ante el judaísmo, y Juan se dirige a cristianos o a catecúmenos que tienen que elegir entre pertenecer a la sinagoga de su ciudad o entrar en la Iglesia que se ha constituido frente a ella.

El Evangelio de Juan lo acompañó a lo largo de toda su vida; lo retocó más de una vez y lo dejó con un cierto desorden aparente, donde sin embargo no faltan estructuras y puntos de referencia (por ejemplo, las palabras repetidas siete veces). El último párrafo del libro da a entender que fue publicado después de la muerte de su autor, que según afirma san Ireneo, vivió hasta el reinado de Trajano (98-117).

Con cierta probabilidad la estructura de este evangelio se ordena en torno a la oposición de las fiestas judías que jalonan la vida de la sinagoga, entre las cuales se encuentra la Pascua, y la “hora” de Jesús que abre los tiempos nuevos. Esa es la hora de la pasión y de la resurrección de Jesús, y será mencionada al comienzo de nuestras tres secciones, en 2,4; 7,6; 13,1.

Es de notar la importancia que el autor atribuye a los ritos y símbolos litúrgicos: el agua de Siloé, el cordero de la Pascua, las purificaciones... Demostrará que tales ritos judíos son sólo la figura y el anuncio de otros ritos decisivos en la iniciación cristiana: el bautismo, la Eucaristía y el lavado de los pies. Las leyes del pueblo judío y las liturgias del Templo pertenecen al pasado, pero todo ha sido transfigurado en la liturgia cristiana.

El discípulo que Jesús amaba

Desde siempre se ha pensado que la mención, repetida catorce veces (2x7) en la última parte del Evangelio, de la expresión “el discípulo que Jesús amaba”, indicaba a su autor. El último versículo (21,24) lo dice expresamente. Sería difícil negar que ese discípulo, del que no se dice su nombre, haya sido junto con Andrés uno de los dos primeros discípulos mencionados en Juan 1,35. Y también parece haber sido uno de los “dos discípulos” que tampoco se nombran en 21,2.

Entra en escena en el momento de la Última Cena, colocado en el lugar de honor que correspondía por derecho al huésped; ¿no sería el dueño de casa que acogió a Jesús y a los suyos (Lc 22,12)? Y desde ese momento acompaña a Pedro. Puede permitirse estar al pie de la cruz mientras el grupo galileo sólo piensa en escapar de las represalias. Jesús le confía a María, y momentos después lo comprende todo.

Hablamos del “Evangelio de Juan” como lo ha hecho toda la tradición desde los primeros años, y para la gran mayoría el autor sería Juan, hermano de Santiago, uno de los Doce de Jesús, aunque esta atribución suscita serios problemas.

En primer lugar, el Evangelio dice muy pocas cosas sobre la actividad de Jesús en Galilea, en la que tomaron parte los hijos de Zebedeo, y que ocupa la mayor parte de los sinópticos; casi todo transcurre en Jerusalén, donde el autor observa la crecida de los conflictos entre Jesús y las autoridades judías. Da la impresión de estar ahí en casa, y sabe lo que está pasando entre los bastidores del poder, es decir, entre los sacerdotes.

Hay otros interrogantes que arrojan una sombra de duda sobre la atribución del Evangelio a este Juan. El apóstol, un pescador galileo, ¿podía ser el autor de los discursos teológicos y místicos que caracterizan a este Evangelio? Además, quien diera su forma definitiva al Evangelio entre los años 70-90, quizás cerca de Éfeso, lugar a donde se retiró según una tradición muy antigua, no era sólo un teólogo, sino que también parece haber sido sacerdote (18,15). Y Juan el apóstol, ¿pertenece a una familia de sacerdotes? Es dudoso.

Sería fácil atribuir el Evangelio a otro Juan, un joven sacerdote de Jerusalén distinto del hijo de Zebedeo, si no estuvieran los textos del comienzo de los Hechos (3,1; 4,13; 8,14) en que se nota una relación muy especial entre Pedro y Juan, como la había habido algunas semanas antes entre Pedro y el discípulo amado según el cuarto Evangelio. Además, el apóstol Juan es enviado por Jesús junto con Pedro a preparar la Última Cena (Lc 22,8).

A pesar de que no faltan indicios que permitirían atribuir este Evangelio al hijo de Zebedeo, son muy numerosos los que se inclinan en favor de otro Juan, sacerdote de Jerusalén. La hipótesis de un “discípulo amado” distinto de Juan, hermano de Santiago, nos llevará a varios descubrimientos, en especial sobre las relaciones entre Juan y María.

De los signos de Jesús a los sacramentos de la comunidad.

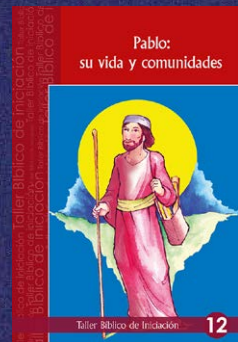
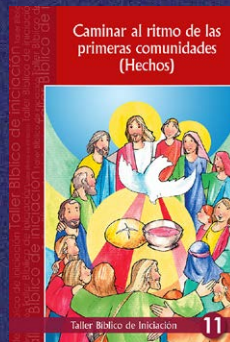
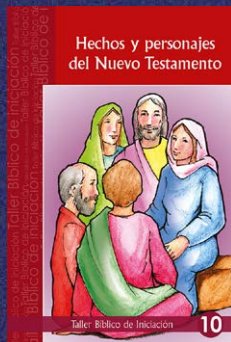
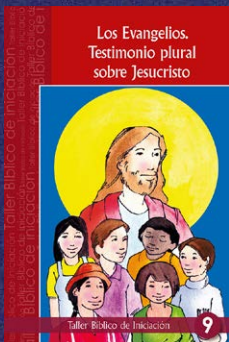
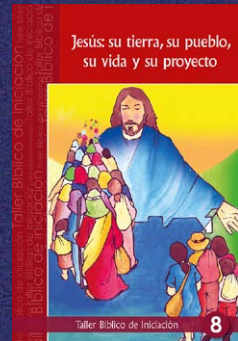
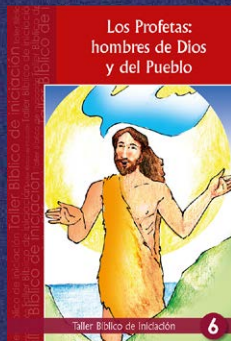
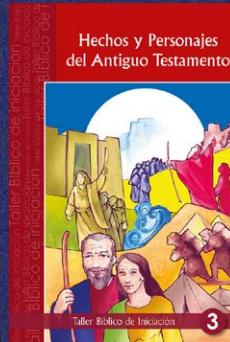
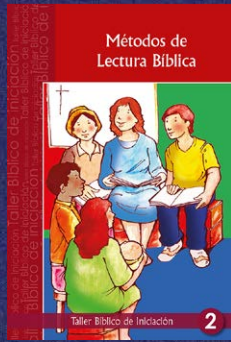
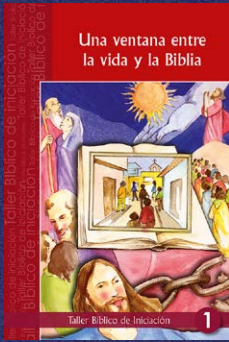
El universo del evangelio Juan es un universo simbólico. El gran símbolo joánico es Jesús mismo que, en su carne, “esconde” y “manifiesta” la gloria divina. En efecto, los signos realizados por Jesús revelan su identidad y misterio, su Gloria. Los signos de Jesús son “las obras del Padre” que ponen de manifiesto la gloria divina de Jesús y, por tanto, la unidad de Jesús con “aquel que lo ha enviado” (cf. Jn 10,30). En los sacramentos de la iglesia, según la visión de Juan, el bautismo (cf. Jn 3,3-5), la eucaristía (cf. Jn 6,53-59; 6,63) y el perdón de los pecados (cf. Jn 20, 21) son obra del Espíritu Santo, dado por el Hijo Glorificado de junto al Padre (Jn 20,21-23;). En las tres alusiones sacramentales (bautismo, eucaristía y perdón de los pecados) Juan hace referencia al Espíritu. Para R. Bultmann las alusiones sacramentales en el evangelio de Juan eran obra de un último redactor, que él llamó redactor “eclesiástico”, que intentaba presentar una vía alternativa a la salvación, en lugar de la fe en la palabra del Redentor. Otro autor, O. Cullman, interpreta las alusiones sacramentales del evangelio de Juan como sustitutos de los “signos” de Jesús en el tiempo de la Iglesia. Ambas explicaciones son difíciles de aceptar. La teoría de Bultmann va contra la unidad literaria y simbólica del evangelio; la de Cullman contradice la neta separación que presenta el evangelista entre los signos históricos de Jesús y los sacramentos obrados por el Señor Glorificado que envía su Espíritu a la Iglesia. Hay que reconocer que los “signos” de Jesús son distintos a “los sacramentos” de la Iglesia, pero no son opuestos ni se encuentran en contradicción. Para Juan hay una clara continuidad entre ellos. Los sacramentos son también símbolos reales, que como los signos de Jesús comunican su misma vida: un nuevo nacimiento (3,3-8); una existencia purificada (20,23) e iluminada por el Espíritu (16,12-15), una vida en comunión con Jesús y, por medio de él, con el Padre (6,57-58).

El conocido estudio del evangelio de Juan, R. Brown, ha insistido con razón que hay que establecer claramente unos criterios para leer los sacramentos en el evangelio de Juan. No se pueden identificar los signos de Jesús simple y directamente con los sacramentos eclesiales. Pero no se puede negar que los sacramentos, en el cuarto evangelio, forman parte del universo simbólico que significa y dona la vida divina de Jesús. Naturalmente los sacramentos no se presentan en Juan con sentido sacramentalista, como suponía Bultmann. Juan alude a los signos sacramentales de la comunidad en continuidad con la actividad salvífica del Jesús histórico, a través de sus signos y palabras. La comunidad vive la fe en Jesús como los primeros discípulos y recibe del Hijo glorificado el Espíritu, que obra en los sacramentos y hace presente en forma simbólica pero real al Señor, que da la vida y la esperanza de la resurrección futura obrada por él. Como misión ser signo de Jesucristo y de Dios Padre fuente última de la vida y del amor.

Curso Superior Online



Curso de Iniciación Online



Centro Bíblico
Verbo Divino

Calle Padre Damián N30-71 y Obispo Díaz de la Madrid
(Sector La Primavera), Quito - Ecuador
Telf.: (02) 320 2406 / 095 982 2 714 / 095 982 2943
E-mail: ventas@centrobiblicoquito.org
cursos@centrobiblicoquito.org